

*Las
tres hijas
de su madre*

Pierre Louijs



La senisa vertical



Las tres hijas de su madre relata la meticulosa iniciación de tres hijas por su madre a la actividad sexual profesional, a sus excentricidades, sus manías y su vicios, desde su más tierna infancia hasta el encuentro con el narrador de esta novela, quien tiene la dicha de frecuentar asiduamente a esos cuatro seres, para quienes las cosas del sexo han dejado hace tiempo de ser tabú y que, por lo tanto, nos enseñan a recorrer las situaciones más escalofriantes con la ingenuidad y la naturalidad de un niño.



Pierre Louÿs

Las tres hijas de su madre

La sonrisa vertical - 7

ePub r1.3

ugesan64 15.04.16

Título original: *Trois filles de leur mère*

Pierre Louÿs, 1926

Traducción: Paula Brines

Editor digital: ugesan64

Corrección de erratas: karpanta e Icaza

ePub base r1.2



Pierre Louÿs... Toda su obra es una llamada a la libertad en el amor, y ello en un estilo magnífico, uno de los más bellos estilos literarios contemporáneos.

Expresó una lujuria intensa y noble.

Robert Desnos

(De

l'érotismo

)

Este modesto libro no es una novela. Es una historia verdadera, descrita en todos sus detalles. No he modificado nada; tanto el retrato de la madre, como el de las tres hijas, responden a la más estricta verdad, al igual que la edad de cada una y los hechos en los que toman parte.

P. L.

1

—¡Vaya, qué rapidez! —dijo ella—. Nos instalamos ayer, mamá, mis hermanas y yo. Hoy, me encuentra usted en la escalera. Me besa, me empuja hacia su piso, cierra la puerta... ¡Y aquí estamos!

—No es más que el principio —dije con descaro.

—¿Ah, sí? ¿Acaso no sabe que nuestros pisos se tocan y que hay incluso una puerta condenada entre ellos? No tengo por qué luchar si usted no se porta como Dios manda. Basta con gritar: «¡Me violan, mamá! ¡Un sátiro! ¡Socorro!».

Esta amenaza pretendía sin duda intimidarme. Me tranquilizó. Desaparecieron mis escrúpulos. Mi deseo, liberado, voló en libertad.

La joven de quince años que había pasado a ser mi prisionera tenía el pelo muy negro, atado en un moño, y llevaba una blusa vaporosa, una falda propia de su edad y un cinturón de cuero negro.

Esbelta, morena e inquieta como un cabritillo creado por Leconte de Lisle, apretaba las patas, bajaba la cabeza sin bajar los ojos, como a punto de embestir.

Las palabras que acababa de pronunciar y su aire obstinado me animaban a tomarla. No obstante, creía que las cosas no irían tan aprisa.

—¿Cómo se llama? —preguntó ella.

—X... Tengo veinte años. ¿Y usted?

—Yo, Mauricette. Tengo catorce años y medio. ¿Qué hora es?

—Las tres.

—¿Las tres? —repitió reflexionando...—. ¿Quiere acostarse conmigo?

Sorprendido por esta frase que estaba lejos de esperar, retrocedí

un paso en lugar de responder.

—Escuche —dijo ella, colocando un dedo en el labio—. Júreme que hablará bajo, que me dejará marchar a las cuatro... Júreme sobre todo que... No. Iba a decir: que hará lo que me plazca... Pero si a usted no le gustara eso... En fin, júreme que no hará lo que no me plazca.

—Juro todo lo que quiera.

—Pues le creo. Me quedo.

—¿Sí? ¿Es así? —repetí.

—¡Oh, no hay para tanto! —dijo ella riendo.

Provocativa y alegre como una niña, rozó, cogió la tela de mi pantalón junto con lo que ella supo encontrar allí, antes de huir hacia la habitación, donde se quitó la falda, las medias, las botas... Luego, sosteniendo la blusa con las dos manos y haciéndome un guiño:

—¿Puedo, desnuda? —me preguntó.

—¿Quiere también que se lo jure?... Por mi alma y mi conciencia...

—¿No me lo reprochará? —dijo ella imitando mi tono dramático.

—¡Jamás!

—Entonces... ¡Aquí tiene a Mauricette!

Caímos los dos, abrazados, encima de mi cama. Me entregó sus labios con violencia. Empujaba los míos con fuerza, ofreciendo su lengua con vehemencia... Cerraba a medias los ojos, para abrirlos poco después en sobresalto... Todo en ella tenía catorce años, la mirada, el beso, la nariz... Oí finalmente un grito sofocado, como el de un animalito impaciente. Nuestras bocas se separaron, volvieron a tomarse, se abandonaron otra vez...

Y, al no saber a ciencia cierta qué misteriosas virtudes ella me había hecho jurar no robarle, dije sin pensar cualquier tontería para conocer sus secretos sin preguntárselos:

—¡Qué bonito es eso que llevas en el pecho! ¿Cómo lo llaman las floristas?

—Tetas.

—¿Y ese pequeño *Karakul* que llevas bajo el vientre? ¿Está de moda ahora llevar pieles en el mes de julio? ¿Sientes frío ahí debajo?

—¡No! No con frecuencia.

—¿Y eso? No alcanzo a saber qué puede ser.

—¿Con que no alcanzas a saberlo? —repitió ella con aire pillín

—. Pues vas a decirlo tu mismo, solito.

Con la falta de pudor propio de su juventud, separó los muslos, los levantó con las dos manos, abrió su carne... Fue tal mi sorpresa que la audacia de aquella posición no me preparaba en absoluto para tan inesperada revelación.

—¡Virgen! —exclamé.

—¡Y una hermosa virginidad!

—¿Es mía?

Creía que diría que no. Confesaré incluso que lo deseaba. Se trataba de una de esas impenetrables virginidades como había tenido ya la desgracia de encontrar a dos. Me supo muy mal.

Sin embargo, me intrigaba ver a Mauricette contestar a mi pregunta paseando un dedo por debajo de la nariz con la boca burlona, como queriendo decir «Vete a la mierda», o algo peor. Y, como seguía manteniendo abierto lo que yo no podía tocar, le dije en broma:

—Tiene usted muy malas costumbres, señorita, cuando está sola.

—¡Oh! ¿Y en qué lo notas? —dijo ella cerrando las piernas.

Mi broma consiguió más que cualquier otra cosa ponerla a sus anchas. Ya que lo había adivinado, no había motivo para callarlo: para ella lo fue de orgullo. Con aire infantil, frotando cada vez su boca en la mía, repetía bajito:

—Sí, me masturbo. Me masturbo. Me masturbo Me masturbo. Me masturbo. Me masturbo. Me masturbo. Me masturbo. Me masturbo. Me masturbo. Me masturbo. Me masturbo.

Como más lo decía, más alegre se ponía. Y, una vez pronunciada esa palabra, todas las demás siguieron como si no esperaran más que una señal para volar:

—Ya verás cómo me corro.

—Sí, en efecto, me gustaría saberlo.

—Dame tu pito.

—¿Dónde?

—Tú mismo.

—¿Qué es lo que está prohibido?

—Mi virginidad y mi boca.

Como no puede alcanzarse el corazón femenino más que por tres vías... y como tengo una inteligencia prodigiosamente hábil en adivinar los más complicados enigmas... lo entendí.

Pero esa nueva sorpresa me dejaba sin palabras; no contesté nada. Otorgaba incluso a ese mutismo un cierto aire de imbecilidad, con el fin de dejar que Mauricette explicara por sí misma su misterio. Lanzó un suspiro sonriendo, me echó una mirada de desesperación que significaba: «¡Dios mío! ¡Qué tontos son los hombres!», y luego se inquietó; y fue su turno de hacerme preguntas.

—¿Qué te gusta hacer? ¿Qué prefieres?

—El amor, señorita.

—Pero está prohibido... ¿Y qué es lo que no te gusta nada, nada?

—Esa manita, aunque sea muy bonita. No la quiero por nada en el mundo.

—Mala suerte que yo... —dijo ella muy turbada—... no pueda chupar... ¿Habrías querido mi boca?

—Me la has dado ya —contesté, volviendo a tomarla.

No, ya no era la misma boca. Mauricette perdía pie, no se atrevía a hablar, lo creía todo perdido. Ya era hora de devolver una sonrisa a aquel rostro desolado. Una de mis manos, que la apretaban contra mi, se posó como si nada sobre aquello que ella creía que yo no aceptaría y que incluso no entendería jamás.

La niña me miró con timidez, vio que mi fisionomía no era seria; y, con la brusquedad de una metamorfosis que hizo estremecerme:

—¡Oh! ¡Crápula! —exclamó—. ¡Animal! ¡Bruto! ¡Puto! ¡Cerdo!

—¿Quieres callarte?

—Hace un cuarto de hora que simulas no adivinar y, encima, te burlas de mí porque no sé como decirlo.

Recuperó su aire de niña de buen humor y, sin elevar la voz, pero cara a cara:

—Si no tuviera ganas, merecerías que volviera a vestirme.

—¿Ganas de qué?

—¡De que me des por el culo! —dijo ella riendo—. Ya está, te lo he dicho. Y conmigo no has acabado de oír cosas por el estilo. No sé hacer, pero sí sé hablar.

—Es que... no estoy seguro de haberlo oído bien...

—¡Tengo ganas de que me den por el culo y de que me muerdan! Me gusta más un hombre malo que un hombre juguetón.

—¡Shhht! ¡Shhht! ¡Qué nerviosa estás, Mauricette!

—Además, me llaman Ricette cuando me dan por el culo.

—Para no decir el «Mau^[1]»... anda, cálmate.

—No hay más que una manera. ¡Aprisa! ¿Quieres?

Sin enfadarse, quizás incluso más ardiente, me devolvió sin reparos el beso que le daba y, sin duda para animarme, me dijo:

—La tienes tan tiesa como una barra de hierro, pero no soy finolis, tengo el agujero del culo sólido.

—¿Sin vaselina? ¡Mejor!

—¡Vaya! ¿Y por qué no un ensanchador?

Dando una voltereta, me dio la espalda, se tumbó sobre el lado derecho y jugó consigo misma con su dedo mojado, sin más preámbulos al sacrificio de su pudor. Luego, con un gesto que me divirtió, cerró los labios de su virginidad, e hizo bien, pues podría yo haber querido penetrar en ella pese a mis promesas. Aquel dedo mojado era suficiente para ella, poco para mí. Encontraba, en efecto, que *no* era «finolis», tal como acababa de demostrármelo.

E iba a preguntarle si no le hacía daño, cuando, volviendo su boca hacia la mía, me dijo todo lo contrario:

—Tú ya les has dado por el culo a otras vírgenes.

—¿En qué lo notas?

—Te lo diré cuando me digas tú en qué has notado que me masturbaba.

—¡Cochina! Tienes el clítoris más rojo y mayor que haya visto jamás en una virgen.

—¡Está tieso! —murmuró ella poniendo ojos de caramelo—. No es tan gordo... No toques... Déjame a mí... ¿Querías saber en qué noto... que le has dado por el culo a otras vírgenes?

—No. Más tarde.

—¡Pues, aquí tienes la prueba! Sabes que no hay que preguntar nada a una virgen que se masturba mientras le dan por el culo. No es capaz de contestar.

Su risa se esfumó. Sus ojos se rasgaron. Apretó los dientes y abrió los labios. Tras un breve silencio, dijo:

—Muérdeme... Quiero que me muerdas... Ahí en el cuello, debajo del pelo, como lo hacen los gatos con las gatas...

Y añadió:

—Me retengo... Apenas me toco... Pero, ya no puedo más, me voy a correr... ¡Oh!, me voy a correr, qu... ¿Cómo te llamas?... Querido... ¡Haz lo que quieras! ¡Con todas tus fuerzas! ¡Cómo si follaras! ¡Me gusta eso! ¡Más... más... más!...

El espasmo la enrigedeció, la estremeció... Luego, la cabeza cayó, y apreté contra mí aquel cuerpecillo tan débil.

¿Amor? No, una Mamita de una hora. Pero no pude impedirme pensar para mí: «¡Vaya!» y acogí su despertar con menos ironía que admiración:

—¡Funcionas muy bien para ser virgen!

—Si, ¿no? —contestó echándome una mirada.

—¡Niña ingenua! ¡Santa inocente!

—¿Has notado, pues, qué sólido es el agujero de mi culo?

—Como el de un rinoceronte.

Y somos todas así en la familia.

—¿Qué?

—¡Ja, ja, ja!

—¿Qué dices?

—Digo que así es cómo entregamos el trasero. ¡Y así es cómo gozamos por delante!

Y, con la vivacidad de su carácter, descubrió de pronto sus muslos de los que sobresalieron los músculos... Apenas pude reconocer el paisaje.

—¡Jardines bajo la lluvia! —exclamé.

—¡Y con el dedo! —repitió ella riendo—. Mira, voy a darte algo. Dime antes: ¿nos queremos?... Sí... ¿Tienes tijeras?

Estiró del cubrecama un hilo de seda que colocó sobre su vientre:

—¿Guardarás una mecha de mi virginidad?

—Toda la vida... Pero elígela bien. Si quieres que no se note, coge la más larga.

—¡Oh! ¿También sabes eso? —exclamó desilusionada—. ¿Es que las coleccionas?

Sin embargo, cortó su mecha, o, más bien, su bucle indomable, en tirabuzón. El Sr. de la Fontaine, de la Academia Francesa, escribió un poema, «La cosa imposible» para enseñar a la juventud que los pelos de ciertas mujeres no pueden alisarse. Debió

intentarlo, sin duda... ¡Qué libidinosos son esos ancianos académicos!

Con el hilo de seda verde, Mauricette ató los pelos de su bucle negro y, luego, los cortó por la base:

—¡Un rizo... mojado por la lefa de una virgen! —dijo.

Con una carcajada, saltó de la cama y se encerró en el cuarto de baño... Pero volvió a salir tan rápido como había desaparecido en él.

—¿Podría saber ahora...? —empecé.

—¿Por qué somos todas así en la familia?

—Sí.

—Desde mi más tierna infancia...

—¡Qué bien hablas!

—Estuve interna, mientras mamá y mis hermanas se ganaban la vida juntas con los señores, las señoras, los niños, las putas, las jovencitas, los viejos, los monos, los negros, los consoladores, las berenjenas...

—¿Y qué más?

—Todo lo demás. Hacen de todo. ¿Quieres a mi madre? Se llama Teresa; es italiana; tiene treinta y seis años. Te la dejo. Soy buena. ¿Quieres también a mis hermanas? No somos celosas. Pero conserva mi bucle y volverás a mí.

—¡Ricette! ¿Crees tú que pienso en...?

—¡Bla-bla-bla! ¡Nos toman a las cuatro, pero vuelven a mí! Sé lo que digo cuando dejo de masturbarme.

Tras otra risa juvenil, cogió mi mano, se dejó deslizar junto a mí y siguió con la mayor seriedad posible:

—Hasta los trece años permanecí en la cárcel con chicas «bien». Ya que sabes tantas cosas, dime qué son las directoras y las vigilantas que sienten vocación de vivir toda su puta vida en un cochino internado.

—¿Algo tortilleras?

—No me atrevía a decirlo —contestó Mauricette con encantadora ironía—. Y, como debían tener informes sobre mi madre, ¡imagínate si iban a molestar conmigo!

—¡Infames criaturas! ¿Así que han abusado de tu candor? ¿Te han obligado a la fuerza a beber del veneno del vicio?

—¿A la fuerza? ¡Me pervirtieron! —contestó Mauricette, quien

ya bromeaba mejor y recobraba seguridad—. ¡Cuatro veces me sorprendieron masturbando a mis amiguitas!

—¡Ah!, ¿con que tú...?

—¡Se escondían en el jardín, en el dormitorio, en los pasillos y hasta en la ventana de los lavabos para mirar! ¿No crees que son viciosas las vigilantas?

—¿Y pagaban para mirar?

—¡No das ni una! Sin embargo... ¡cuántas cosas les enseñábamos sin saberlo! ¡Espléndidas combinaciones que no habrían jamás encontrado por sí mismas...! En fin, me hice amiga de una de las mayores, quien me enseñó en diez lecciones el safismo tal como debe ser...

—¿Cómo debe ser?

—Se trata del arte de tocar suavemente el punto sensible; el arte de no cansar en vano la punta de la lengua en cualquier parte. Es lo que más sabía cuando dejé el internado; mucho más que la historia sagrada y la geografía. Con mi amiga íntima nos encontrábamos en todos los rincones; y a la cientoveinticincoava vez, me cogió la señorita Paule.

—Quien te pervirtió durante el siguiente cuarto de hora, por supuesto...

—En efecto. En su habitación. Debajo de su falda. Llevaba un pantalón con botones por todas partes. Y tenía un nidito que era una monada, ¡la muy cochina! Los pelos, el virgo, el clítoris, los labios, todo me gustaba. Me gustaba más tocarla a ella que a mi amiga. ¡Si supieras lo viciosas que son las vigilantas!

¡Vaya, por Dios! Y no lo has dicho todo.

—No, olvidaba algo. Ella no sabía tocar. Se lo enseñé yo.

A Mauricette le entró de pronto una risa floja que la tumbó al pie de la cama. Estuvo tan graciosa al perder el equilibrio que me apresuré a terminar el intervalo. Volví a sentirme curioso de su pasado. Abandoné a mi vez el cuarto en dirección del baño. Allí me entretuve más de lo previsto, pues, cuando volví, Mauricette había vuelto a vestirse y se ponía las botas.

2

Media hora más tarde, la madre se presentaba en mi casa. A la primera mirada, mi novela se complicó de pronto. La madre era mucho más hermosa que la hija... Recordé que se llamaba Teresa.

Apenas envuelta en una bata estrecha que rodeaba su cintura flexible, rechazó el sillón que le ofrecía, vino a sentarse en el borde de mi cama y me preguntó sin más rodeos:

—¿Le ha dado usted por el culo a mi hija, señor?

¡Oh, cuánto me desagradan esas preguntas y qué poco me gustan las escenas de este tipo! Esbocé un gesto digno y lento que no quería decir absolutamente nada... Contestó ella:

—No proteste. Ha sido ella quien ha ido a contármelo. Le habría arrancado a usted los ojos si la hubiera desvirgado; pero sólo le ha hecho lo que le está permitido... ¿Por qué se sonroja?

—Porque usted es muy hermosa.

—¿Qué sabe usted de eso?

—No sé lo bastante.

Yo también iba al grano en pocas palabras. La partida prematura de Mauricette me había dejado aún más ardiente que cuando la encontré. Por otra parte, con las mujeres, prefiero siempre exponer mi ciencia de la pantomima que mi aptitud por la discusión.

Teresa no pudo decirme nada de lo que había preparado. Cambiar el recorrido de una escena peligrosa es la única solución para llevarla a cabo con éxito. Yo había cambiado de dirección sin disminuir la marcha. Ella perdió un segundo el aliento, si bien fuera más fuerte que yo; cerró, sin embargo, los muslos con una sonrisa. Antes de que yo hubiera podido tocarla, ella logró comprobar con la

mano mis motivos para elegir el itinerario; y leí en sus ojos que mi brusco cambio en el curso de los acontecimientos no constituía una razón suficiente para descalificarme.

Este intercambio de gestos creó entre nosotros mucha familiaridad.

—¿Qué quieres que te enseñe? ¿Qué tendré entre las piernas?

—¡Tu corazón! —contesté.

—¿Crees que está ahí debajo?

—Sí.

—Búscalo.

Reía bajito. Sabía que la búsqueda no era fácil. Paseé mi mano por una mata de pelos extraordinaria, donde me perdí durante algún tiempo. Había tantos en las ingles como en el vientre. Empezaba a sentirme incómodo, cuando Teresa, demasiado hábil para demostrarme que yo era torpe, se quitó la bata junto a la blusa para consolarme, o para distraerme, o aún para ofrecirme un segundo premio de aliento. Un cuerpo admirable, largo y lleno, mate y moreno, cayó en mis brazos. Dos senos maduros, pero que no parecían maternos, y cuyo peso no los hacía colgar, se apretaron contra mi pecho. Dos muslos ardientes me estrecharon y, mientras intentaba...

—No, eso no. Me follarás más tarde —dijo.

—¿Por qué?

—Para terminar por ahí.

Se vengaba. Tomaba, a su vez, la iniciativa; y la fórmula de su poder era bastante acertada para que, al rehusarme lo que le había pedido, ella pareciera concedérmelo con redoblada solicitud.

Ante mi silencio, ella sintió que su cuerpo era el amo. En un tono interrogante y sin ofrecirme ya nada más, me dijo:

—¿Quieres mi boca o mi culo?

—Quiero toda tú.

—No tendrás mi leche, en mi barriga ya no queda una gota. Ellas me lo han chupado todo esta mañana.

—¿Quiénes?

—Mis hijas.

Ella me vio palidecer. La imagen de Mauricette volvió a mí, completamente desnuda, diciéndome: «Te dejo a mamá». Ya no sabía muy bien qué sentía. Una hora antes, había creído que

Mauricette sería la protagonista de mi aventura...

Su madre me enardecía diez veces más. Lo entendió mejor que yo, se tumbó sobre mi deseo y, segura de su poder, acariciaba mis pelos y la carne de mi vientre perdidamente tensa. Tuvo la audacia de decirme:

—¿Quieres aún a Mauricette? Tiene un pequeño capricho. Se masturba pensando en ti. Tenías ganas de retenerla. ¿Quieres que vaya a buscarla? ¿Qué te abra sus nalgas?

—No.

—¡No conoces aún a Lili, su hermanita, tanto más viciosa! Ricette es virgen y no chupa. Ricette no tiene más que un talento. Lili sabe hacerlo todo; le gusta todo; tiene diez años. ¿Quieres follarla? ¿Darle por el culo? ¿Gozar en su boca? ¿Delante de mí?

—No.

—¿Es que no te gustan las niñas? Entonces, coge a Charlotte, mi hija mayor. Es la más guapa de las tres. Su pelo le cae hasta los pies. Tiene unas tetas y un culo de estatua. El coño más hermoso de la familia es sin duda el suyo; yo me mojo cuando se quita la blusa, yo que no soy nada tortillera y a quien le gustan los pitos. Charlotte... Imagínate a una guapísima joven morena; suave y cálida, sin pudor y sin vicio, la concubina ideal que lo acepta todo, goza de cualquier manera y que está loca por su profesión. Más le pides y más contenta se pone. ¿La quieres? No tengo más que llamarla por el tabique.

Era el diablo del amor aquella mujer. No sé lo que habría dado para tomarla al pie de la letra y gritarle: «¡Sí!» a la cara. Al igual que tensaba los músculos de mi voluntad, que abría la boca y recobraba aliento... Teresa me dijo bastante aprisa y con la expresión de un interés sincero:

—¿Te la pongo tiesa?

Esta vez me cogió un ataque de furor. Con un «¡Te burlas de mí!», seguido de otras palabras, la pegué. Ella se reía estentóreamente, debatiéndose con brazos y piernas. Desarmada por su propia risa, se defendía a tientas. La cubría de golpes y la manoseaba por todas partes, cosa que no parecía hacerle daño alguno; luego, aquella risa me exasperó y, sin saber por dónde cogerla para pegarla, agarré un chuflo de pelos del coño y estiré... Lanzó un grito. Y, al creer que la había herido, caí en sus brazos,

confundido. Esperaba toda suerte de reproches; pero ni se le cruzó por la cabeza decirme nada que pudiera enfriar mi ardor por ella. Incluso gritando, no dejaba de reír sino para sonreír y echarse la culpa:

—¡Eso me pasa por tener tantos pelos en el culo! Cuando te acuerdes con Lili, dudo de que puedas hacer lo mismo.

El incidente acabó con mi violencia y precipitó el desenlace. Teresa no podía perder un minuto más para ofrecirme su capricho a modo de perdón. Me lo ofreció sin consultarme, con una habilidad de órgano y de posición casi malabar.

Tumbada conmigo de lado, y atrapándome por las caderas entre sus muslos levantados, deslizó una mano por debajo de ella... e hizo no sé qué... Luego, me dirigió a su antojo.

La prestidigitación de algunas cortesanas consigue pases incomprensibles... Como un novato que se despierta en el jardín de una maga, estuve a punto de murmurar: «¿Dónde estoy?», ya que mi hada permanecía inmóvil y yo no sabía adonde había entrado. Me callé para conservar una duda que me dejaba una esperanza. Pero la duda se desvaneció con las primeras palabras.

—No te preocupes por mí —dijo ella—. No te muevas. No intentes probarme que eres un entendido en el asunto. Ricette acaba de decírmelo; me importa un comino por esta noche. Cuando me des por el culo por tu propia voluntad me correré sin tocarme. Ahora soy yo la que me hago dar por el culo, y ¡ya verás!, pero no quiero gozar.

—¿Y si me gustara más tu goce que el mío? ¿Y si te hiciera gozar a la fuerza?

—¿A la fuerza? —contestó Teresa—. Pero no me toques, o te vacío los huevos con un golpe de culo... ¡Toma!... ¡Toma!... ¡Toma!...

Era enloquecedora. La violencia y la flexibilidad de sus caderas superaba todo lo que había sentido en los brazos de otras mujeres... No duró más que el tiempo de la amenaza. Recobró su inmovilidad.

Entonces, pese al trastorno que causaba a mis sentidos, no quise tan sólo esperar a separar nuestros cuerpos para comunicar a Teresa que a mí no me gustaba nada que me avasallaran.

Le declaré que la encontraba guapa, muy deseable, pero que, a mis veinte años, creía que ya era un hombre y no un niño; que no

tenía en absoluto el vicio de disfrutar con la tiranía de una mujer; y no sé cómo se lo dije, porque tenía la mente agitada. Habría podido contestarme que su amenaza había sido consecuencia de la mía: pero no dijo nada, se volvió otra vez suave, aunque conservó una cierta sonrisa entorno a su pensamiento más íntimo.

—Cálmate, no te romperé la polla —dijo con ternura—. Te la chupo, ¿lo notas? Te la chupo con el agujero del culo.

No habría podido decir qué hacía, pero, en efecto, su boca no habría podido enervarme más. Se me hacía difícil hablar.

Ella siguió en mi rostro el reflejo de mi sensación y, sin tener que interrogarme para saber si había llegado el momento, aceleró poco a poco el ritmo de sus riñones hasta el *adagietto*, al menos así me pareció. Creo que murmuré: «¡Más rápido!» y que ella no lo consintió. No conservo más que un vago recuerdo de aquellos últimos segundos. El espasmo que ella obtuvo de mi carne fue una especie de convulsión de la que no tuve conciencia y que no sabría describir.

Así pues, mi pregunta, tras dos minutos de silencio, fue:

—¿Qué me has hecho?

—Un trabajito muy bien hecho con el agujero de mi culo —dijo ella riendo—. Tú has dado ya por el culo a mujeres...

—Sí, hace una hora. A una jovencita, aun así muy experta.

—No está nada mal. Tiene nervio, ¿no?, y cabalga bien.

—Pero tú...

—Pero yo soy la primera en chupártela por ahí. ¿Quieres saber cómo lo hago? Te lo diré mañana. Deja que me levante. ¿Quieres también saber por qué? Para parir al hijo que acabas de hacerme: la hermanita de mis tres hijas.

... Cuando volvió a aparecer ante mí, siempre desnuda y recogiendo con las dos manos su pelo en la nuca, mi juventud no supo entender que, con aquel gesto, Teresa no pretendía tanto arreglarse algunas mechas como tensar hacia adelante sus pechos de los que estaba tan orgullosa.

Jamás he sido como esos adolescentes que se mueren por las mujeres maduras: pero, cuando una pecadora de treinta y seis años es hermosa de los pies a la cabeza, es «un buen bocado» para los escultores, y es «toda una mujer» para los amantes.

¿Y qué no era aquella mujer? Pregúntelo por ahí, se dará una

curiosa división de pareceres entre los hombres.

Teresa desnuda parecía una mezzo-soprano. ¿Iba usted a decir: una fulana de una casa de putas? En absoluto. ¿Murmura usted: da lo mismo? No. Es el día y la noche. Si su conocimiento de las actrices se limita a charlas de salón, no diga nada.

Las hermosas cantantes que viven de su cama y las chicas, con frecuencia guapas, que cantan su alma sentimental subidas a una escalera roja no tienen en común más que la soltura al caminar casi desnudas y el hecho de que a las dos se las trata de putas.

La mujer de teatro se propone con todas sus fuerzas la libertad. La chica de burdel necesita la esclavitud. De las dos, la profesión más servil es aparentemente la primera. En realidad, la actriz subió al escenario para liberarse de su familia, o de su amante, por espíritu de independencia; la prostituta se entregó a la servidumbre, pues prefiere obedecer a los caprichos ajenos que forjarse por sí misma su propia vida.

Desde el primer año de Conservatorio, la mujer de teatro accede a conocer de memoria todas las crudezas del idioma francés. Para ella, no es más que un juego agrupar quince de ellas entorno a una idea pobre que no merece ninguna; y constituye uno de sus talentos destacarlas según las estrictas reglas de la articulación. Por el contrario, la chica de burdel no tiene en absoluto el gusto ni la ciencia del vocabulario cínico. La libertad de las palabras la tienta tan poco como la de la vida. Ninguna confusión posible en presencia de una desconocida: los gritos de amor de una mujer bastan para revelar si sale de un burdel o de l'Odéon

; pero muchos hombres se equivocan en esto por no detenerse a pensarlo.

Así pues, yo tenía razones más que suficientes para adivinar lo que no se me había dicho. El físico de Teresa, la desenvoltura de su carácter y la brutalidad de sus expresiones, todo en ella me parecía llevar la misma huella.

—¿Haces teatro? —le pregunté.

—Ya no. Lo hice. ¿Cómo lo sabes? ¿Por Mauricette?

—No. Pero se nota. Se da por supuesto. ¿Dónde trabajabas?

Sin responder, se acostó a mi lado, sobre la barriga. Contesté yo mismo irónicamente:

—Me lo dirás mañana.

—Sí.

—Quédate conmigo hasta entonces.

—¿Hasta mañana por la mañana? ¿Quieres?

Como sonreía, la creí a punto de aceptar. Me encontraba aún algo cansado, pero ella me inspiraba tanto deseo como si estuviese fresco como una rosa. Se dejó estrechar por mí y me dijo:

—¿Qué quieres de mí hasta mañana por la mañana?

—Ante todo hacerte gozar.

—No es muy difícil.

—No me digas eso, me exasperas. ¿Por qué te has retenido?

—Porque mi «trabajito» no habría sido tan cuidado. ¡Vamos! ¿Qué más quieres?

—Todo lo demás.

—¿Cuántas veces?

—¡Oh, creo que contigo no contaré mucho! Tampoco sería «difícil».

Teresa fijó en mí una de esas largas miradas silenciosas en las que tanto me costaba distinguir su pensamiento. Y aquella mujer, que no quería contestar a ninguna de mis preguntas, me confió de pronto el secreto más imprevisto, como si la absoluta seguridad de atraerme le asegurara a la vez mi discreción; o quizás con una intención: tal vez para obligarme a guardar el secreto si acabara conociéndolo de otra fuente.

—Ricette me dijo que te hizo jurar y que tú has mantenido tu promesa. ¿Puedo contarte un secreto? ¿Sí? Pues bien, vivía en un apartamento en Marsella con mis tres hijas. Me fui porque cambiaron al jefe de policía. Ya está. ¿Entiendes...? Aquí, quiero estar quieta durante un tiempo; pero, como tengo una hija con fuego en el culo, vino el primer día a que tú le dieras por el culo y su madre la siguió.

Llegada a este punto, volvió a reírse, primero para convencerme de que su historia marsellesa no tenía importancia alguna y, después, porque quería verme de buen humor antes de contarme sus proyectos.

Pasó de la risa a las caricias. Cuando estuvo segura de mi estado, me hizo una pregunta en la forma adecuada para provocar confesiones:

—¡No serás aún tan virgen como para no saber todavía qué es una niña! Una de verdad, sin pelos, sin tetas; ¿has follado con alguna?

—Sí. No mucho. Dos... o cuatro... todo lo más. Dos de verdad, como tú dices; y las otras dos, un poco menos de verdad.

—Dos me bastan. ¡Sabrás entonces que no se la metes a una niña como a una mujer y que, cuando has colocado la punta de la polla en el coño, es todo cuanto puede admitir una niña! ¡Sabrás eso, supongo!

—Por supuesto. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque voy a enviarte a Lili y, como tienes la manía de follar, no quiero que me la destroces.

De repente, perdí el mundo de vista. La lengua de Teresa me había rozado la piel. Mis músculos excitados se crisparon. La lengua se paseó, dio vueltas, pasó por debajo... Me estremecía. No fue más que un instante de angustia. Teresa volvió a levantar la cabeza y, saltando de la cama:

—¡Basta por hoy! —dijo. ¿Es que te has propuesto sacarme de quicio? ¿Me dejarás en ese estado?

—Es para Lili. Voy a buscarla. Hazle creer que la tienes tiesa por ella. Y, mañana, tú y yo... toda la noche, ¿me oyes?

Nada me disgusta más que la substitución de amantes. Desear a una mujer y poseer a otra me resulta odioso.

Cuando Teresa desapareció, decidí que la Señorita Lili se haría desear sólita o, de lo contrario, no obtendría nada.

Mientras la esperaba, cogí de mi biblioteca una novela de Henri Bordeaux, que había adquirido para anular a la fuerza las erecciones rebeldes a mi voluntad.

En la séptima línea, aconteció el milagro.

3

En la quinceava línea estaba a punto de dormirme, cuando el breve sonido metálico del timbre me sacudió.

—¿Quién es?

Respondió una vocecita, clara y débil, por detrás de la puerta:

—Una hija de puta.

No tenía ningunas ganas de reírme: pero esa manera de anunciarse era una de esas inolvidables frases cortas que sobreviven por sí solas a la monotonía de la existencia... Abrí. Una niña muy extraña entró, astuta, callada, sincera y fina, los brazos colgantes, la nariz espigada.

—Soy yo, Lili —se presentó.

—Ya me lo figuraba —contesté riendo—. Eres muy amable, Lili.

—Usted también es amable. No tengo ganas de marcharme.

¿Por qué no tendré yo el vicio de las niñas? Me lo pregunto. Son odiosas entre ellas, ¡pero tan tiernas con nosotros! Me sentía halagado, no lo oculto, me sentía muy halagado por el cumplido que Lili me echaba a la cara. Con las mujeres, todas las palabras de amor están veladas por la niebla de la incertidumbre que suscita nuestra prudencia ante nuestras convicciones. Una niña se hace creer. Besé a Lili, la boca en el ojo izquierdo.

Con los brazos entorno al cuello, me dijo muy aprisa, en un tono de excusa y de preocupación:

—Tengo diez años. No tengo pelos. ¿Le gusta eso?

—¿No se lo dirás a tu madre?

—No, en serio. Mire, no llevo bragas. Mamá me las ha quitado para que no se manchen de leche.

—Pero es muy bonito lo que enseñas ahí.

—Oiga, ¿me quito el vestido? ¿Me lo arremango?

—¡Oh, arremangarse es inmoral! No me gustan más que las niñas desnudas.

—Es que... —dijo ella con la sinceridad propia de su naturaleza—, lo mejor que tengo es el coño y el culito. ¡Lo demás es tan feo!

—Estoy seguro de que lo demás tampoco está mal.

—Ya lo verá. Tendré que hacerle cositas durante un cuarto de hora para que se le ponga tiesa, porque, después de haberse acostado con mamá, el mío parecerá un cuerpo de pollita.

—No, en absoluto. Te apuesto una bolsa de caramelos.

—¿Y qué le doy yo si pierdo?

—Una discreción.

—¡Vale! —dijo—. Me da igual. Sé hacerlo todo. No se moleste.

Lili se desvistió en cuatro tiempos y seis movimientos: el vestido, las dos pantuflas, los dos calcetines, la camiseta... Cuando se lo hubo quitado todo, no quedaba casi nada de la Señorita Lili, hasta tal punto su desnudez me parecía poca cosa.

Brazos y piernas como varas; el pelo negro hasta la cintura; un cuerpecillo frágil con una gran peca y un sexo muy protuberante... Si es cierto que un menú bien entendido debe reunir los platos más dispares, el servicio de Lili, después del de Teresa, habría sido una idea genial para un *chef*.

El primer movimiento de Lili me causó enseguida buena impresión. En lugar de saltarme al cuello, buscó entre mis piernas. ¿Es acaso necesario señalar todo lo que supone de inocencia ese gesto? La pobre pequeña se había presentado (como otras de su edad se dicen Hijas de María) con el título de Hija de Puta. Una niña que se presenta así no es una niña como las demás. Es descarada, hablando claro. Y aquella hija de puta, desnuda, me abordaba como una ingenua que baja los ojos y busca ante todo lo que los niños tienen además de las niñas. Las pequeñas prostitutas tienen inalterables candores.

Como me sentía aún bajo los efectos de mi refrescante lectura, atraje hacia mí a Lili y me puse a charlar, entre manoseos que calificaremos de ultraje al pudor cometido sin violencia.

—Lili, eres una niña muy bonita.

—No es cierto. Cuando me hago una paja delante del espejo, no

me excito.

Esta frase me hizo morir de risa.

Lili permanecía muy seria; y, como resulta fácil seducir a los niños, ella afirmó sin preámbulos, sin razón, pero con aire compenetrado:

—Me cae muy bien.

—¡Oh, entonces, mi pequeña Lili, tienes dos ideas en la cabeza!

—¿Por qué dos?... Sí, es cierto, tengo dos. ¿Cómo lo sabe? ¿Se lo dice su dedo?

—Precisamente. Las ideas que las niñas tienen en la cabeza...

—¿Les vienen del coño? —me interrumpió ella.

Me resulta difícil ahora ocultar por dónde paseaba el dedo que me decía tantas cosas.

—¡Si tú lo dices! —contesté—. Pero ¿sabes por qué tienes dos ideas? Es que, cuando a alguien le cae bien una persona desea con todo el corazón complacerla, y que ella haga lo mismo.

Reflexionó un instante: el tiempo de entender una máxima. Luego sonrió y metió su rostro debajo del mío para contestar:

—¿No encuentra demasiado pequeño mi coño? ¿Querrá usted aun así follarme?

—Estás siendo siempre más buena chica conmigo, Lili. Estoy seguro de que lo primero que dices es para complacerme.

—Sí —contestó ella algo confusa.

—Y para ti, ¿qué querrías?

—Chupársela.

La palabra había sido dicha. Me apretó los brazos entorno al cuello y repitió diez veces, sonriente y canturreando, como una niña que pide un mimo:

—Tengo ganas de chuparle la cola, la polla, el pito, el capullo, la pija. Ganas de que se haga una paja en mi boca. Ganas de mamársela.

—¿Cómo? ¿Aún mamas a tu edad?

—No mucha leche de vaca, pero sí mucha de tío.

—¿Es bueno?

—Es bueno cuando se quiere al tío.

—¿Cuánta quiere, señorita? ¿Por un duro, dos, tres?

—¡Quiero toda la que tenga en la tienda!... Y pago por adelantado, señor, con mis dos agujeros.

—¿Qué dices?

—No bromeo.

—No. Déjelo a cuenta, señorita, se le adeudará. Sírvase.

Lili tenía aún alguna cosita más que decir. Siempre con los brazos entorno a mi cuello, suspiró:

—Es que... Escuche. Prometí a mamá que usted no gozaría más que una vez; que dejaría algo para Charlotte esta noche... así que podríamos hacer varias cosas en una; podríamos incluso hacerlo todo.

—¿Nada más?

—Sí. Soy la menor de las tres, pero también la que más cosas hace. Lo hago todo, salvo el amor entre las tetas, porque no tengo. ¿Quiere follarme, darme por el culo y gozar en mi boca? Le diré después por qué.

Y, en un gesto brusco, girando la cabeza, lanzó un grito:

—¡Vaya, con que se le pone tiesa sin que se la toquen! He perdido mi bolsita de caramelos.

—Te la daré igual.

—¿En serio? ¿Y qué hay de mi discreción? ¿Qué quiere pedirme?

—Cuando me hayas dado tu boca y tus dos agujeros, ¿qué podría pedirte?

—¡Mi lengua! —dijo ella alegremente.

¡Y fue tan rápida en pagar su deuda...! ¿Cómo describir la manera en que Lili me ofreció su lengua? La detuve demasiado pronto.

—Lili, ¿qué me has hecho?

—¡Una lengua por detrás bien merece una polla por delante! —contestó ella festivamente.

Se tumbó de espaldas, las piernas al aire, el sexo abierto. Lo mojó con tanta saliva como para violar una gata, y me di cuenta de que era ingenuo el no saber cómo cogerla, ya que resulta más fácil follar a las niñas que a algunas mujeres. Penetré sin demasiado esfuerzo...

—¡Ya está! —dijo ella sonriente—. Se mete la punta y ya se llega al fondo. No hay nada más... No vale la pena.

—¿Qué sí, que sí!

—No. No sirvo más que de un lado. Este.

—Por lo que acabas de decirme, merecerías que te hiciera un hijo.

Rio, pero añadió muy aprisa:

—¿Verdad que me harás el hijo por la boca?

Como me siento tan ajeno al espíritu sádico como al moralista presbiteriano que se reparten la sociedad, lo que voy a decir no es la expresión de un sentimiento personal y corre el riesgo de no gustar a nadie: de la misma manera que me habría resultado penoso poseer a una niña contra su voluntad (no tengo, por otra parte, experiencia alguna como violador), me causó gran placer follar a Lili, quien se prestaba a ello con entusiasmo.

Jugaba a joder como otras niñas juegan a las muñecas, con una anticipación de instinto: y, si bien estuviera ya acostumbrada a ese juego, se sentía orgullosa de tentar a un hombre, de hacer a su edad todo lo que hacía su madre... Pero, un minuto después, me dijo suavemente:

—Cambia de agujero. Llegarás más lejos.

Saltó de la cama como un rayo, corrió al cuarto de baño, cogió un poco de jabón para abrirme el camino y, volviendo hacia mí, se agachó, mirándome el miembro que cogió en su mano. Unos segundos de manoseo le bastaron para lograr lo que se proponía. Con tanta habilidad como dulzura, acogió por detrás todo lo que no había podido introducirse por delante; ¡todo, hasta la raíz! Y, colocando sus pequeñas nalgas encima de mis testículos, levantando las rodillas, abriendo los muslos, en cuclillas como un diablillo sobre un San Antonio, apartó los labios espesos de su sexo rojo y sin vello y se masturbo ante mis ojos, como hacen las niñas con el dedo dentro.

La cogí en mis brazos pero era tan pequeña que, incluso levantándole la cabeza, no alcanzaba más que su cabello.

—¡Estoy contenta! ¡Cuándo pienso que te has acostado con mamá y que te pones cachondo conmigo! ¡Mamá tan guapa, y yo tan fea! A mí no me tocan más que los viejos, a mamá los jóvenes. ¡Y ahora te siento en mi culo, lejos, lejos, casi en el corazón!

Esta palabra es una de las más tiernas y entrañables que jamás haya oído; pero, una vez más, no lo comprenderán ni los moralistas, quienes me condenarán por haber sodomizado a una niña, ni los locos, quienes no sabrían entregarse a este tipo de distracciones sin

abofetear, azotar y golpear a la niña y sin que esta llore y grite como un cerdito degollado.

Lili permaneció inmóvil, luego giró suavemente sobre el eje que la penetraba y se tumbó a mi lado, de espaldas, totalmente entregada. Y, como le metía la mano entre las piernas, tuvo una expresión tal de ruego sin palabras que yo mismo le pregunté:

—Tu boca, ahora.

—¡Ah! —exclamó ella.

Y la vi enseguida... ¿Lo diré también? No sé como decirlo... En fin, me he prometido decirlo todo y contar esta historia tal como la viví...

Lili extrajo de su culito el miembro que se agitaba en él desde hacía un cuarto de hora y se lo metió en la boca tal como estaba.

—¡Oh, qué cochina! —le dije retirándosela.

—Ya está, es demasiado tarde.

—¿Cómo puedes...?

—Me gusta así.

La frase «Me gusta así» no admitía réplica. Lili volvió a apoderarse de lo que le había quitado; simuló incluso morderlo para no soltarlo y se puso a chuparlo como un chupa-chups, con una boca estrecha y golosa.

Al conocer de sobras los reproches y los cumplidos que le dirigían en la cama, me había avisado de que este último ejercicio «no era lo que mejor hacía». Pero empezaba a cansarme de la larga excitación en la que me había mantenido, y, mientras manoseaba con la mano derecha el culito muy abierto que ella movía a mi alcance, le advertí que estaba a punto...

Si la comparación no fuera irreverente, diría: una niña a la que le gusta chupar a los hombres parece una comulgante quien, por primera vez, se arrodilla ante la santa mesa: es como si esperara un alimento sagrado, en el seno de un misterio incomprensible en el que el dios del Amor se dará a ella.

Lili tuvo una expresión tan conmovedora que habría sido cruel reírme. Entornó los ojos, apretó tanto como pudo su boca demasiado pequeña en la que mi verga parecía enorme, fuera de toda proporción, y, cuando sintió que yo eyaculaba de pronto, emitió, no sé porqué, unos pequeños resuellos por la nariz de un cómico irresistible. Me oculté los ojos con la mano.

No duró más que un instante. Lili no era de esas niñas aguafiestas que babeen lo que chupan y dejan más pena que remordimiento a los señores que las pervierten.

Chupaba mal, pero trabajaba bien.

Transcurrieron cuatro horas. Cené solo, sin mujeres, en un pequeño restaurante, con el fin de recuperarme un poco física, y sobre todo, mentalmente.

Recobré fuerzas rápidamente, pero mi mente fue más lenta.

Cuando regresé, hacia las once, no alcanzaba aún muy bien a comprender qué me había pasado.

Así pues, tenía por vecina a una hermosa italiana que vendía a sus hijas. El que hubiese follado con una de sus hijas, se entiende. Desde siempre los estudiantes y las chicas de catorce años se han ido juntos a la cama. Que la madre, acostumbrada a compartir los amantes de sus hijas, se presentara poco después en casa, se entiende también.

Ahora bien, ¿por qué me había enviado a Lili? ¿Por qué me había prometido la visita de...? Llamaron a la puerta. Dos golpes... Fui a abrir. Una voz suave y serena me dijo:

—Al parecer, ahora me toca a mi, ¿no?

Retrocedí. Teresa me había avisado que Charlotte era la más guapa de sus hijas, pero no creía que lo fuera tanto, y le dije de sopetón:

—¡Vaya por Dios! ¡Qué guapa es usted!

—¡Cállese, por favor! —dijo ella tristemente—. Todas las chicas son iguales.

—¿Es usted Charlotte?

—Sí. ¿Le gusto?

—¡Vaya si me gusta!

Me interrumpió para decirme con una mezcla de alivio y

cansancio:

—¡Bueno, pues, mejor! Porque, sabe usted, me entrego tal como soy, no soy nada coqueta, y si usted... ¡Oh! ¿Nos tuteamos? Resulta más sencillo.

—¿Nos besamos?

—Todo lo que tu quieras.

Cogí su boca apasionadamente. El beso que me devolvió era más blando que ardiente, pero me había acogido bien. Dijo solamente, cuando le deslicé la mano por debajo de la falda:

—Déjame, al menos, desnudarme.

—¿Crees que tengo tiempo?

—Tienes toda la noche.

Y sin prisas, con la sencillez de una modelo que se desprende de sus trapos delante de un pintor, se quitó el vestido negro, las medias, la combinación, y, desnuda ante mí, suspiró:

—Como puedes ver, soy como las demás.

Era deliciosa. Menos morena de piel que su madre, pero tan morena de pelos y cabello, tenía un cuerpo de suaves contornos, y todo en ella era dulzura: la mirada, la voz, las caricias.

Cuando se encontró en mi cama y entre mis brazos, murmuró casi humildemente:

—Quisiera complacerte... No tienes más que pedir, haré lo que tú quieras y cómo tú quieras.

Esta vez, se apoderó de mí el furioso deseo de poseer a aquella chica tan hermosa por la vía más natural. Le dije que la quería, que deseaba primero su placer, y el gesto que esbocé le dio a entender cómo pensaba lograrlo.

Pero Charlotte enarcó las cejas y, con inocente sorpresa, exclamó:

—¿Follar? ¡Bueno, si quieres! Pero si quieres que goce... ¡no! Sabes, yo no soy complicada, no me gusta más que una cosa.

—¿Qué?

—Cuando follo, el temor de quedar embarazada me corta toda posibilidad de placer. No me gusta follar. No me gusta tampoco que me toquen, porque me cansa. A mamá sí, le gusta mucho, se lo hago y no quiero que me lo devuelva.

—Entonces, cuando quieres gozar, ¿qué haces?

—Hago como todas las chicas del mundo: me hago una paja —

dijo Charlotte con una sonrisa triste.

Estaba confundido. Quise que lo repitiera:

—¿Cómo? No eres virgen, haces el amor de todas las maneras posibles, tienes todos los días cantidad de hombres y mujeres, y... ¡te haces una paja! Lo entiendo en una chiquilla como Ricette; ¿pero tú, con veinte años?

—¡Chiquillo tú mismo! —contestó ella—. ¿Es que no sabes que todas las putas se hacen pajas?

—¡Charlotte, no quiero que te trates de puta!

—Con perdón —dijo en modo extraño—. ¿Es que no sabes que todas las vírgenes se hacen pajas?

Sonreí a medias. Estaba irritado. Charlotte, despreocupada, siguió hablando con la misma voz lenta y blanda:

—Yo no oculto nada. Me hago una paja delante de quien sea cuando me da la gana.

—¿Y te coge a menudo?

—Por supuesto... No me gusta quedarme excitada, me cansa... Esta mañana, antes de levantarme, no lo hice, pero el agua del bidé estaba caliente y mi clítoris se puso tieso... Pues me hice una paja.

—¿A caballo en el bidé?

—Sí, no valía la pena volver a la cama. Luego, después de almorzar, porque... Pero vas a burlarte de mí.

—No, dilo todo.

—Lili me metió una galleta en las bragas y tuve que hacerme una paja encima para que ella se la comiera.

—Y como eres buena chica...

—¡Oh, hago siempre lo que me piden! Finalmente, después de cenar, me hablaban de ti; hacía ocho días que no me acostaba con un chico, ¡je imaginaba cosas...! Entonces, mientras charlábamos... como tenía ganas...

Sin terminar la frase, deslizó un dedo en su entrepierna y, brindándome sus labios, volvió tranquilamente a masturbarse.

—¡Ah, no! —exclamé—. ¡No en mi cama! Cuando tengo, por casualidad, en mis brazos a una chica tan guapa como tú, ¿no comprendes que desee hacerla gozar yo mismo?

—¿Y no comprendes que me harías gozar si yo tuviera tu polla en el culo y tu boca sobre la mía, mientras me hago una paja?

—¡Vaya! —protesté con vehemencia—. ¡No puedo daros por el

culo a las cuatro!

Había dicho aquella frase con tanto mal humor que la pobre Charlotte se puso a llorar.

—Eso sólo me pasa a mí —dijo—. Dicen que soy buena chica, y luego me tienen que reñir siempre a mí. Has estado encantador con mi madre y mis hermanas. Vengo a pasar contigo toda la noche y, nada más empezar, se arma una escena.

Lloraba sin sollozar, pero inspiraba por ello aún más compasión. La cogí en mis brazos, y balbuceé:

—¡Charlotte, no llores! Lo siento mucho.

—¡Y, por supuesto, se te pondrá blanda! —dijo con tal desconsuelo que sonreí a pesar mío.

—¡Charlotte, guapa!

—¡No, no soy guapa, puesto que se te pone blanda! Se te puso tiesa con mamá, Ricette y Lili; pero conmigo, mira... mira...

Las lágrimas la sofocaban. Me sentía afligido. No sabía como detener aquel dolor tan poco razonable, cuando Charlotte se incorporó y, con esa necesidad de lógica y claridad propia de los espíritus simples, siguió diciendo con su voz lenta y buena:

—Ya te dije que hacía todo lo que tú quieras. Puedes gozar en mi coño, en mi culo, en mi boca, entre mis tetas, debajo del brazo, en mi pelo, en mi cara, gozar en mi nariz si te divierte, no puedo decirlo más claramente, ¿no? No se puede ser más amable.

—Pero, Charlotte querida...

—Pero, querido, me preguntas cómo gozo más; pues bien, te digo que lo que más me hace gozar es hacerme una paja mientras alguien me da por el culo. Somos así las cuatro, lo llevamos en la sangre, no es culpa mía. ¡Y no somos las únicas, ni mucho menos! ¡Si supieras todo lo que vi de pequeña en el colegio! Casi todas las niñas me decían confidencialmente: a mí también me gusta que me den por el culo.

—Entonces...

—Entonces, haz de mí lo que quieras si buscas tu propio placer, pero si buscas el mío, dame por el culo y déjame tocarme a mí. ¿Entiendes?

Nuestras bocas se unieron y la reconciliación tuvo como primer efecto el de volver a ponerme en un estado más digno de ella. Cedí a lo que ella quiso, y, tras recordarme que no le gustaba que la

masturbaran, se colocó ligeramente sobre mí, con el culo a la altura de mi rostro.

El coño de Charlotte era muy bonito, quizás porque no lo utilizaba con frecuencia... Pero no, porque el segundo agujero, que, en cambio, tanto utilizaba, era impecable, como el de Teresa.

Por blanda y calmada que fuera, Charlotte se ponía fácilmente húmeda; era una de esas chicas que dicen: «Me mojo por ti», como otra diría «Me quemó». Sus pelos estaban bien colocados, menos lustrosos y largos que los de su madre, pero también crecían en las ingles y llenaban la hendidura de la grupa.

Después de todo lo que había dicho Charlotte, no quise poner en duda mis intenciones... Abrí sus nalgas con mis manos y toqué con el dedo lo que me ofrecía... Recordé a una chica a quien había hecho lo mismo y quien había exclamado estremeciendo el trasero: «¡Oh, tu polla, tu polla, tu polla!». Charlotte desprendía mucho líquido, pero no se estremecía, ni gritaba. Además, estaba más acostumbrada a dar caricias que a recibirlas. Por un error que su profesión justificaba bastante, tomó mi gesto por una señal y, como no lamía más que mis testículos, llevó su lengua más abajo.

Charlotte no era viciosa.

La mayoría de los hombres ignora tantas cosas de la adolescencia femenina que no podría comprender cómo una joven puede confesar su afición a masturbarse mientras le dan por el culo y no tener sentido alguno del vicio. Las jóvenes me comprenderán mejor y eso me consuela, ya que es evidente que este libro será leído con más frecuencia por las mujeres que por sus maridos.

Así pues, Charlotte no tenía sentido alguno del vicio, por suerte para ella y para mí: era «sensible», como decían los autores del siglo dieciocho. Y, sin gritos, ni suspiros, ni estremecimientos de la grupa, se puso a babear con tal abundancia que la pequeña Lili (esa sí, viciosa) habría mojado a gusto tres galletas en aquel hoyo espumoso. El líquido desbordaba sobre la vulva y por encima de los pelos... Me retiré a tiempo. Lo que acababa de ver me había consolado de no poseer a Charlotte por la vía inundada.

Cuando volvimos a encontrarnos lado a lado, un nuevo incidente nos detuvo. Charlotte no quería elegir, ni proponer nada. No sentía gustos, ni caprichos, ni preferencias, ni sabía inventar nada. Imaginar o decidir la cansaban.

—Con que me des por el culo mientras yo me hago una paja, ya me basta —dijo.

—Entonces, ponte la cabeza abajo y los muslos encima de la cama.

—¡Si quieres! —contestó simplemente.

Luego, cuando comprendió que yo no hablaba en serio, me cogió el rostro entre sus hermosas manos y me dijo con una sonrisa sin rencor:

—Con que te diviertes burlándote de mí, ¿eh? ¡Bien, pues sigue toda la noche y hazlo siempre que nos acostemos juntos! Es el más fácil de todos los juegos. Creo todo lo que se me dice y no me enfadó por nada.

—¡Eres desarmante! —exclamé.

—Yo estoy desarmada —contestó ella—, porque sé desde siempre que no soy más que una pobre bestia.

¡Lamentable y trágica palabra! No olvidaré jamás el tono en que Charlotte pronunció aquella palabra. Y las mujeres están locas de creer que nos seducen con el arte de embellecerse. Charlotte estuvo a punto de apoderarse de mi corazón con aquella confesión.

Desnuda ante mí, había inclinado la cabeza, las manos cruzadas encima del vientre, a la altura del triángulo de pelos... Me pareció verla por primera vez. Vi que su belleza, al igual que su carácter, estaba desprovista de todo maquillaje. Ni colorete, ni horquillas; nada en las pestañas, nada en los párpados. La encontré tan simple, hermosa y buena, que le sacudí con cierta brusquedad los codos y las caderas para que me escuchara:

—Sí, eres una pobre bestia, Charlotte, si no crees en absoluto lo que voy a decirte, ¿me oyes, Charlotte? Palabra por palabra. Eres bella de los pies a la cabeza. No hay rasgo de tu rostro, pelo de tu vientre, uña de tus dedos que no sea hermoso. Y eres tan buena como bella. Ahora ya te conozco, y me toca a mí repetir: haz lo que quieras en mi cama. No prohíbo más que una cosa: insultar a la chica a quien quiero y que me la pone tiesa. Si vuelves a tratarla de puta y de imbécil...

—No —dijo alegremente—, voy a hacerle la corte, voy a ponerla dura, tiene ganas. Y le abriré yo misma las nalgas para que tú me des por el culo.

—Enséñame cómo.

Estaba tumbada a mi lado. Dio la vuelta, sin intención alguna de proponerme una posición; sin embargo, me apresuré a tomarla así.

Todo ocurrió con extraordinaria facilidad, como casi siempre ocurrió luego, con el tiempo. El ano de Charlotte parecía esas fundas de puñales que son perfectamente estrictas y ajustadas, pero donde la lámina entra sola. Para decirlo cruda, aunque claramente: tan pronto como se le ponía a uno dura debajo de sus nalgas, entraba por sí sola en el culo; pero la entrada era tan firme como flexible, y, debido al conjunto de cualidades que ahora sería indecente alabar en exceso, se penetraba en él más aprisa que salir se podía.

Charlotte enculada pasó a ser aún más Charlotte que antes: más blanda, más húmeda, más dulce, más tiernamente abandonada. Yo me había girado un poco, de manera que ella estaba casi acostada sobre mí de espaldas, lo que le permitía abrir todo lo que le daban los muslos. Paseé allí mis manos antes que ella: era un lago. Al pensar que todavía no se había masturbado, me preguntaba qué fenómeno fluiría de sus dedos cuando hubiese terminado.

Sus gemidos empezaron en cuanto se sintió penetrada y duraron ocho o diez minutos, sin crescendo, sin efecto. Poco le importaba disimular su placer y, menos aún, gritarlo a los cuatro vientos como una actriz. Ella se masturbaba tan lentamente que su mano parecía inmóvil, y yo mismo, comprendiendo que a ella le gustaban las voluptuosidades tranquilas, no hacía en sus cálidas entrañas más que movimientos imperceptibles. Hacia el final, presa de un escrúpulo que la define a la perfección, volvió hacia mí una mirada languideciente y me dijo débilmente:

—¿Quieres que te hable? ¿Ves qué contenta me pongo cuando me das por el culo? ¿Te gustaría que te dijera todo lo que siento mientras tengo tu polla en mi culo?

—No. Dime sólo cuándo...

—¿Cuándo me correré?

—Sí.

—Cuando quieras. Tantas veces como quieras. Lo hice cuando te besaba antes de que me la metieras en el culo y estoy dispuesta a volver a empezar.

—¿Ahora mismo?

—Claro que sí. ¿No ves que me toco «alrededor»? Cuando me

digas que me corra, me correré.

Esas cosas no se dicen. Le di a entender que la esperaba, y su placer, que se adelantó al mío unos segundos, se prolongó no obstante más, ya que las mujeres gozan más tiempo que los hombres.

El minuto que siguió no nos separó. Charlotte permanecía en mis brazos y me miraba en silencio con esa, expresión de gratitud que tan bien conocen los amantes.

—Quiero tus pechos —le dije, acariciándoselos.

No había dicho sino aquello, y espero que estaba a punto de encontrar algo mejor cuando ella me interrumpió con una exclamación de sorpresa:

—¡Oh, qué bueno eres! ¿Ahora quieres mis pechos, querido? ¿Acabas de correrte y quieres mis pechos? ¿Acabas de dar por el culo a la pobre Charlotte y no te da asco?

—¿Asco? ¡Pero estás loca!

—Si supieras lo que es la vida de una puta...

—Te había prohibido tratarte así.

—Entonces, ¿qué soy desde hace doce años? ¿Por qué pasan todos los días por mi trasero de cuatro a cinco hombres y cualquier tortillera puede frotarse el culo en mi cara? Si te digo que todas las putas se masturban es porque tengo razones para ello. Cuando se está en la profesión, una se hace pajas; de lo contrario, no gozaríamos nunca. En todo caso, sabemos una cosa: cuando hemos hecho todo lo posible para complacer a un hombre y que este se ha corrido, no somos más que putas e hijas de putas.

—Mi «pobre Charlotte», como tú dices, te aseguro que...

—Y no estoy acostumbrada a que me hagan cumplidos por mis tetas después de que me hayan dado por el culo, eso es.

Tenía todavía lágrimas en los ojos. No sabía qué contestarle. ¿Acaso la quería lo suficiente para hacerme querer por ella?

Con el fin de dejarme el tiempo de reflexionar y de mejor comprender a mi compañera de cama, le pregunté una o dos cosas a las que Charlotte me contestó contándome una larga historia: la de su vida.

5

Charlotte se incorporó apoyándose con un codo en la cama, colocó entre los míos sus dedos que yo amaba y me dijo con su voz más suave: tan lejos como remontan mis recuerdos, veo a mamá enculada. Era como yo, hacía de todo. De vez en cuando, encontraba a un hombre al que le gustaba que se la chuparan. O bien, aparecía con una tortillera. Como tenía más pecho que yo, se encontraba cada ocho días, el domingo, con un amigo que le hacía el amor entre las tetas. Eso me divertía porque se corría en su rostro. Finalmente, alguna vez debió follar ya que tuvo tres hijas. Pero era una excepción. Mamá era conocida como la que se deja dar por el culo. Se le daba por el culo, y ya está.

Por eso, mamá es también como yo: ni ella, ni Ricette no han gozado jamás de otra forma, y Lili acabará siendo como nosotras. Sólo que, ya te lo imaginas, hay días en que una joven puta se deja dar por el culo por siete u ocho hombres sin que ninguno la excite; e, incluso si encuentra a uno, no hay con frecuencia de qué mojarse las bragas, ni tener ojeras.

Así que, todos los días, cuando aún yo era un bebé (y, al menos, dos veces al día), mamá se masturbaba en la cama y siempre del mismo modo: un señor acababa de salir, ella seguía desnuda, cogía del cajón una vela a la que hacía fundir ligeramente la punta, o bien un rulo que había previamente calentado, o aún el consolador que había comprado para jugar con las tortilleras, y, ante todo, se lo metía en el trasero. Jamás mamá se masturbo delante de mí sin llevar algo en el culo. Y luego, se tumbaba en medio de la cama y, con la punta del dedo... ¿Qué quieres? Así es cómo se corren las

putas.

Mamá siempre me aseguró que me había hecho mamar a la vez de sus dos leches. Lo que sí recuerdo es, durante toda mi infancia, haberla mirado mientras se masturbaba y, después, ir a lamerla cuando terminaba, y cuanto más había más contenta me ponía. Mamá me contó también que tenía cinco años el día en que la masturbé yo por primera vez, lo bastante bien como para hacerla gozar. De eso no me acuerdo, pero sé que era muy pequeña.

No hay que acusar a mamá por todo eso, sabes. Ahora ya tengo veinte años, soy libre, y, aún hoy, la masturbo todos los días; siento cada vez el mismo placer al verla correrse, pues la quiero bastante.

Por supuesto, era también una niña cuando me hizo probar la leche de hombre. Creo que no dejé nunca de beberla. Se la lamía a mamá cuando la llevaba en los pelos o en cualquier otro lugar. Recuerdo a un señor mayor que se hacía masturbar en mi boca; hace ya tanto tiempo... ¡y pensar que ya sabía mamar una polla! Es lo primero que aprendí. Tenía, en la misma calle, a una amiguita que era como Ricette: no podía chupar a un hombre sin devolver. Por lo tanto, me sentía orgullosa porque a mí no me pasaba nunca. A los cinco o seis años, me hacían mamar a hombres que no habían gozado en quince días. Babeaba, tenía la boca llena, me atragantaba, pero me gustaba siempre.

A los ocho años, me desvirgaron por detrás. Mamá dijo que era demasiado tarde y que habría podido trabajar antes. Para prepararme, durante unos ocho días, me masturbó el culo con su dedo. Y luego, organizó dos extrañas ceremonias. La primera delante de un grupito de tortilleras que habían hecho hacer un consolador especial con el que mamá me dio por el culo. Se volvieron locas al ver a una madre desvirgar el culo de su hija, ¡y eso las puso en tal estado que quisieron todas darse por el culo las unas a las otras con grandes consoladores! No olvidaré jamás aquella escena. Una chica joven, a quien había traído su madre y que no había jamás sido enculada por un hombre, ni por una mujer, quedó horriblemente herida, rasgada y destrozada; había sangre por todas partes. ¡Ah, no sabes lo que hay que ver en la profesión de puta, y a la edad de ocho años te aseguro que ya no era una ingenua!

Pocos días después, la segunda ceremonia. Haciéndome pasar

por virgen, mamá hizo que un niño de mi edad, que la tenía tiesa como un leño, me diera por el culo delante de otro público. Luego, mamá graduó tan bien las experiencias que, sin sufrir demasiado y sin incidente alguno, me acostumbré a pollas siempre más gordas. No sangré. Tenía el agujero del culo hecho para eso. Y, más que nada... Es fácil comprenderlo. Todas las niñas quieren imitar a sus mamás. Las hijas de actrices se vuelven locas de alegría cuando obtienen un papel a los ocho años. Y las hijas de puta... cuando tienen un hombre, creen... Querido, no sé hablar, pero quisiera sobre todo que no acuses a mamá por haberme vendido. Ya ves cómo soy, no me abalanzo sobre ti como una posesa. Jamás fui viciosa: pero te aseguro que, a los ocho años, me alegraba mucho de poder hacer lo mismo que mamá. ¡Me sentía feliz cuando ella me llamaba a su habitación mientras estaba con un señor a su lado completamente desnudo, y bastaba con que me arremangara un poco el vestido para que él se empinara! ¡Me sentía orgullosa! Me habría dejado dar por el culo hasta la boca. Sabes, el juguete más bonito para una niña es la polla.

Suspiró, desviando ligeramente la mirada, y sus ojos se detuvieron en lo que había olvidado ya:

—¡Oh! —dijo—. ¿La tienes tiesa?

—¡Acuérdese de que usted ya no es una niña, señorita!

—¿Y por eso iba a estar menos contenta de ponértela tiesa? —contestó ella, abrazándose—. No dices nada. ¿Quieres que te la chupe?

—Sí y no.

—¿Qué quieres decir? Lo hago todo, pero no tengo ninguna imaginación... Lili nos contó en la cena lo que había hecho contigo. ¿Quieres lo mismo? Yo, encantada; ¡ojalá te guste!

Lo decía tan bien, y estaba yo mismo tan escaso de ideas (ya que, ¿qué hacer con una joven tan guapa a la que no le gusta joder?) que la dejé hacer lo que quiso.

Se puso exactamente en la misma posición que la primera vez. Si escribiera una novela variaría, por supuesto, las posiciones, pero estoy narrando los hechos tal como ocurrieron.

Cuando se tumbó de espaldas a mi lado, le dije besándola:

—Tus nalgas son tan bonitas como tus pechos.

Y esa simple frase suscitó en ella un flujo de palabras.

—¿Mis nalgas? ¡Qué encarnadas deben estar ahora! ¡Qué ganas tienen de que las encules! Pero ¡quieto!, quédate ahí, no entres aún, tenemos tiempo. Déjame acariciarte la polla con mis nalgas, ya que tanto te gustan... ¡Eres un encanto por decirme esas cosas! Es lo que más me gusta de mi pobre cuerpo.

—¡Pero si eres muy guapa, Charlotte!

—No, no, soy como las demás. Sólo que, cuando veo a otras chicas desnudas y me miro al espejo, creo... quisiera creer... que tengo unas nalgas muy bonitas... Y, como me has pedido primero el coño, temía que no te gustara mi culo.

—¿Por qué no habría de gustarme?

—Porque tengo tantos pelos detrás como delante. Tengo incluso un ligero vello que recubre la mitad de cada nalga —dijo ella riendo—. ¡Pero, en fin, veo que te gusta! Todo en orden. ¡Y si se te pone tiesa... tiesa como un ángel!

—¡Si a eso se le puede llamar así!

—¡Tengo ganas de tocarme cuando te siento duro debajo de mi culo! ¡Unas ganas... unas ganas! Y eso que ya me he corrido cuatro o cinco veces hoy. No importa. Yo no cuento. Más me masturbo, más me relajo. Y, cuando estoy cachonda como ahora, cuando siento latir mi pito y escocer el agujero del culo...

—¡Bueno, pues, ahora ya te conozco mejor! —dijo interrumpiéndola—. Porque si ahora te dijera: «Charlotte, no te excites el pito ni el agujero del culo, quédate quieta y déjame dormir», me contestarías: «¡Si quieres!».

—¡Oh, si quieres! —dijo con melancolía.

—Y si te digo todo lo contrario: «Charlotte, no son más que las doce veinte; me he corrido cuatro veces hoy; un día llegué hasta ocho y quiero batir mi récord contigo. Tengo todos los vicios, todas las pasiones, las manías más extrañas; aún tengo que correrme cinco veces más antes de que abandones esta cama».

—¡Oh! ¿Eso? ¡Lo que quieras! —dijo ella con su sonrisa serena. ¿Quieres intentarlo? No tengo sueño.

Mientras hablábamos... Ya conté con cuánta facilidad se enculaba a Charlotte... Nos habíamos unido como ella deseaba, y se empeñaba en hacer que esa posición me resultara agradable.

Un beso profundo nos obligó a callar; luego, mirándome por encima de la espalda, con una larga sonrisa en los ojos, casi

maternal, aunque tuviera la misma edad que yo, me dijo (en cierto tono) con la misma compasión, paciencia y ternura con las que una profesional puede inclinarse sobre un novato:

—¿Tienes vicios, querido? ¿Tienes manías? ¡Dímelo todo! Ya sabes que puedes pedírmelo todo. ¿No me dices nada? ¿Te da vergüenza? ¿Quieres que sea yo...?

Yo no decía nada, porque mi único vicio era el de joder, y me parecía ya imposible hacérselo entender.

Charlotte, que era la mejor chica del mundo, interpretó mal mi silencio. Buscando siempre mi mirada con sus ojos rasgados, que parecían concederme de antemano el perdón de las peores tiranías, me dijo tranquilamente, sin bajar la voz:

—Fóllame en la boca.

Hoy me cuesta entender cómo no pegué un brinco al oír esa frase. El comienzo del relato me había sin duda preparado para lo que fuera, incluso para ese imprevisto. Además, la pobre chica era tan guapa, tan dulce... Me había dicho eso porque sí, como algo muy natural... Y, pese a mi estupefacción, insistió:

—Oh, ¿qué pasa? Si te lo propongo, no pongas ese cara. No te diré que a mí me gusta eso como a Lili...

—¿A Lili le gusta eso?

—¡Por supuesto! ¿Qué es lo que no le gusta a Lili? A mí no me gusta más que una cosa, y es lo que me haces tú...

—¿Y?

—Pero estoy acostumbrada a todo. No te enfades; más tarde, al final de la noche, me follas en la boca y se te pondrá tiesa otra vez.

—¡Charlotte!

—Y, además, no sé qué me pasa, tu polla me quema, tengo ganas, deseo tanto tu mierda como tu leche.

Soltó esas últimas palabras con tal vehemencia que ya no reconocía a Charlotte. Ella, tan blanda, se volvió tensa y brusca. Con la cabeza escondida debajo de la almohada, gozó sin avisarme estirando las piernas hasta la extremidad de la cama.

Tras guardar silencio un minuto apenas, se acordó antes que yo de lo que habíamos convenido. Sonrojada, levantó la cabeza y me dijo para terminar su frase:

—Y de momento, es tu leche la que voy a tener en la boca.

Aún aturdido por todo lo que acababa de oír, no podía

extrañarme de que Charlotte, al igual que Lili, pasara el órgano viril de su amante, como si tal cosa, del trasero a los labios. Yo también iba acostumbándome a todo; y, si pegué un brinco, esa vez fue por otra cosa.

—¡Ah, no! ¡No vas a chupármela así!

—¿Qué? ¿Lo hago mal?

—A ti no te gusta que se te toque porque eso te cansa, ¿y así es cómo chupas a los amigos? ¿Quieres matarme o qué?

—¡Uff! ¡Qué dirías si mamá te la hubiese chupado!... ¿Pero qué quieres que haga?

—Abre los dientes, cierra los labios, no muevas la lengua... y... yo voy a guiarte.

Mientras se lo iba señalando, le puse una mano en el pelo, luego, gracias a la docilidad de su carácter acomodaticio, se calmó y permaneció inmóvil cuando se lo ordené.

Cuando volvió a encontrarse a mi lado, aún más hermosa —ya que una joven que acaba de brindar su boca vuelve siempre con un destello en el rostro—, le dije:

—Querida Charlotte, repíteme lo que eres.

—Una pobre puta, que esta noche no es desgraciada.

—Entonces, ¿por qué chupas como una chica «bien»?

—¿Lo dices porque me lo tragué todo? —contestó ella riendo—. Cállate. Estoy más contenta de haber bebido tu leche que tú de que te la chuparan.

—Otra frase de chica «bien». No sólo chupas, sino que hablas como una joven casadera.

—Es que he mamado a más de una —dijo Charlotte con un suspiro—. Me he mojado tantas veces los labios con leche de virgen que me ves con cara de ingenua...

Tiene gracia lo que acabas de decir. Te crees tonta y puta, y no lo eres en absoluto.

—¡Uy!, reemprendió su relato.

—Así pues, a los ocho años, era puta junto con mamá que tenía veinticuatro. Ricette, que era un bebé, estaba a cuidados de un ama y, más tarde, la internaron en un colegio. Estábamos solas, mamá y yo.

Mamá no me cansaba. Me entrenaba. Una lamida diaria de promedio. Si se presentaban más oportunidades, ella decía que yo

había salido. Si me quedaba dos días sin hacer nada, ella misma me daba por el culo con un consolador para que no se me estrechara. No la masturbaba casi nunca. Me contestaba siempre: «Eres un encanto, hija mía, pero prefiero masturbarme yo misma». Yo la lamía, por supuesto, una vez que se había corrido, pero nada más.

En aquella época, tenía cuatro trajes que me ponía según las ocasiones. Primero, un vestido de niña, muy elegante, con un gran cinturón de seda. Luego, una bata de burdel con puntillas. Luego, un delantal negro de colegio; me hacía trenzas cuando me lo ponía. Y, por fin, un traje de chico que llevaba con una peluca. Esos disfraces me divertían aún más que lo otro.

Mamá jamás me dejaba sola con un hombre. Siempre que me daban por el culo, ella me aguantaba las nalgas, metía ella misma la picha en el culo, de modo que no me hiciera daño. ¡Y pensar la de pollas que he tenido ya a esa edad! Los hombres que le dan por el culo a las niñas son los que tienen los miembros más gordos, ¿no te parece divertido? Pero, gracias a mamá, jamás sangré.

Aprendía a la vez a ayudar a mamá. Cuando alguien le daba por el culo, yo chupaba los cojones de su amigo, o bien hacía... lo que Lili hace ahora... es difícil de explicar... metía toda la mano en el coño de mamá y cogía la polla que tenía en el culo apretándola en la piel que separa el coño del culo, ¿lo entiendes? Y así masturbaba la picha qué enculaba a mi mamá. Lili te lo hará mañana, si quieres.

Eso duraba desde hacía un año, cuando ocurrió la cosa más extraordinaria de mi vida. ¡Y mira que he pasado cosas desde entonces! ¡Y lo que aún tengo por decirte, verás! Pero aquello, es para no creérselo. Si no te lo jurara...

Charlotte levantó el brazo:

—Te lo juro por mi madre que es verdad. Yo tenía nueve años. Era en julio. Habíamos almorzado con un señor del que recuerdo todavía el nombre. A las cuatro, nos acostamos los tres en pelotas en la cama. Mamá estaba borracha; no le ocurre con frecuencia. Me acuerdo que, al acostarse, me dijo: «¡Oh, trae tu lengua, estoy demasiado borracha para tocarme!». Entre tanto, el señor me enculó y (¡quizás estuviera tan borracho como mamá!) me dijo antes de correrse: «Hazle una paja a tu madre con el culo. Tírale esa leche en el coño».

Jamás hubiera querido hacer algo así: pero mamá había bebido

champaña, estaba cachonda, gozaba; se está un poco loco en esos momentos. Así que, mira por dónde, mamá me dijo: ¡Sí!

Le pusimos el trasero en la almohada, el coño abierto de par en par. Yo tenía mi culito lleno de leche, ¡imagínate! Me puse en cuclillas... hice lo que me ordenaba... y, como ella no creía que se podía hacer críos de aquella manera, esperó dos horas para lavarse.

Pues bien, debía tener el mes dos días después, pero no lo tuvo; se quedó embarazada, y embarazada de aquello, ya que no había jodido desde hacía seis semanas. ¿Y sabes quién nació de esa historia? ¡Lili!

—¿Lo sabe ella?

—¡Ya lo creo! Es un bebé que he llevado en el culo antes de que mamá lo llevara en el vientre. Hoy, muchos hijos follan con sus madres y las dejan preñadas de niños que son a la vez sus hijas y sus hermanas, pero lo hacen regándolas con la polla, como lo hicieron sus propios padres; en cambio yo, Charlotte, yo que no sé hacer más que lo que se me ordena, yo que no tengo ni vicios ni imaginación, yo que... en fin, ya lo ves, llevo doce años de entreno, y tuviste que aguantarme la cabeza mientras te chupaba porque no sé siquiera tener en cuenta las pulsaciones de una polla que tengo en la boca. Pues bien, la pobre Charlotte, que te da la lata contándote esas historias, le hizo una hija a su madre, a la edad de nueve años, ¡y con el culo! ¿Crees posible que una cosa así me pasara a mí? Y te juro por mi madre que es cierto.

Tras unos minutos de silencio, continuó:

—El embarazo de mamá no la molestó mucho; al contrario, le permitió joder durante nueve meses, sin por ello dejarse encular como de costumbre.

Sobre todo en los dos últimos meses, sus amantes habituales la visitaban continuamente. Algunos hombres buscan cosas extrañas. El vientre de mamá se había puesto enorme. Eso no hacía más que crear un mayor contraste con mi pequeño cuerpo. Se podía dar por el culo, en la misma cama, tan pronto una niña que aún no tenía pelos, como a su madre que tenía muchos y que estaba embarazada de nueve meses. Nunca habría creído que hay tantos hombres ávidos de dar por el culo a una mujer embarazada.

Finalmente, nació Lili. Mamá se restableció muy rápido, y volvimos a la profesión tan pronto como fue posible.

Tenía yo entonces diez años. A esta edad, las niñas se acostumbran a ciertas cosas con mayor facilidad que las mujeres. Todas las niñas son algo sucias. Se citan en los lavabos. Se hacen mutuamente pipí en el vientre. Se meten la una a la otra el dedo en el culo y se lo chupan. Pero tú, eso, ya lo sabes.

Creyendo que podría servirme para más tarde, mamá me hizo primero jugar con una amiguita que me enseñó cantidad de porquerías. Tiene gracia, cuando lo pienso; yo era puta desde hacía dos años, y aquella niña, te lo juro, inventaba marranadas que jamás había visto hacer a los hombres. En fin, fue ella quien me despabiló en este aspecto, y lo que empecé con una amiguita seguí haciéndolo con las tías.

Es molesto para mí decirte eso, y, sin embargo... hace tiempo que ya no me molesta hacerlo. Tú no sabes qué es la profesión de puta. Tenía diez años cuando mamá accedió a que se acostara con nosotras un banquero al que le gustaba... ¿sabes qué? Darle por el culo a mamá hasta el fondo, retirar la polla y hacérmela lamer. Más mierdosa estaba la polla, más disfrutaba metiéndomela en la boca.

Me acostumbré. Luego, lo que hacía con mamá, lo hice con otra mujer, y luego... ¡una niña se educa rápidamente a esas cosas! La otra mujer era una tortillera muy guapa, llamada Lucette, a la que quería bastante, que se quedaba muchas veces a dormir en casa y que, con los hombres, no podía más que por detrás, como mamá y yo. Cuando mamá vio que yo no me oponía, se puso de acuerdo con ella, y dijeron las dos que, a mi edad, ya era hora de que aprendiera a joder con la boca, que no era más difícil que lo que había hecho ya y que Lucette estaba dispuesta a enseñármelo.

¡Oh, ya veo en qué estás pensando!... Que era más fácil para Lucette que para mí... Pues bien, no es cierto. Piénsalo un minuto: ¿lo harías tú? Yo también te conozco, ahora. Imagina a una pobre niña de diez años que jamás probó eso. ¿Tendrías tú el valor? Yo encuentro que Lucette fue de lo más amable y complaciente. ¡La pobre, le sabía mal! Recuerdo que cada vez, para no parecer humillarme, me besaba en la boca después. ¡Pobre Lucette!

¿Qué quieres? Hago todo lo que me ordenan. Aprendí a hacerlo como todo lo demás. De todos modos, no te creas que lo hacemos cada día. Pero es útil, porque hacemos siempre cosas similares. Un hombre que coge a dos tortilleras, que le da por culo a la primera y

se corre en la boca de la segunda, es corriente... Esta noche, durante la cena, Lili se reía porque te había sorprendido el que ella se retirara tu polla del culo para chuparlo. ¿Qué pasa? Te aseguro que te quedas de vuelta de todo en la profesión de puta.

Suspiró muy hondo, no sobre su pasado, como podría creerse, sino sobre su falta de elocuencia. De rodillas en medio de la cama, sentada encima de sus talones y recogiendo con las manos el pelo negro que se había soltado y que le cubría los muslos, dijo con una voz desesperada:

—No sé explicarme. Soy como la luna.

—¡Otra vez!

—Y además... creo que no sabes en absoluto qué es una puta.

—¿Qué es lo que no sé? Dímelo. No tengas prisa. Busca las ideas.

—Crees que lo que nos da asco son las cosas; no, son los hombres.

—¿Ves cómo sabes explicarte?

—Tú, por ejemplo. No siento cariño por ti. Al menos, espero no sentirlo, ya lo veré mañana... Pero estoy contenta en tu cama, y... no es una declaración... fóllame en la boca, si quieres. Prefiero hacerlo diez veces contigo que chupar una vez la polla de algunos hombres. ¿Sabes que le pasó a Ricette?

—¿No te lo contó? Es una niña que estuvo interna hasta los trece años y medio. Salió del colegio con todas sus virginidades y no sabiendo más que masturbarse y tocar a las demás: fue lo único que le enseñaron allí. Mamá hizo que la encularan enseguida, y creímos que esa niña iba a desbancarnos a las tres. Ocho días después, lo hacía mejor que yo, levantaba las piernas en ciento treinta y dos posiciones, follaba entre las piernas igual que mamá, y sin vaselina, sin nada en el culo más que una gota de saliva en la punta del dedo. Entonces, por supuesto, la hicimos chupar; y, para su desgracia, a un viejo que no había vaciado sus huevos desde hacía tres meses... Jamás entenderás eso, tú. Hay que ser puta. La pobre niña vomitó todo lo que llevaba en el estómago, y, desde entonces, no hubo manera de enseñarle a chupar. ¡Siempre que tiene leche de hombre en la boca, vomita! ¡Es una lástima, una joven tan guapa, tan cachonda, tan alegre en pelotas, que se masturba en todas partes, que no piensa más que en las pollas y que se hace dar por el culo

mejor que yo, te lo digo yo!

—No.

—¿Por qué dices que no? Lo sabes muy bien.

—Te contesto con la misma sencillez y franqueza con la que hablas. Te digo que no, porque, desde hace media hora estás haciendo todo lo posible para que me asquee de ti, y estoy maravillado de que no lo consigas. No son más que elogios para las demás e insultos para ti. Tú excusas y adoras a tu madre que te ha prostituido. Tras doce años de trabajo y tristeza, te colocas por debajo de la hermanita que se inicia y que rechaza casi todo de lo que tú has aceptado. Conservas incluso un recuerdo de ternura y reconocimiento de «la pobre Lucette» que accedió a...

—¡Cállate! —interrumpió ella llorando.

—Pero tú que hablas, al parecer, eres una idiota, una desgraciada, una puta archiputa, una joven despreciable, que no es digna de recibir un beso en la boca porque...

—¡No, no soy digna! —volvió a interrumpir Charlotte sacudiendo la cabeza y sollozando.

—Y, en cambio, lo que veo, como prueba de lo que dices, es ante todo a una de las chicas más guapas que un hombre pueda estrechar en sus brazos, y más guapa aún a medida que pasan las horas y que va conociéndola mejor; es, además, una excelente persona que desde los ocho años hace el amor para complacer a los demás, que se sacrifica todos los días por los intereses de su madre y los caprichos de los hombres y que lo ofrece todo, todas las noches, con toda su buena voluntad, incluso esta noche, conmigo, a quien no quiere.

—¿A ti no te quiero? —exclamó ella—. ¿Qué no te quiero?

Y con los brazos entorno a mi cuello, llorando en mi hombro:

—¡Ya lo ves, soy una imbécil, puesto que no has entendido nada!

6

Charlotte siguió con su relato tras un largo intervalo.

—Y ahora te diré lo que quieras —dijo ella como si estuviéramos en confesión—. Si quieres nombres, te diré nombres. Y, si olvido un detalle, pídemelo, lo sabrás.

—¿Cómo titularemos esa historia?

—¡Historia de todos los pelos de mi culo! —exclamó ella riendo.

—No acabarías nunca. Hay como para llenar cien volúmenes.

—¡No será más que una edición resumida en libro de texto para las escuelas primarias!, —siguió ella bromeando a carcajada limpia.

Charlotte ya no era la misma. Estaba alegre, había cambiado de cara, y de haber sido yo su más íntimo amigo, no habría contado su vida con tanta sinceridad y tanto abandono.

—A propósito de escuela primaria, fui al colegio a los diez años. Ricette es la única que ha sido educada en un «internado para señoritas», con chicas de sociedad que dicen sus oraciones antes de chuparse el coño.

Yo iba al colegio del barrio y era de las que mejor se portaba, ya te imaginas por qué. A la salida, algunas chicas iban a meterse mano en los descampados, o hacer porquerías con la hija de la lechera que no se hacía rogar para enseñar sus pelos a las que le lamían el culo; otras, sobre todo, iban a jugar con los chicos que se dejaban estirar la picha.

Pero, como puedes suponer, no sentía curiosidad alguna por ver una picha o una chica peluda. Además, mamá me esperaba. Las clases terminaban a las cuatro de la tarde, y, según los días, ya me

enculaban a las cuatro y cuarto. Tenía el tiempo justo de volver a casa.

Al año siguiente, hice una primera comunión muy poco frecuente. Un amigo que me montaba tres veces por semana se divirtió enseñándome un catecismo de su invención que me hacía recitar. No eran más que dieciséis páginas de marranadas. La mañana de la ceremonia, vino a las siete para que se la chupara, de modo que yo tuviera leche en el estómago... Mamá decía que en tales condiciones no valía la pena que hiciera la primera comunión; pero le dio cien francos y entonces... ¡Y no fue más que el principio! ¡Qué día! Me refiero a que fue mi verdadero «debut». ¡Todos mis amantes querían joder conmigo con el traje de primera comunión puesto y todos querían darme por el culo! Vinieron doce, ¿te imaginas? Aquella noche no cenamos hasta las nueve. Me habían dado por el culo cinco veces, ¡cinco veces!, y yo había chupado a cinco hombres. Otros tres se corrieron no sé cómo, pero el hecho es que mi bonito traje blanco estaba lleno de leche, como la falda de una puta de carretera. ¡Ah, sí, me acordaré de mi primera comunión!

Charlotte movió la cabeza con una sonrisa aliviada. Su tristeza había desaparecido. Hablaba con entusiasmo y, al igual que las chicas que no saben narrar, estropeó el efecto siguiente intentando prepararlo, pero, en realidad, no hizo más que poner en evidencia la ingenuidad de su relato.

—No puedes imaginar lo que voy a decirte ahora, ¡pero realmente he visto de todo en mi puta vida! ¡Un año después, cinco niñas me tomaron el pelo porque todavía era virgen!

Debo confesar que, a esas alturas del relato de Charlotte, si algo espectacular esperaba, no era precisamente eso.

Pero, ante todo... ¿has desvirgado tú a alguna chica?

—Sí. No es muy divertido. Eres un encanto por haber perdido tu virginidad en la que, de lo contrario, no podría meterte ni un lápiz.

—¡Ah!, pues supón que te digan: esa es Charlotte, tiene doce años, puede darle por el culo en todas las posiciones; puede correrse en su boca; le lamerá el vientre, le chupará los cojones, le hará una mamada y todo lo que quiera. Masturbará a su madre delante de usted, o le dará por el culo con un consolador, etc., etc., y todo eso le costará veinte francos. Pero si quiere desvirgar a esa niña por

delante, le costará cien monedas de oro. ¿Qué dirías tú?

—Diría que no me gustan las bromas de mal gusto.

—Así pues, no te sorprenderá que tuviera que esperar tanto tiempo a mi desvirgador y que Ricette todavía no haya encontrado el suyo.

Por otra parte, mamá no insistía demasiado. Aprendí a gozar por el culo; ella estaba encantada. Como más crecía, mayor placer sentía en que me encularan. ¿De qué me habría servido joder? Estaba, por lo tanto, muy feliz cuando tuve, pese a todo, que aprender algo nuevo. Adivina el qué. Mírame y, si te gusta lo que es, verás enseguida que estoy hecha para... para... ¿No lo adivinas? Entonces, es que no te gusta... ¡Para la flagelación!

—¡Oh, es que en efecto, no me gusta en absoluto! ¿Y por qué estás hecha...?

—Porque lloro como un grifo abierto y eso les hace felices a esos señores.

—¡Pobre Charlotte!

—Te lo he dicho ya veinte veces, no sabes qué es la profesión de puta. Imagínate, a los trece años, en delantal negro de colegio, con una trenza en la espalda, de rodillas cerca de la cama, el vestido levantado... Aguantaba mis nalgas, enseñaba el agujerito de mi culo que, por supuesto, sería enculado al final de la sesión, y mi virginidad más abajo con su monte afeitado. Un señor me azotaba con todas sus fuerzas y se le empinaba porque me ponía a sollozar. Mamá estaba siempre allí para impedir que me mataran... pero ¡vaya!, aún así... ¡Qué minutos! Y era en particular esos días en los que ocurrían las cosas de las que te hablaba hace una hora... El hombre que me hacía eso traía consigo a su amante, una enorme tía que parecía aún más feroz que él. Le daba por el culo encima de mí, y, entonces, sacar la picha del culo y hacérmela lamer a la fuerza mientras yo lloraba a moco tendido era, por lo visto, tan bueno que él se corría a pesar suyo en mi boca; después, me reprochaba haberle hecho correrse demasiado pronto porque le habría gustado darme también por el culo que había azotado, y me daba una bofetada tan fuerte que... Por mucho que apretara los labios, la leche salía a chorro como un zumo de limón.

—¿Y tu madre permitía eso?

—Ante todo, no hables mal de mamá. Vi cómo la pegaban aún

más fuerte que a mí y, cuando era ella, me dolía aún más.

—En eso sí te reconozco. ¿Y el señor se iba contento?

Probablemente. Jamás lloré tanto como una noche en que él azotó a mamá hasta sacarle sangre desde el labio del coño hasta la mitad de la nalga. Estuve a punto de volverme loca. Entonces, durante casi dos años, mamá no volvió a hacerlo.

Charlotte meditó un instante y luego esbozó una sonrisa:

—Aquel año fue cuando tuve más éxito con las tortilleras. Hay chicas que empiezan a gozar a los dieciocho, o a los veinte, e incluso más tarde. Yo había empezado muy pronto, y la idea que tuvo mamá de afeitarme me convertía en un fenómeno.

Una tortillera que se tumba en mi cama en sesenta y nueve debajo de una virgen sin pelos que la masturba y que recibe en su boca tanta leche (¡y qué leche!) como puede dar una nodriza, puedo asegurarte que se excita... Digo bien «¡y qué leche!», Sabrás, que hay dos tipos de tortilleras, las que lamen el culo de su criada porque sabe mejor que el de su amiguita, y las que buscan, por el contrario, todo lo más delicado. Estas no se cansarían jamás de lamer una virginidad sin plumas, que babea como el coño de una gitana.

Tuve muchas tortilleras a los trece años, ¿me crees? Sufría casi tanto como si me azotaran. La lengua me deja exhausta. Es diez veces más de lo que necesito para gozar. ¿Has visto antes como me hacía una paja? Casi no me toco.

No necesito siquiera tocarme. ¿Quieres que te haga gozar así?

—¿Cómo?

—Todo lo que quieras, dame por el culo sin que yo me toque, me harás gozar con tu polla como si jodieras con una pequeña folladora.

—Entonces, ¿por qué te haces pajas?

—¡Oh, de todos modos es mejor! Se goza cuando se quiere.

—Charlotte —le dije— ¡acabas de decir una barbaridad!

—No me extraña de mí, ¡soy una desgraciada! —contestó sacudiendo la cabeza.

Y, como la abrazaba cariñosamente y ella se sentía segura en mis brazos, me dijo con una risa que la volcó por entero hacia atrás:

—Si la historia de los pelos de mi culo cupiera en cien volúmenes, ¿cuántos harían falta para la historia de mis tonterías?

—¡Pero qué empeño tienes en insultarte!

—Explícame qué barbaridad dije.

—Supones que no conozco tu profesión de puta. Y te contesto que tú no conoces tu profesión de enamorada.

La frase era tan clara que Charlotte la entendió enseguida.

—¿Enamorada? —exclamó inclinándose hacia mí—. ¿Pero es que no entiendes nada de lo que te cuento? ¿Enamorada de quién? ¿Enamorada del marrano que viene a darme por el culo tres veces a la semana y me hace tragar su leche antes de mi primera comunión? ¿Enamorada de la muy zorra que, a sus cincuenta años, seis veces abuela, se frota el culo en mi cara? ¿Enamorada del loco que se hace una paja en mi cuerpo mientras mamá lo chupa? ¿Enamorada del cabrón que me obliga a ver cómo azota el coño de mi madre, el coño que me puso al mundo y que él golpea hasta arrancarle sangre? Ya no sé cómo decírtelo: las putas, al igual que las vírgenes, no tienen más que un amor que las consuele; no están enamoradas más que de sus dedos.

Y, tras estremecerse brevemente, se recobró:

—Me haces decir más de lo que pienso. No tengo el derecho de tratar a esa gente de marranos, zorras y cabrones. No me han violado... Lo que quisiera que entendieras... es que como más puta, más virgen se es.

Esta vez, le cogí el rostro entre mis manos y, sus ojos en los míos, le contesté:

—Es lo más bonito que podías decirme.

¿Quién no lo cree así? Aquella frase era Charlotte en cuerpo y alma. Sus ojos llenos de bondad me miraron sin intuir nada de mi más íntimo pensamiento:

—¿Por qué me haces tantos elogios? Mi cabello, mis ojos, mis pechos, mis pelos... No valen un duro, querido. Ve a un burdel y encontrarás mejores. Mis nalgas... me has hecho feliz toda la noche diciéndome que tenía las nalgas bonitas; es sin duda lo que mejor tengo. Pero no te burles de Charlotte; no admires las frases que dice...

—Las frases que dice son sus sentimientos.

—Eso es porque las putas hablan con el corazón, al igual que las chicas «bien» hablan con el coño.

La frase había sido pronunciada sin intención efectista alguna,

como una verdad muy conocida; pero yo no contestaba nada, me sentía humillado. Charlotte se creía sin gracia, y cada una de sus respuestas era más interesante que las mías. Sentía (como sin duda mi lectora) más satisfacción escuchándola que interrumpiéndola y esperaba el resto de su relato cuando exclamó, atónita:

—¿Cómo? ¿Te has puesto otra vez cachondo?

—Es culpa tuya.

—¿Qué he hecho yo para eso?

—Me has enseñado esos cabellos, esos ojos, esos pechos que, según tú, no valen un duro. ¿Encontraría mejores en un burdel, dices?

—¿Y te he puesto cachondo yo sin tocarte?

—Temo que sí. Me quejaré a tu madre.

—¿Y qué quieres que nosotras...?

—No quiero nada.

—¿Bromeas, o qué? ¡Eso me hace entrar en gana!

—¡Paciencia! Haz como yo. No tengo prisa.

—Entonces yo solita, déjame, déjame...

—No, señorita, le prohíbo entregarse al onanismo en mi cama. Los moralistas y los médicos...

—¡A la mierda con ellos! Estoy mojada, tengo ganas de hacerme una paja, y cuando tengo...

—Y cuando tienes ganas de hacerte una paja, te la haces. Conozco la frase. ¡Pues bien, no te harás una paja hasta las tres de la mañana!

—¿Al lado de un hombre que la tiene tesa entre mis muslos y hasta la mitad de mi culo? ¿Y quieres que no me excite?

—Al contrario, quiero. Tu relato será así más animado.

—No me provoques —dijo ella—. Estoy siempre cansada y blanda porque me corro tantas veces como ganas tengo. No me reconocerás si me obligas a esperar, te diré marranadas estúpidas, de las que luego me arrepentiré. ¿Eres tan malo como para excitarme a ese punto?

Una mano sobre los ojos, la otra en mi hombro, gimió y repitió:

—¡Sí, marranadas! Es lo único que puedo decirte, a caballo en una polla tan tesa y mientras me aguantas los brazos. Y, además, ¡me importa un comino! Ya sabes que soy una marrana, que soy la última de las últimas, la puta a la que todo el mundo da por el culo,

que chupa la picha de cualquiera y que mama, cuando quiere, la polla de los perros; vale lo mismo.

—¡Charlotte!

—¡Me da igual! Ya sabes que lo hice todo con hombres y mujeres, chicos y niñas, que bebí leche de burro, leche de caballo; lo hice todo; que masqué cagarro de puta. Ya sabes muy bien que, desde que nací, no hice más que vivir en leche y mierda.

—¡Te has vuelto loca!

—¡En leche y mierda!, —lloró—. Incluso aquí, contigo. Tu polla salía de mi trasero cuando la he chupado.

—Pero si has sido tú quien...

—Y te doy asco, puesto que te empinas pegado a mi culo sin desearme, cuando yo me mojo el muslo hasta la rodilla...

—¡Basta ya!

—¿Es que... es que tengo que darte asco, ya que no quieres follarme en la boca cuando ya va la tercera vez que... que...?

Estalló en sollozos. Ante tal ataque de demencia, no había más que una solución, o sea joder rápidamente a Charlotte (o más bien encularla, puesto que lo prefería). Hacer gozar a las mujeres para hacerlas callar es un principio viejo como el mundo.

Por desgracia, si el deseo la había llevado a «decir marranadas», tal como me había advertido, esas mismas marranadas habían aplacado el deseo que me inspiraba. Algunas actitudes recíprocas no son tales en amor. Por otra parte, Charlotte parecía demasiado enajenada para saber qué hacía yo o qué dejaba de hacer. Lloraba y se masturbaba. Al no poder detener su llanto, había renunciado también a detener su mano. Cuando hubo entendido que la dejaba hacer, dejó de llorar, levantó los ojos y me dijo mucho más bajo, pero sin cambiar de lenguaje:

—Dímelo tú que soy una marrana.

—No.

—Sí, para complacerme.

Por fin, lo entendí. Me hablaba muy bajo, temblando de los pies a la cabeza:

Dime que soy una puta, mientras me masturbo por ti. ¡Putas, ramera y zorra! ¡Anda, dime que me darás por el culo por un duro! ¡Qué me meterás la polla en el culo hasta el fondo, hasta el fondo! Me darás por el culo durante media hora llamándome con todas tus

fuerzas y que, después, me darás un duro. Si no quieres correrte en mi culo, te la chuparé. Quisiera tener siempre la boca llena de tu leche. No sólo la boca, sino todo el cuerpo. Te haré una paja en mi cara. ¿Pero qué debo decirte para que me digas que soy una marrana? Detengo mi dedo, apenas me toco. Llámame puta, y marrana, y zorra. ¡Dime que te mearás en mis tetas y que te correrás en mi cara! ¡Dilo mientras me corro, dime que me harás comer mierda! ¡Dilo de una vez! ¡Dilo!

—¿Dónde habíamos quedado? —preguntó ella—. Ya no me acuerdo. Me siento distinta que otras veces. ¿Qué me has hecho beber?

—Nada.

—¿No dices nada? Estoy borracha después de beber tu leche por la boca y por el culo. Dime en qué punto había quedado de mi historia.

—Me decías que a los trece años gozabas ya como una mujer y que con tu monte pelado hacías...

—¡Tortilleras! ¡Tortilleras! Sí, y eso me cansaba porque no sabía retenerme. Me acuerdo de una señora, que no era muy guapa, pero que tenía una lengua... ¡Ah, la muy zorra! Me hacía abrir las piernas, a caballo encima de su rostro para no perder una gota. Me hacía gozar tres veces seguidas y cada vez me sacaba más leche de la que tenía en el cuerpo. La tercera vez, yo temblaba encima de mis piernas como si me chupara la sangre.

La verdad es que tenía tortilleras de todo tipo: ¡una joven inglesa que no se desnudaba y que se hacía pajas dándome auténticos besos de amor en la rendija! ¡Una gorda que se hacía masturbar de espaldas y que disimulaba cuando se corría la primera vez para poder gozar dos veces por el mismo precio! ¡Una chiquilla de catorce años que todavía no sabía correrse y a la que su amigo nos hizo, a mamá y a mí, tocar durante una hora, y, como tenía el coño cubierto de saliva, ella le hizo creer que se había corrido!

Y, por fin, una tríbada, como suele decirse, que se vestía de hombre y que me daba por el culo con un consolador mientras

mamá la enculaba con otro.

¡Y seguía siendo virgen! Al parecer eso no molestaba a nadie. Mamá dice muchas veces que, para las putas, no sirve para nada tener un coño.

Charlotte se rio ella misma de su observación. Su risa era tan fresca que me hizo sonreír, aunque la máxima fuera absurda; pero ella tomó esa sonrisa por una aprobación y, revolcándose en la cama con los brazos estirados y los muslos al aire, dijo:

—¡Ah, que contenta estoy de mostrarme tal como soy y de decirlo todo, toda la noche! A cada marranada que sale de mi boca, me parece que estoy más limpia, que me lavo...

—Los que han inventado la confesión ya lo sabían.

—Pero también (y se rio otra vez)... por cada marranada que te digo, tengo ganas de hacer otra.

—Los que no aprueban la confesión opinan que tienes razón.

—Tenía una amiguita a la que su madre obligaba a confesarse todos los sábados. La pobre niña no pudo jamás confesarse sin pelársela y se apresuraba a correrse antes de recibir la absolución, porque, de lo contrario, estaba tan excitada por lo que acababa de decir que salía corriendo de la iglesia a joder.

—¡Charlotte, las manos encima de la mesa!, como se les dice a las colegialas.

—Es que yo también vuelvo a tener ganas...

—Te aseguro que estás loca. Retente al menos un cuarto de hora.

—¡Peor para ti! —suspiró ella—. Ya sabes lo que corres el riesgo de oír.

Y, con las manos en la nuca y las piernas cruzadas, siguió su relato.

—A propósito de iglesia, es cierto, aún no te lo he dicho, pero ya puedes adivinarlo: a los trece años, me enculaban cuatro veces más que a los diez. A aquella edad, tenía «el agujero del culo sólido», como dice Ricette, y mamá ya no me racionaba las pollas como antes.

Lo debo todo a mamá, incluso el carácter que ahora me descubres, y no tenía más que trece años cuando me lo inculcó. Parece que yo lloraba demasiado; eso me estropeaba los ojos; y,

además, inquietaba a mamá: temía que me tirara por la ventana. Entonces, me enseñó...

Charlotte se interrumpió y cambió de posición.

—Es estupenda, mamá; en ocho días me hizo un carácter nuevo, como si me hubiera hecho un traje nuevo.

Durante una semana, durmió sola conmigo; no recibía a los clientes más que por la tarde. Me dijo que ya era lo bastante mayor como para saberlo todo, puesto que me corría como una mujer; que a mi edad era ridículo no tener instintos viciosos; y que quería darme al menos un vicio que me durara toda la vida.

¿Cómo se las arregló? Jugaba conmigo. (¡Se es tan niña a los trece!). Me masturbaba tratándome de todos los nombres que tú no darías ni a las putas de puerto que mean en la mano de un hombre por un duro. Y, como mi mayor placer consistía en hacerme masturbar por mamá, las palabras que me daban asco acabaron por excitarme. Las palabras y las cosas. No te diré más; pero no pierdes nada por esperar. Volveré a empezar más adelante.

Así pues, a propósito de iglesia... (hace rato de eso, ¿no?), uno de mis amantes tuvo aquel año una fantasía: la de darme por el culo en una iglesia de pueblo. Adivina por qué.

—¿Porque eras piadosa?

—Precisamente. Supo que cada día rezaba a la Virgen y que entraba muchas veces en las iglesias, así, por nada, para decir una oración. Entonces, me propuso... Y, pese a ser tan piadosa, le dije que sí enseguida. Es que también...

Meditó un instante.

—Es que también, mis oraciones, sabes... las decía a la Virgen como a ti.

No pude evitar sonreír al oír esta frase.

—Además —siguió ella—, la Virgen sabía muy bien que me hacía encular desde los ocho años, ya que le pedía todos los días que me protegiera tanto por ahí como por la boca, que eligiera mis amantes, mis tortilleras, y que me hiciera gozar tanto y tan bien como fuera posible. Así que pensé que eso no le sorprendería, si es que la Virgen me veía... Un curita, al que conté esa historia una noche en mi cama, me dijo que había cometido aquel día un espantoso sacrilegio. No tenía la menor idea.

Es incluso uno de los días más divertidos de mi vida. Nos fuimos

solos en coche. Mi amigo era bastante joven. Al llegar al pueblo en el que era conocido, le pidió al vigilante las llaves de la iglesia con el pretexto de enseñar el monumento a la joven que lo acompañaba. Yo parecía tan buena chica como una colegiala. Tampoco he cambiado mucho desde entonces. Mírame. ¿Es que tengo pinta de puta?

—¡No, en absoluto!

—Mamá lo dice siempre: «¡Charlotte sería más capaz de encontrar a un marido que de dejarse atropellar por un tranvía!». Y hace una hora que intento que me trates de marrana sin conseguirlo.

—No, señorita. Siga con la historia de sus devociones en esa iglesia de pueblo. Sus cabellos negros son los más largos y los más hermosos del mundo. Parece una Magdalena.

—¡Es la primera vez que me llamas puta! —contestó ella riendo. Pero volví a encaminarla hacia su relato.

—Así que entráis los dos con las llaves de la iglesia. Imagino que habréis cerrado la puerta por dentro, ¿no?

—Sí. Y representamos luego toda una comedia, tan alegres estábamos. Me arrodillé en la capilla de la Virgen. Él se acercó a mí: «¿Reza usted, señorita?». «No, señor, me masturbo». «¿Y por qué se masturba usted?». «Porque me escuece el clítoris y otra cosita que no me atrevo a nombrar». «¿Por qué le escuece todo eso?». «Porque no puedo ponerme de rodillas sin desear que me den por el culo». ¡Qué cría! Me habrían hecho jugar de la mañana a la noche. Se puso detrás de mí; pero los reclinatorios de iglesia no están pensados para encolar a las niñas.

—¡Tienes cada una, Charlotte!

—Tenía el agujero del culo demasiado bajo. Me coloqué entonces en un peldaño del altar en el que me encontraba a la altura adecuada.

—¿Con que los peldaños de altar están mejor pensados para encolar a las niñas?

—¡Oh, como si estuvieran hechos para eso! Estábamos tan bien colocados que enseguida sentí ganas de correrme, y lo hice tan bien, y tanto, que di las gracias a la Virgen, convencida de que eso le gustaría.

Después, ¿qué iba a hacer con la leche que tenía en el culo? No

hay bidés en las iglesias, y las pilas de agua bendita están demasiado altas. Están realmente muy mal emplazadas. Al levantar por casualidad la tapa de un reclinatorio, encontré un pañuelo nuevo, que alguna vieja devota había dejado allí para llorar sus pecados el domingo siguiente. En lugar de lágrimas, aquel pañuelo recibió leche, y me limpié debidamente el trasero con él. ¿Te gustaría a ti darme por el culo en una iglesia? Volvería a empezar, si quieres.

Charlotte se agitaba. Movía las piernas y se ponía muy roja.

La brutalidad de esas dos últimas frases me dio a entender que otro ataque se preparaba. El tono de su relato cambió bruscamente, al igual que su rostro. Recia, dolorosa, algo jadeante, siguió:

—¿Crees que no me ocurría con frecuencia gozar mientras me metían una polla en el trasero? Todos los días; incluso con los viejos. Y se lo debo a mamá, sólo a ella.

Para entrenarme mejor, se puso a hacer monadas delante de mí. Yo me dejé llevar por el juego como los hombres, y yo hacía como ella con todo mi entusiasmo. A los trece o catorce años, ya podía gozar por el culo, sin tocarme. Y más me daban, más placer sentía.

A los catorce años, seguía siendo virgen. Mamá seguía afeitándome el monte y el coño, pero me dejaba los pelos en la raja de las nalgas. Nada ponía más cachondos a los hombres que verme por delante como un niña pequeña y, por detrás, con un agujero de enculada, lleno de pelos al rededor, en el que todo el mundo metía la lengua, los dedos, la picha y lo que se quisiera.

Para el martes de carnaval, me habían hecho un traje de arlequín con un rombo que podía levantarse a la altura del culo para que no tuviera que desnudarme. Cené con siete hombres y una mujer, llamada Fernanda, que iba desnuda. Mamá también estaba. Debido a la única virginidad que aún me quedada, no me dejaba cenar sola. Los siete hombres apostaron a que me daría cada uno tres veces por el culo y que yo acabaría teniendo en el trasero tanta leche como para llenar un copa de champaña; y Fernanda apostó a que bebería la copa, si se cumplía la apuesta.

Mamá contestó enseguida que había hecho lo mismo a mi edad, que yo era ya lo bastante mayor como para aguantarlo y que ella se encargaría de meneársela a cada uno tres veces en caso de que alguno fallara.

Yo no había sido jamás enculada más de trece veces al día; pero estaba ebria, excitada y, como mamá no se oponía, dije «¡adelante!», levantando mi rombito de tela para dejar paso a mi ojete.

No parece gran cosa, pero estuvieron desde la una hasta las cuatro de la mañana para darme por el culo veintiuna veces. La primera serie de siete fue rápida; la segunda, más lenta; la tercera no terminaba nunca. Lo que más me cansó fue el que estuviera en un lavabo de restaurante, en el que no había ni un sillón. ¡Tres horas con la picha en el culo, en el suelo o encima de la mesa, hay como para caerse muerta!

En fin, gané la apuesta y Fernanda también... la llené... hasta arriba... ¡Oh, te lo repetiré hasta que grites! Eso es lo que hice a los quince años: me enclaron veintiuna veces seguidas y llené de leche una copa de champaña que ella bebió, y que yo también habría bebido... Pero ¿qué debo aún confesarte para que me llames marrana?

Volvió a caer en la cama, tan débil y rota como si acabara de revivir su relato. Creí que se calmaba. Contesté en voz baja:

—Nada. Cállate. Duerme. Voy a apagar.

Entonces, se incorporó apoyándose en un codo y volvió a empezar, pero en un tono tan quedo que la dejé hablar. No sospechaba lo que iba a oír.

—¿Conoces a M... (me dio el nombre) que es... (me dijo qué era) en Aix? Hace dos años —tenía yo entonces dieciocho—, me tomó por primera vez una noche de junio. Me pareció vicioso. Tenía un perro grande. Le propuse chupársela al perro.

—¡Charlotte!

—La leche de perro es muy mala, y cansa mucho chupársela porque no terminan nunca de correrse, ¡pobres bestias! Pero yo estaba acostumbrada. En la profesión de puta, un lebrél da menos asco que un juez. Por desgracia, aquel buen hombre no había visto jamás a una chica chupar a su perro, y eso lo excitó tanto que durante quince domingos seguidos, hasta finales de septiembre...

Se interrumpió moviendo la cabeza con un suspiro, como si perdiera el aliento.

—Perdona... Escucha... No puedes imaginarte... Tenía una casa de campo con un corral... El domingo, daba día libre a sus

empleados... incluso al jardinero... Me llevaba allí... Me quedaba sola con él... Siempre en pelotas y con mi pelo en la espalda... era verano... ¿Por qué hacer el amor? ¡No, con una puta, no! Se divertía, el domingo, viendo cómo una chica de dieciocho años tragaba la leche de todos los animales.

En pocos días, un carpintero construyó una estructura en madera de encina, como las que sirven para encerrar las vacas y las burras en el momento de montarlas. Pero él, en lugar de meter allí a la hembra, ataba allí al macho, y, una vez bien sujeto el semental o el toro, me deslizaba debajo de él... Para los caballos, no tenía la boca suficientemente grande, pero con la lengua y las manos...

Ella me vio palidecer, y, obedeciendo una vez más a esa revolución astral de su carácter que, entorno a la palabra «puta» pasaba regularmente de la región plañidera a la zona exaltada, fue animándose de frase en frase.

—Sabrás que bebí leche de caballo y de burro, leche de toro, de perro y de cerdo. El cuarto domingo, me dio un tazón lleno de leche que él mismo había obtenido de un animal. ¡Y lo bebí, y supe decirle que era leche de burro! Conozco mejor las leches que los vinos. Vacíé más cojones que botellas en mi puta vida.

En realidad, es poca cosa, incluso la leche de caballo, con tal de que una no se atragante. Te pones la cabeza por encima, ¿entiendes? Entre el pecho y los miembros. Así se recibe la ducha en el paladar, no en la garganta, y no te atragantas. Lo engullía todo. ¡Después, te aseguro, se me había pasado la sed!

—¡Por favor, cállate! Esa historia es la peor de todas.

—¡Oh, no! ¡Lo peor es la leche del macho cabrío! Ya sabes que soy muy valiente cuando me masturbo, pero... ¡buah!, ¡qué indigesta es aquella leche! Estuve a punto de vomitar, tuve que escupirla. Entonces, mi amante... en fin, mi cliente... vio cómo el primer día me puse enferma y quiso que su macho cabrío sirviera, pese a todo, para algo; así que, durante cuatro o cinco domingos, después de haberme hecho chupar al burro, al toro, al cerdo y a los perros, hizo que el bicho me montara a mí, desnuda y a gatas en el jardín... ¿Sigues sin querer llamarme marrana? ¡Pues gocé, ¿lo oyes?, gocé mientras el macho cabrío me daba por el culo!

Ya en los últimos domingos, acabé por beber leche de macho cabrío. Escúchame... Mírame... ¡Bebí cinco veces leche de macho

cabrió! Para recompensarme, su dueño me compró un mono, que también me daba por el culo y al que yo chupaba como a un hombre... Desde el veinte de agosto hasta finales de septiembre, ¡no podrías creer lo que hice con él!

Fue cuando aquel señor se cansó de verme chupar el miembro de los machos y tuvo la idea de hacerme masturbar a las hembras. Había tres: una cabra, una becerra y una burra. Lo hacía de rodillas. Poco después, él se la metía a la que yo acababa de lamer y se corría diciendo que prefería gozar con un animal que regalar su leche a una puta como yo, pero yo podía buscar con la lengua su leche en el coño de la becerra o de la burra... o aún en el agujero del culo, cuando las enculaba.

—¡Deliras! ¡Sueñas! ¡Inventas!

—¡Te juro por mi madre que es cierto! ¿Quieres una prueba? Hazlo delante de mí y te diré por adelantado como funciona. Sabes muy bien que no sabes nada de todo eso. ¿Lo sabría yo si no lo hubiese hecho durante cinco domingos seguidos? En el coño de un animal, la leche se va al fondo, hay que ira buscarla con el dedo; pero, en el culo, sale sola. Basta con la lengua...

—Charlotte, ya no puedo más. ¡Basta! ¡Basta!... ¡No me digas nada más! ¡Duerme, acuéstate y cálmate! No sé cómo hablarte... Estás loca, loca de remate, me quieres, no jodes... Me quieres y te esfuerzas más en asquearme que lo que lo harías para seducir a alguien...

—Jamás tu boca rozará la mía.

—No.

—Di que soy una marrana.

—No, porque eres hermosa. Por mucho que revuelques tu belleza en la basura, seguirá siendo tu belleza.

—¡Grítame de una vez que soy una marrana!

—¡Eres una pobre chica! —le dije—. Aunque te ensañes contra ti, no creo nada, no oigo casi nada, no me inspiras más que dos instintos: deseo, a pesar tuyo, y mucha mucha compasión.

¿Dos instintos? Más bien tres. El más débil era el deseo; el más inquietante, el que yo callaba. No crean que era el asco. Charlotte me inspiraba tanta compasión que tenía de sobras para cubrir con ese manto toda su vida, toda su vida desconocida. Mi más fuerte instinto era el sueño.

Las emociones encontradas, que dejan en nosotros las horas trágicas, deslumbran nuestros cerebros, nuestros corazones, nuestras memorias. Sólo Shakespeare escribió, creo, la palabra *sleepy* después de una escena terrible. Es la palabra suprema. Tenía ganas de dormir. Dormir. De no soñar. De postergar incluso los sueños. De dormir como un muerto.

Charlotte, siempre más agitada, montó y se tumbó sobre mí y me dijo en un tono algo así como triunfante:

—¿Cómo? ¿No quieres tratarme de marrana? Y yo...

Estaba en tal estado de excitación que había que satisfacerla a toda costa; pero, para ello, yo prefería no oír su nuevo ataque de frenesí. Durante los pocos segundos en que estuvo ocupada en hacerme penetrar en ella, pude mantener mi mano sobre su boca; pero, a partir del momento en que se sintió sólidamente acoplada, se liberó y no dejó de estremecerse.

—Lo haré todo. Apuesto a que no encuentras nada que yo no haga contigo, por ti, debajo de ti. ¡Ordéname! Ya verás como te obedeceré.

Temblaba de la cabeza a los pies. Su manía ya no me asustaba, porque había dejado de ser misteriosa para mí; lo que más me sorprendió fue ver cómo Charlotte se volvía siempre más hermosa a medida que aumentaba su delirio.

Muy grave, adquiriendo incluso una expresión trágica y manteniéndose alejada de mi rostro, como para recalcar que no era digna de un beso, dejó por unos instantes de imaginar todo lo que yo no le pedía, o de obligarme a oír lo que ella podría hacer, y (ya dije en alguna parte cuán lógico es el instinto de los espíritus simples) recuperó su impulso a partir de la realidad.

—Me enculas —dijo ella—, me enculas para satisfacerme, pero es mi profesión. Una chica que se gana la vida con el culo, eso es lo que soy. ¿Qué es una marrana, sino yo? Tengo veinte años, vengo a tu casa sin conocerte, me pongo en pelotas, me masturbo, abro mis nalgas y te digo: «¡Dame por el culo!». ¡Y tú me das tres veces por el culo como a una puta que soy! ¡Y como más lo haces, más te quiero!

En aquel momento, se dejó caer sobre mí, la boca en mi hombro, y asumió un tono plañidero.

—Te suplico... Ya lo ves, no me toco y voy a gozar... Pero,

mientras la tienes dura en mi culo, dime... qué harás luego... en mi boca... ¡Te suplico! Dime cuándo me correré... Dime: «¡Marrana! Yo te... te...». Y yo te contestaré: «¡Oh, sí! ¡Sí!».

Y, como si hasta esa idea no bastara a su exaltación, exclamó casi en llanto:

—No, te quiero demasiado ahora... No será suficiente. ¡Me lo harás antes! ¡Me lo harás esta noche! Para olvidar a los demás, quiero que me lo hagas. Pero luego... mañana... me demostrarás que soy la última de las putas... Traerás aquí a una de tus amigas; la follarás delante de mí, sin tan sólo mirar si me masturbo o si lloro...

—¿Conque te crees eso?

—Y, cuando le hayas dado por el culo, ella será quien me...

—¡No dirás ni una palabra más! —grité, la mano sobre su boca.

—¡Me corro! ¡Me corro! —exhaló entre mis dedos.

Esta vez, Charlotte, al gozar, lanzó unos gritos de asesinada que me asustaron; luego, cayó en un sopor instantáneo y tan profundo que se quedó dormida allí mismo.

Pálido como el joven de *La cortina encarnada*, intentaba despertarla de aquel desmayo, cuando oí tres golpecillos en la puerta de entrada.

Fui a abrir y vi a Teresa en camisón.

—¿Estás destrozándola, o qué? —me dijo ella con un rostro de joven alcahueta de buen humor que me sorprendió, me tranquilizó y me dejó mudo.

La llevé hasta la habitación y le enseñé el cuerpo de su hija. Vio al acto los temblores que agitaban su cadera como el flanco de un caballo y, sin inquietarse lo más mínimo, volvió conmigo a la habitación contigua, cerrando la puerta.

—¿Qué le pasa? —pregunté.

—¿Eres virgen? —contestó Teresa.

—¡Ah, esa sí es buena! Tengo veinte años, estoy en una edad en la que nos dejamos intimidar por todas las mujeres que conocemos. He tenido desde hace doce horas a una mujer desconocida, a dos jóvenes y a una niña, no he fallado con ninguna y...

—¡Ah! ¿Porque tú crees que a nosotras nos falla alguien? —dijo Teresa jovial.

—Me he corrido seis veces...

—Entonces... Ya van tres con Charlotte. ¿Y me preguntas qué le pasa? No pongas esa cara de atónito como si fueras a decirme: «Creo que necesita más».

—Gracias por habérmelo sacado de la boca.

—Te he enviado a Charlotte, la última de mis hijas, porque es la compañera ideal de los hombres cansados.

—Gracias una vez más.

—Acababas de tener a tres odaliscas. Me dije: «La buena de Charlotte lo chupará; charlarán durante una hora y después dormirán». Charlotte es la dulzura misma. Nació para dormir al lado de un hombre.

—¡Vaya! ¡Estás tan loca como ella! Porque tu hija está loca, loca de atar. Con su aspecto cándido y lánguido, es ninfómana, onanista, masoquista hasta lo insospechado, es todo lo que se quiera terminado en «ista» y «mana».

—¡Sí, es, como dices, todo lo que se quiera! —dijo Teresa que empezaba a amoscarse—. Se la moldea como el barro. Si esta noche está como una cabra es porque tú la has vuelto loca. ¿Acaso gocé yo en tu cama? ¿Podía yo adivinar que, al dar los restos a mi hija, ibas a sacarla de quicio?

Con una sonrisa suavizó la violencia de esas palabras y entró en mi cuarto.

Quitándose el camisón, que arrojó encima del sillón, se acostó desnuda al lado de Charlotte, la cogió entre sus brazos, la despertó, y, desde las primeras palabras, comprendí que sabía mejor que yo lo que había que decirle.

Charlotte abrió unos ojos enajenados. Su madre la sacudió con las dos manos y le dijo con afectuosa brusquedad:

—¿Qué haces aquí, camello?

—¡Mamá! —exclamó Charlotte, los brazos entorno al cuello y con aquella voz de niña.

—¿Crees que puedes besarme con esa boca de puta? ¿Qué has hecho? Tu lengua huele a leche.

—¡Bebí tanta! —dijo Charlotte poniendo ojos mansos de gata.

—¡Vaya marrana! ¿Por qué no duermes en casa de tu madre? ¿Por qué te encuentro, en pelotas, a las tres de la mañana, en la cama de un joven que no conoces? ¿Qué es lo que mereces?

Sentado al pie de la cama, escuchaba aquel diálogo con una

especie de aturdimiento.

¿Acaso habría que recordar que yo tenía veinte años, al igual que Charlotte, y que, normalmente una chica de veinte años domina a su antojo a un joven de su edad? ¡Y ante mis ojos, la reñían como a una niña!... ¿Y esa Charlotte, que se debatía en mis brazos cuando la trataba como una mujer, encontraba perfectamente natural que su madre le hablara como a una cría de siete años?

Teresa me lanzó una mirada que significaba: «¡Le ruego que guarde silencio!», o quizás: «¡Déjame en paz!». El vocabulario de las miradas es bastante impreciso. Luego, volvió a empezar:

—¿Qué has venido a hacer aquí? ¡Contesta!

—He venido a que me den por el culo —suspiró Charlotte.

—¿Y accedió a dar por el culo a una puta como tú?

—No quiere que sea una puta —dijo ella con vehemencia, con los ojos cerrados—. La primera vez me enculó mientras yo me hacía una paja, se corrió en mi culo. La segunda vez, me corrí antes que él; entonces, saqué su picha de mi culo, me la puse en la boca... ¡Oh, no basta!, —y el cuerpo de Charlotte se contorsionó de tal manera que me asusté—. Le pedí que me... (y habló tan bajo que no pude oír nada). Y, cuando me enculó por tercera vez, yo no me tocaba, estaba excitada, tenía ganas de gozar por el culo y quería que él me dijera, en el momento en que me corriera...

—¿No te da vergüenza?

—Sí, me da vergüenza. Pero tengo ganas de que me lo haga. Y es más zorro que yo; no quiso nunca ni hacerlo, ni decirlo, ¡ni nada de nada!

Entonces, al igual que habla una enfermera, o una monja, en la cabecera de una enferma que no oye, Teresa me dijo en voz alta y sin extrañarse lo más mínimo:

—Necesita aún que la masturben.

Desnuda, la madre de Charlotte se levantó, salió, entró en su casa y volvió inmediatamente con un objeto envuelto en papel.

Luego, con la autoridad de una suegra que cura a su hija delante de un yerno, me dijo:

—Déjame a mí ahora. Nadie te exige nada. Te has corrido seis veces: descansa y quédate al pie de la cama.

Teresa no me había avisado en vano, ya que el diálogo subió de tono desde las primeras palabras.

Con su voz temblorosa y plañidera, que ya no podía oír sin estremecerme, Charlotte gimió estirándose las carnes:

—Mira mamá qué me sale del culo. Tengo la raja de las nalgas llena de leche, y no quiere decirme que soy una puta.

—Es que aún no tienes suficiente.

—¡Si es él! Por mí, lo haría todo.

—No sabe que eres la peor de las marranas.

—¡Oh, me lo dices y me haces una paja...! ¡Sólo tú me entiendes mamá! ¡Sólo tú!

Todo lo que había precedido me había hecho creer que Teresa pretendía masturbar a su hija para aliviarla; pero no era tan novato como lo suponía la italiana y, sin dejar transparentar mi sorpresa, comprobé que, por el contrario y sin lugar a dudas, ella no masturbaba a la pobre Charlotte más que para volver a enloquecerla. Las jóvenes saben ya a qué me refiero. Expliquemos, pues, a otros lectores que, en lugar de apresurar el espasmo, iba atrasándolo indefinidamente, haciéndola esperarlo de un momento a otro. Y aquella operación me sorprendió aún más que la escena anterior; tanto es así que no entendí nada de lo que ocurría y sentí la curiosidad de saber adonde quería llegar Teresa.

—Demuéstrale —decía Charlotte jadeante—, demuéstrale que soy la peor de las marranas. Me has dicho que tengo una boca de puta y que mi lengua huele a leche. ¡Dime que le meta esa lengua en el trasero! ¡O a ti, delante de él, ya que él no quiere! ¡Toda la lengua! ¡Toda la lengua en el agujero!

—¿Te gustaría?

—Oh, sí... Y otra cosa... Quisiera que él te hiciera el amor delante de mí y que, luego, me pisoteara... Tú serías su amante y yo su puta. ¡Aún cuando tenga ganas de su polla! Pero te la pondré yo misma en el cuerpo, le lameré los cojones mientras te dé por el culo y, después, haré... haré las dos cosas...

—Di lo que harías, dilo fuerte.

—Le chuparía la polla después sin limpiarla y tú me tirarías en la boca la leche que tuvieras en el culo... ¡Oh, mamá! ¿Por qué no me corro?

Yo lo sabía perfectamente, y todo se aclaró aún más cuando, con un movimiento espontáneo, Charlotte se abalanzó de cabeza entre los muslos de Teresa como para buscar allí la fuente de su propia

voluptuosidad. El movimiento estaba previsto, por supuesto.

No obstante, Teresa dijo:

—¿Yo antes?

—¡Sí, ahora mismo!

—¿Y eso, que había traído para ti?

Desenvolvió el objeto que había ido a buscar a su casa: era un consolador bastante grueso, usado y desteñido.

Charlotte rio; aquel incidente detuvo un minuto su ataque de nervios. Se tumbó delante de mí para decirme, pero en un tono totalmente distinto, con naturalidad y alegría, como si fuera la cosa más sencilla del mundo:

—Dale por el culo a mamá.

Teresa no protestó.

—Dale por el culo a mamá —repitió Charlotte—. Yo le haré una paja entretanto. Te chuparé la polla después. Recibiré tu leche. Tendré la tuya. Seré la más feliz de los tres.

Como Teresa esperaba mi respuesta, soltó una carcajada y dijo a su hija:

—¡Mira ese niño grande que cruza las piernas porque se corrió seis veces y ya no se le pone dura!

Y todavía no había yo dicho nada cuando Teresa se puso ella misma sobre mí:

—¡Procura no correrte encima de mi vientre! ¡Procura hacerlo en mi culo!

Vacilaba en decirle que la escena anterior, en lugar de tentarme, me había enfriado. E hice bien callando, porque mi luchadora me desafiaba a sabiendas. Teresa no hizo casi nada para despertar mis sentidos. Los atrajo «bajo su vientre», como decía; pero con un conocimiento del contacto que me pareció maravilloso.

Tan pronto como estuve a punto, reapareció Charlotte en el colmo de la excitación. La habría hecho gozar mucho menos poseyéndola que tirándome a su madre delante de ella.

—¡Primero mi lengua! —dijo—. ¡Mira como enculo a mamá con mi lengua, mira!... Pon tu lengua ahora, le abriré las nalgas... ¡Ja, ja! Ya te lo he dicho antes: me gano la vida con mi ojeté; ¡no!, estoy aún muy por debajo de eso, aquella a quien se paga para lamer el culo y para abrir las nalgas de la mujer a la que se encula, jeso es lo que soy!...

Luego, como Teresa se revolcaba sobre mí abriendo sus muslos ante la boca de su hija, Charlotte, siempre más enervada, le dijo:

—¿Me hablarás mamá? A ese, le conozco, no dirá nada. Yo no podré. Entonces tú... tú... ¡háblame todo el tiempo! Si te callas un segundo, me detengo y me toco.

Teresa debía estar acostumbrada a aquel capricho de Charlotte, puesto que no paró un instante de hablar.

—¡Rápido, tu lengua! Y te prohíbo hacerte una paja mientras me la haces a mí. ¿Y qué te pasa para cogerme así el pito? ¿Es que quieres que me corra en quince segundos? ¿Es que te espera un cliente detrás de la puerta al que todavía no has terminado de chuparla? ¡Dímelo, so puta! No tengas prisa. Lámeme los labios. Volverás al pito cuando te lo diga.

Teresa me lanzó una mirada que quería decir: «Así es cómo hay que hablarle» y siguió sin interrupciones:

—¡Qué basura esa Charlotte! Hay críos a los que se amamanta; yo alimenté a esa colgada del culo, con leche de coño, y ahora que tiene ya veinte años, aún me mete la lengua en el trasero. ¿Cómo pudo semejante marrana salir de un coño como el mío?

¿A quién se haría lo que acabo de hacerte? Entro en casa de tu amante, me lo tiro en tus mismas narices, en tu cama y, mientras me moja, vienes tú a lamerme el culo.

¡Con que eres cornuda! ¡Desde la primera noche! Te pasas el día masturbándote delante de tus hermanas y quejándote de que es una desgracia pasar por tantos tíos y tener que arrematarse una misma. ¿Esta noche has encontrado una polla que te ha hecho gozar? Pues bien, mira adónde está, está en mi culo hasta la raíz. No te dejo más que los cojones para lamer.

¡Tu lengua en mi pito, ahora, sucia tortillera! ¡Pero no tan aprisa! ¡Más despacio! Me encula muy bien tu amante y tengo más ganas de correrme yo que él... ¿Qué te pasa? ¿Estás pensando en la leche que voy a mearte en la boca, so cerda? ¿Te hace temblar? ¡Verías cómo te frotaría yo, de ser tú, los pelos en el morro para enseñarte a lamer un culo! ¡Anda, va, la tendrás, mi leche!... No será por ti que me mojo, es por la polla de tu amante que me vuelve loca... ¡Más fuerte esa lengua! ¡Más rápido!... ¡Ah, me toca las tetas mientras me encula!... ¡Y qué puta es esa Charlotte cuando tiene sed! ¿Eres tú quien le acaricias los cojones para que la tenga tan

gorda y tiesa hasta el fondo? ¡Ah, perra! Tú también me haces gozar... ¡Toma, ahí va mi leche! ¡Ahí va mi leche! ¡Embadúrnate la jeta, cochina! ¡Cabrona! ¡Cerde!

¡Marrana! ¡Camello! ¡Put!

Charlotte, ebria de toda la leche que bebía, «se embadurnó la jeta» con ella, según la atrevida expresión de su madre. Y lo que siguió fue tan rápido, y estaba yo mismo tan enajenado, que no pude impedir nada antes de recuperarme. Quisiera haber mal visto, oído mal. Me pareció como una alucinación.

Tras haber perdido el mundo de vista, abrí los ojos y vi, ante todo, a Charlotte en cuclillas, cogiendo en una mano... no me atrevo a terminar las frases... Estaba triunfante, rabiosa, y gritaba a su madre:

—¿La ves? ¿La ves?

Y lamió lo que tenía en la mano; me acuerdo que lo lamió con toda su lengua antes de chuparlo.

Luego, gritó aún más fuerte agitando el cabello:

—¡Su leche, mamá! ¡Su leche que llevas en el culo! ¡Tíramela en la boca delante de él mientras me hago una paja y que él me llame marrana en el momento en que me corro!

—¡Delante de él! —repitió Teresa.

—¡Sí, sí! ¡Delante de él! ¡La boca llena! —gritó Charlotte, los ojos enloquecidos.

8

Dormí nueve horas y me desperté con un irresistible deseo de... ¡Termine usted mismo la frase si es joven, o si aún se acuerda de haberlo sido!

Los excesos amorosos animan más que cansan, y es más fácil volver a empezar al día siguiente que una semana después. Todo el mundo lo sabe. Por lo tanto, me sentía bastante en forma. Parafraseando al patriarca mayor de Ruth, fue una «mañana triunfante», pero, por muy triunfante que fuera, no era agradable para mí, porque si un irresistible deseo de... ¿Me entiende usted? Si ha leído página tras página los siete capítulos precedentes, puede imaginarse qué me hacía falta en el momento de empezar el octavo.

Bañado, afeitado, peinado, vestido, en muy poco tiempo más de lo que es necesario para escribirlo, pero tan pronto como me fue posible, me precipité a la casa de una de mis veinte amigas íntimas que yo conocía del Quartier Latin. Por suerte, estaba sola. Como no llevaba más que un camisón, se lo quitó mucho más aprisa que yo la corbata. El camisón suele pesarles a todas las chicas que tienen hermosos pechos.

Sin embargo, se alarmó de mi agitación.

—¿Qué te pasa?... ¿Qué ocurre?... ¿Qué quieres?

—Mi pequeña Margot, tengo ganas de hacer el amor.

—Yo también. Así que... con algún enchufe en el gobierno, quizás podamos acostarnos juntos.

—¡Me muero de ganas! ¡De hacer el amor por delante, mi pequeña Margot! ¡Por delante!

—¿Por delante?... ¡Ya lo creo!

—Por aquí, ¿lo ves? ¡Por aquí! ¿Me has entendido? No por allí.

—Está como una cabra —dijo Margot absolutamente desconcertada.

Fue tranquilizándome poco a poco, a medida que su abrazo me brindaba el alivio que había ido a buscar en sus brazos: el delicioso vaso de agua fresca que desaltera del alcohol. Todavía bajo los efectos obsesivos de mi aventura, palpaba con la mano, no podía creer que esta vez, por fin... pero la ingenua Margot no se había equivocado. Jamás supo todo el placer que extraje de ella.

Sin embargo, por la noche volví solo a casa. Tenía la vaga intención de escribir.

Cuando terminaba de desnudarme, llamaron con fuerza a la puerta. Abrí; ante mi estupor, entró Teresa con una bata rosa y una flor en el pelo.

Aún no repuesto del todo de lo que había visto la noche anterior, la cogí del brazo y la llevé hasta mi cuarto:

—¡Ah, tú sí —exclamé— oirás las palabras que no quería decir a Charlotte! ¡Tu sí eres la peor de las marranas! ¡La última de las putas! La...

Ella soltó una carcajada; y, con el tono que asume una mujer de treinta y seis años cuando habla a un joven de veinte, me dijo:

—¡Calla, nene! ¡Ya te darán aventuras para que luego nos las agradezcas así! Enculas a mis tres hijas, enculas a su madre, nos turnamos entre cuatro para que te corras siete veces, y al día siguiente, cuando me ves, ¡me buscas un nombre de pájaro! ¿No me has llamado puta?

—Es que...

—Mira, yo no estoy majareta como Charlotte, no me pongo cachonda ante tu polla y no necesito que me llames puta para correrme.

—Pero también...

—Y, además, ¡ya lo sé que soy una puta, por el coño, por el culo y por la boca! ¡Y, además, me importa un comino! Y, además...

Que Teresa retuviera en aquel momento, justo a tiempo, entre sus labios, un «¡Y, además, vete a la mierda!», no cabía la menor duda. Su reticencia me hizo suponer que estaba decidida a no dejarse echar. Volví a la ofensiva.

—¿Qué manía os ha cogido a las cuatro de haceros encular?

¿Fuiste tú quien educó a tus hijas y les contagiaste esa afición?

—¿Y a mí? ¿Quién me la ha contagiado? No te has preguntado eso, ¿no? ¡No lo inventé yo, no obstante, el que todas las mujeres tengan dos agujeros y que hagan el amor tanto por detrás como por delante! Inútil decirte, hijo mío, que antes de ser madre, fui hija.

Se rio. Me hablaba de pie, una mano en la cadera. Con su bata, su cabeza morena y su flor, parecía representar *Carmen*.

—¿Hija de quién? —le pregunté, sentado a su lado.

No hubo respuesta. Ella sonreía mirándome y mordiendo con sus dientes blancos una mecha de pelo con la que jugueteaba con una mano. No sabía en qué estaba pensando. Los jóvenes están siempre dispuestos a creer que las mujeres quieren acostarse continuamente con ellos. Incluso cuando llaman a su puerta a las doce de la noche, sus objetivos no son tan simples. Repetí:

—¿Hija de quién?

—¡Cabrón! Te alegrarías que te dijera: hija de puta, ¿no?

—Sí, me alegraría —contesté para incitarla a seguir hablando.

Sin embargo, ella siguió mirándome con la misma sonrisa un poco forzada, pero luego se decidió:

—Nací en una familia italiana de acróbatas en la que había cuatro mujeres: mamá y sus tres hermanas, más jóvenes que ella.

Alégrate, eran todas un poco putas y todas muy guapas; pero, en realidad, mucho más tortilleras que putas. Jamás vi cuatro tías tan ávidas de lamerse el culo como lo eran mamá y sus hermanas. En cuanto tenían una hora libre entre ellas, las veía ponerse en pelotas, y se sorbían tanto el coño, gritaban de tal manera y se mojaban tanto que siempre había auténticos lagos en las sábanas.

En cuanto a los hombres... Me preguntas por qué mis hijas no joden. No he visto jamás a mi madre ni a mis tías joder y no sé cómo me ha concebido. No eran putas como yo, pero, aun así, a veces, alguna traía a un hombre, y ¿tú crees que en un circo se puede estar preñada? La elección era difícil para encularlas. Eran cuatro pares de nalgas hechas a la medida para todo tipo de pollas. Pero, por delante, no funcionaban; eso se llamaba el «lado de las señoras».

¿Me creerás si te digo que, a los siete años, no había visto jamás a una mujer hacer el amor de otra manera que por el culo y que no sabía qué era joder? ¡Y, sin embargo, cuántas escenas había visto!

Como mamá y sus hermanas eran acróbatas y tenían los huesos dislocados, cada una podía chuparse el propio coño, y, sobre todo, lo que hacían con mayor frecuencia era doblarse en dos para ir a lamer los cojones de los tíos que les daban por el culo. Eso valía cincuenta francos, a veces. O un timo.

Interrumpió en este punto su historia apenas iniciada, se quitó la bata y la arrojó lejos diciendo:

—Tengo calor.

Esta vez, no llevaba nada debajo. De pronto, desnuda, vino a sentarse por desafío en una extremidad de la almohada.

—¡Me das asco! —dije desviando los ojos.

—¿Ah, sí? ¡Mírate, pues! ¡La tienes tan dura como un caballo!

—¡Vaya sorpresa, cuando te sientas desnuda en mi cama! ¿Crees que eso prueba que te quiero?

—Hay hombres —contestó ella alegremente— que te dicen «¡Te quiero!» con la picha blanda. Tú me odias, pero la tienes dura. Es mucho más agradable para una mujer.

Me puse muy rojo. La desnudez de Teresa era, en efecto, para mí un espectáculo irresistible. Pero me avergonzaba de que mi estado físico hiciera imposible, o al menos ridículo, el discurso que yo preparaba mentalmente desde hacía diez minutos; y mi despecho fue tal que, si la italiana se hubiera burlado de mí un minuto más, mi deseo involuntario no me habría impedido gritarle todo lo que tenía que decirle.

Pero, en lugar de burlarse de mi deseo, se puso a exasperarlo.

Cruzó las manos en la nuca para señalarme claramente que no me atacaba y también para enderezar los pechos, para desplegar las axilas negras. Luego, con los ojos semicerrados y una voz que se encadilaba, tuvo una idea: desdeñarse a sí misma.

—Mis tetas no se ponen tan duras —dijo.

—¡No sabes lo que dices! Es lo mejor que tienes.

Adivinando que contradecía sus primeras palabras, no se había esforzado demasiado en obtener de mí un halago; e insistió, tan consciente del atractivo de sus pechos como para no cuestionarlos:

—¿Es lo que menos asco te da? —preguntó sonriendo—. ¡Tienen una forma rara! Mira que largos y anchos son. Ni peras, ni manzanas. Son mis tetas. ¡Y que pezones! ¿Te imaginas si un día me tiño de rubia con esas tetillas negras? Son como caramelos de

regaliz, o los capullos de los negros... ¡Ja ja Ja!, ¿sabes por qué mis pezones no se parecen a los de nadie? Están moteados porque tuve tres hijas; pero están llenos y se sostienen porque, en lugar de darles el pecho, las he amamantado en el culo...

—¡Vaya puta! No me rec...

—Sí, son tetas de puta —me interrumpió ella con volubilidad—. ¡Y delante de esas tetas de puta, tienes ganas de correrte desde hace un cuarto de hora y no puedes! Todavía no has jodido entre esas dos tetas de puta, ¡aunque lo pienses! No he pasado mis tetas de puta sobre tus cojones, ¡pero intuyes que podría hacerlo! Y la última vez que has gozado, cuando yo tenía tu polla en mi trasero, me las tocabas con las dos manos, ¿no es cierto? ¿Las sentías? ¡Contesta! ¿Notabas cómo se endurecían mis tetas de puta?

—¡Cállate! ¡Vete! ¡No quiero volver a verte! ¡No quiero olvidar lo que has hecho después!

Me tapé los ojos para no mirarla y me tumbé en diagonal en la cama.

Ella se abalanzó sobre mí.

¿Estaba previsto? Era precisamente lo que no había previsto. No contaba ni con su deseo ni con su vigor. Pero en pocos segundos, experimentaba los dos a la vez.

Mi sorpresa, mi postura vencida de antemano y, sobre todo, el temor de herir a Teresa durante la lucha, fueron los tres motivos que, juntos, me pusieron fuera de combate con una rapidez tal que no tuve ni tan sólo el tiempo de saber qué hacía.

—¡Ya ves qué fácil es vaciar a un hombre! —sonrió Teresa.

—¡Putas! —repetí yo.

—Gracias.

Ese «gracias» era un nuevo invento. La mujer a la que había visto hacer... (pero no quiero repetir lo que tanto me costó escribir al terminar el último capítulo) ...esa mujer tuvo la osadía de suspirar ese «gracias» en un tono que quería decir: «No es usted muy galante». Y yo fui tan ingenuo que me sonrojé, acabé con los insultos, sin caer en la cuenta de con qué rapidez había invertido los papeles. Por otra parte, tras esa dolorosa palabra, que acusaba modestamente la ofensa hecha a su pudor, Teresa siguió hablando con la misma audacia de vocabulario. Estaba nerviosa, pero sonreía:

—No te quejes. Me follas. Me desvirgas. ¿Sabes cómo se llama el

coño de una puta que se hace dar por el culo y que no se ha introducido una polla en el coño en tres meses? Pues, estás en mi virginidad. ¡Ya no podrás decirme que no jodo nunca! La noche que te violó, lo hago por el coño, ¿no te alegras?

Permanecía sólidamente acoplada a mí, pero inmóvil, sin dejarme mover. Un minuto le fue suficiente para asegurarse de que me había domado gracias a su contacto y de que yo no saldría de aquella carne.

—Lo que le hice a Charlotte... —dijo.

—¡No, no me hables de eso ahora!

—¡Al contrario! Hablo de ello porque vuelves a empinarte. Me equivoqué al hacerlo cuando acababas de gozar por séptima vez y que ya no tenías ningunas ganas de volver a empezar.

—¿Conque crees que, si me lo propusieras ahora...? ¡Qué absurdo! Como más deseable te pones, más me rebela que tú...

—¡Vamos, cálmate! El mayor favor que les hice a mis hijas es el de haberles enseñado a amar su profesión de puta. Charlotte es inocente como una santa. Le hice un traje de monja con la toca y el rosario: engañaba a todo el mundo, y más de cincuenta hombres creyeron encular por debajo del traje a una auténtica carmelita. ¿No crees que tener a una hija así y educarla como a un perro sabio a hacer el amor por el culo sin mojarse el coño más que cuando se la llama marrana, merece un aplauso? ¿Y que, por ser hija de acróbatas, sabría salir adelante en un circo?

—Eres un monstruo de habilidad, pero has vuelto loca a tu hija.

—¿Loca porque se hace pajas de la mañana a la noche sin ocultarse? ¿Crees que, si fuera más cuerda, iría a hacérselas en los lavabos y a limpiarse la leche de la punta de los pelos con papel de seda? ¡Vaya por Dios! Si estaba excitada la pasada noche, era por culpa tuya. En cuanto a lo que ocurrió... Bueno, ¿y qué? ¿No lo pidió ella hasta el final que se lo hicieran? Entonces, ¿acaso la he violado?

—No, pero...

—Y, si la hubiera violado, ¿acaso se habría muerto? En este momento, te violó a ti, te estoy violando, follas a la fuerza, y ¿acaso inspiras compasión?

Mientras duró esa escena, que me pareció interminable, Teresa permaneció vigorosamente inmóvil sobre mí y yo en ella. Pensaba

en cosas muy distintas que en contestarle, y, como a su última pregunta no había respondido «no» enseguida, ella se desacopló en un brinco tan veloz como aquel bajo el cual yo había sucumbido. Luego, retrocedió hasta el fondo de la habitación y se rio de mi deseo, que ella había convertido en ira, sin ni tan sólo empezar a satisfacerlo.

—¡Perdona, ya no volveré a violarte! —exclamó ella.

Esta vez, yo también pegué un brinco. Seguro de no tener ante mí a una mujer débil, la cogí con una mano y le di con todas mis fuerzas una docena de golpes en el hombro izquierdo con tanto menos escrúpulos cuanto que ella no dejó de reír mientras duró aquel castigo.

Después, me miró y, con una voz alegre, algo jadeante, que la rejuvenecía mucho, me dijo:

—Estás mucho mejor cuando te vuelves malo —y, con el mismo tono saltarín, añadió—: ¿Conque el señor pega a las mujeres? Si el señor quiere azotarme con un látigo las nalgas para volver a empinar su picha, son veinte francos más.

La frase encerraba la más vil ironía, ya que yo no podía ocultar la exasperación de mi deseo.

Volvimos a caer en la cama; pero Teresa, mucho más hábil que yo, no se dejó sorprender y luchó mucho mejor contra mi virilidad que lo que lo había hecho contra mi puño. Seguía jugando, estaba llena de una vivacidad y de una juventud extraordinaria.

—¡Ah! —me dijo jovialmente—. Me has tratado de puta, ¿y ahora quieres follarme? Pero no, las putas no follan, tienen el coño al rojo vivo. ¡Déjame a mí, rubito lindo, seré muy cochina!

—Bueno. ¡Sigue! —dije, apretando los dientes.

—¡Mira! —continuó ella, desempeñando siempre su papel—. Mira qué pelos tengo debajo del brazo; conozco a mujeres que no tienen tantos en el coño. ¿Quieres hacer el amor ahí? ¡Disfrutarías mucho!... ¿No? ¿Quieres mis tetas de puta?

—¿Otra vez con eso?

—Aquí tienes mis tetas de puta. Pon la polla entre las dos. Las aprieto... ¿Es bueno? ¿Cumplen bien su deber mis tetas de puta?... Escúchame, hijito, me darás cien duros de antemano y te correrás en mi cara, ¿quieres?

—¡Ojo con lo que dices! Voy a hacerlo sin avisarte.

—¿Prefieres gozar en mi boca? Vale lo mismo. Y te haré un trabajito muy bien hecho con mi lengua. ¿Te gusta? Te lameré los cojones, te deshojaré como una rosa y luego te lameré la polla. ¿No? ¿No quieres? ¡Debes ser muy mojigato, tú! ¡A lo mejor temes tener que confesar que te has corrido en la boca de una mujer! Podemos hacer cualquier cosa. ¿Quieres que te haga una paja, bribón?

Esta última propuesta acabó de enfurecerme a mí y de alegrar a Teresa.

—¿Quieres que te mate?

—¡Oh, para matarme es más caro que para pegarme! —contestó ella riendo a carcajadas.

Decidido a terminar de una vez, cogí con todas mis fuerzas a Teresa e intenté forzarle los muslos. Con gran seriedad esta vez, ella me gritó:

—¡No, no me follarás!

—¿Porqué?...

Una ira repentina le subió a los ojos. Me cogió por los brazos y se puso a aullar:

—Porque esta noche, en tu casa, no soy una puta, ¿entiendes? Cuando una mujer, que tiene ganas de gozar, frota su piel a la de un hombre que se empuja, ¡se entrega por el agujero que quiere! Y, si obtengo mayor placer haciéndome dar por el culo y si quiero que me des por el culo, me darás por el culo.

Aquella violencia verbal habría tenido que hacerme perder toda posibilidad física de dejar a Teresa la libertad de elegir; pero la diablesa no me dejó tiempo para intimidarme, ni para reflexionar en lo que iba a hacer. Su habilidad de gestos y posturas era prodigiosa. Me tomó por donde quiso, y, por segunda vez, me encontré en ella sin saber cómo había penetrado. Recuperó al acto su voz más tierna, sus ojos más suaves, y me dijo:

—¡No me hagas la broma de correrte!

—Es, no obstante, lo que mereces.

—Así es. Una mujer guapa viene a ofrecerle el culo, y todo lo que merece es que, un minuto después se le diga: «¡Fuera! ¡Ve a arrematarte tú misma!».

—¡Alto! ¡Hace ya una hora que me dejas en el estado en que estoy!... Te esperaré, pero...

—Eres un sol.

Luego, en el mismo tono, continuó, sonriendo:

—Me das asco.

—Tú también.

—Voy a decirte ahora por qué Charlotte y yo...

—¡No!

—¡Sí!... Quiero decírtelo mientras tengo tu polla en el culo. La verdad es que... estábamos tan cachondas la una como la otra... Pero en mí se notaba menos. ¿No te has dado cuenta?

—¡Quizás!

—¿Y ahora?

Guardé silencio. Entonces, de pronto, cambiando de voz mediante uno de esos crescendos rápidos que anunciaban la explosión de sus brutalidades verbales, gritó:

—Y ahora, ¿no notas que estoy más cachonda que una vaca? ¿No te das cuenta de que he venido a tu casa para violarte, que me puse en pelotas, que me dejé tratar de puta, que he dejado que me follaras y me pegaras, y que, por fin, me he plantado tu polla dónde yo quería? ¿Y que me vuelvo más loca que Charlotte en tus brazos? ¿Lo notas?... Y la leche que te doy, cuando tengas más fuera que dentro de los cojones... ¿Hace falta decirte que me corro?

9

Tras unos minutos, que me parecieron horas, volvió desnuda, tal como se había ido. Creía que estaba en la habitación contigua, pero no supe sino más tarde que había transcurrido ese tiempo en su casa.

Teresa me miró y, buscando una pregunta al azar, dijo:

—¿Por qué prefieres follar?

Contesté para fastidiarla un poco:

—Porque las mujeres que no están majaretas gozan follando y porque ante todo me gusta hacer gozar a mi amiga.

Teresa parecía de excelente humor. Se puso a reír en lugar de enfadarse.

—Entonces, cuanto te acuestas con una mujer fenómeno como yo, la única mujer en los dos hemisferios que se deje dar por el culo, cuando la enculas y cuando sientes que se corre como mea una burra...

—¿No podrías expresarte con algo más de pudor?

—Sí, querido. Y cuando sientes perfectamente que, como más le metes la polla en el culo, más la leche de su coño la moja por delante... querrás al menos tener la bondad de...

—¿De no follarla? No te preocupes, no volveré a hablarte de eso.

Se tumbó de bruces, muy cerca de mí y siguió:

—Para ser un hombre que no habla más que de follar, no enculas nada mal a las mujeres. ¿Quién te enseñó el movimiento?

—Lo aprendí muy mal —dije—. Eso me ocurrió a los catorce años con una chica de mi edad, quien me lo propuso al fondo de un jardín donde jugábamos al escondite. Ella no sabía como empezar,

ni yo tampoco. Después, una docena más de chicas... ¡No puedes saber qué torpes son las hermanas de nuestros amigos!

—¿Qué no puedo saber? —exclamó Teresa—. ¿Crees que no he visto encolar a chicas «bien»? Primero, no hay manera de encontrarles el culo. Llevan siempre demasiada ropa. Te enredas en la braga y estás siempre a punto de deslizarse la polla en su virginidad. Además, a ninguna se le ocurre tan sólo la idea de hacerse un masajito en el ojete antes de empezar. Entregan el agujero, y ya está: le metes la punta del pito. Eso la excita y les hace un daño infernal. Se hacen una paja a toda prisa mientras las enculan. Pero no puedes moverte porque eso les hace demasiado daño y, muchas veces, te sales antes de haber gozado, lo cual no les impide volver a empezar al día siguiente con otro. ¿Es así?

—¿Cómo puedes estar tan bien informada?

—¡Uf, qué no sabré yo sobre eso! ¿Así que eran todas tan torpes tus chicas?

—Encantadoras, pero un poco torpes, como dices, salvo una que ya estaba acostumbrada y que se dejaba hacer con suavidad, ¡y una paciencia!...

—¡Angelito! —dijo alegremente Teresa—. Se la deslizabas de arriba a abajo, y ella no sabía dar un golpe de culo, ¿no es así? ¿Por qué te ríes? Las conozco mejor que tú esas chicas. ¿Y después? Veamos, ¿después de las vírgenes?

—¿Qué quieres que te cuente? ¿Historias de casas de putas? No tiene ningún interés.

—Te pregunto quién te enseñó.

—Una pobre bailarina, muy poca cosa, que se vendía por diez francos y que bailaba el baile del vientre en Montmartre...

—¿Y el baile del culo?

—Mejor que la del culo.

—¿Cómo era? ¿Morena?

—Por supuesto. No me gustan las rubias.

—¿Y su ojete?

—Pero ¿por qué estás tan curiosa?

Teresa, flexible y desnuda, sin esfuerzo, simplemente, se puso sobre mí: sostenía los codos en el aire. No me tocaba más que con el vientre y los pechos.

—Cuando no me das por el culo, necesito que me cuentes

historias de chicas enculadas.

—¿Por qué?

—¿Y por qué siempre preguntas por qué? Tengo fuego en el culo. ¡Es culpa tuya, una vez más!

Estuve a punto de contestar que no había hecho nada para ello, pero me retuve a tiempo y aproveché la ocasión para detener el interrogatorio.

—Ahora te toca a ti —le dije—. Habías empezado con tus recuerdos de infancia y te has detenido a la edad de siete años.

—¿Es por lo de las chicas enculadas por lo que me preguntas eso?

—Sí.

Teresa se excitaba y, como siempre en tales circunstancias, su lenguaje subió otra vez de tono.

—Sí, es cierto, siempre vi lo mismo: una mujer con una polla en el trasero.

Mi último recuerdo de aquella época es un almuerzo en el que había hombres, compañeros de trabajo. Después, mamá y sus tres hermanas jugaron a calentarse el ojeté. Una vez que tenían metida una picha, tenían que adivinar de quién era. Reían tanto que vi cómo a algunos hombres se les puso blanda y desenculaban. ¡Y eso que todas las nalgas eran muy bonitas!

Cuando yo tenía siete años, mamá se dislocó el hombro, y como fue perdiendo flexibilidad, dejó el circo, a sus hermanas, todo.

Entonces se juntó con una tortillera de Marsella, una tía que era cien veces más puta que ella y que se llamaba Francine; bastante guapa, pero muy puta, de esas que chupan a un perro por veinte francos. Dormíamos las tres juntas. Francine hacía pajas por la tarde. Mamá no hacía nada, era su chulo, le comía el coño toda la noche y me incitaba a tocarme para desarrollarme el pito.

Después de un mes, mamá empezó a hacer pajas por el culo. Llegó incluso a chupar bastantes. Y encargó a Francine mi educación. Yo estaba a punto de cumplir ocho años; había llegado la hora de meterme una picha en el trasero. Mamá lo hizo a los ocho años, yo también, Charlotte también, y Lili seis meses antes. Como más joven se empieza, mejor se acostumbra una.

Francine me formó en todo. Delante de mí, se hizo hacer de todo en seis semanas por dos amiguitos que tenía y que venían a darme

lecciones encima de ella. ¡Te aseguro que vi a Francine follar, dejarse encolar en cuarenta posiciones, chupar, hacer pajas y lamer culos! La primera mujer a quien vi dejarse tirar la leche en la boca, fue Francine; tenía yo ocho años. Y, durante las seis semanas de mi formación, bebí yo toda la leche que se derramó en aquella habitación. Francine la recogía en el agua del bidé para engancharmela a la lengua, y, en cuanto a la leche de mujer, me la hacía beber en una cuchara con la que se rascaba el coño, la muy zorra, cuando mamá iba a hacerle una paja.

El día que cumplí los ocho años, un veinticinco de abril, a las seis, mamá y Francine me regalaron un paquete con un lazo, en el que había una muñeca que decía

«papá-mamá»,

me hicieron chupar unos caramelos rojos y me metieron en el culo más vaselina de la que haría falta para encolar a un ratón... Mamá lloraba y Francine estaba pálida como una sábana; temía que me hicieran estallar y que le clavaran dos años de cárcel... Y me desvirgaron el trasero con tanta suavidad que un minuto después, no sabía de qué me alegraba más, si de la muñeca, de los caramelos rojos o de mi picha en el culo.

¡Teresa pronunció aquellas últimas palabras con un entusiasmo y una juventud de cría! Se había incorporado sobre las dos manos, la espalda arqueada, los pechos tensos, riendo y enseñando todos sus dientes.

—Tengo ganas de morderte —dijo ella sin transición—. ¿Qué te ocurre esta noche para tenerla dura continuamente?

—¿Estás sobre mí y me lo preguntas?

—Dime qué te hace empinar. ¿Mi piel, mis pelos, mis tetas, mi culo, mi boca? ¿Qué? ¡Dilo!

—Tu piel.

—¡Pero se pondría aún más dura en mi boca, tu polla! ¿Me tirarías en la boca tu leche? Hace treinta y seis horas que prometí chupártela, ¡y tú ni me recuerdas mi promesa!

—¡Oh, si crees que es fácil elegir cuando se acuesta uno contigo!

—Es que no soy tan puta como crees. Anda, vé a una casa de putas, pon a la zorra de turno con las piernas al aire y elige tu agujero. A la zorra le importa todo un comino. Pero yo, mientras tenga ganas de gozar, sabré lo que quiero.

—¿Y ahora?

—Pues... te chuparé más adelante.

—¡Qué cabrona eres! Yo no te he pedido nada, me lo propones tú, y luego...

No tuve tiempo de terminar la frase. Teresa acababa de hacerme penetrar en ella a su gusto. Con una voz temblorosa y cálida se puso a hablar.

—Ya tendrás mi boca. Quiero dártela. Yo soy quien tengo ganas de meterme tu polla en la boca, ganas de chuparla, ganas de mamarla y de tener la boca llena de leche. Hay cosas que no quieres hacer, pero, cuando yo diga: «¡Mea tu leche en mi boca!», lo harás. ¡Ah! ¿Creías que no me excitaba tanto como Charlotte? ¡Pues, ya ves, me excito más que ella cuando tengo tu polla en el trasero! Has creído que estaba loca porque te ha pedido... ¡Pero yo no estoy loca! Soy cachonda, pero sé lo que te digo. Oye, yo también tengo ganas que tú me...

—¿Quieres callarte?

—Yo también. Te juro sobre la tumba de mi madre que puedes hacérmelo. Sé que tú no lo harás. Pero no quiero que eso te dé asco. ¡Shhht! Voy a correrme, me toco, tú me das por el culo, te lo digo todo... Acabo de volver a empezar con Charlotte.

¿Volver a empezar el qué? No me atrevía a entenderlo. Ella siguió extasiándose a cada palabra.

—Hace una hora, cuando ya me habías dado por el culo, fui a casa, he encontrado a Charlotte con sus hermanas, he hecho un aparte con ella, la he llevado a mi cuarto y le he dicho: «¿Quieres su leche? La llevo en el culo».

—¡Cállate! No me lo digas.

—¡Cállate tú! —gritó ella—. Te lo diré. Le puse el culo en la cara y le tiré en la boca tu leche, ¡y ella la bebió! Es el mismo agujero de culo que ahora te aprisiona la polla, ¿lo notas?, tiene nervio, ¿lo notas?, es el mismo en que Charlotte acaba de meter la lengua para sacarle la última gota de leche con la...

—¡Teresa! ¡Si no te callas, te estrangulo! Jamás he deseado a una mujer como te deseo a ti, y haces todo lo posible para que te encuentre tan infame como hermosa.

—La tienes dura... —dijo ella.

—¡Me avergüenzo! —interrumpí—. Si hiciera aún más con la

zorra de la casa de putas de la que me hablabas antes, no tendría de ella el horror que tengo de ti.

En aquel instante, se quedó inmóvil y temblorosa sobre mí —ya que ella estaba sobre mí, y la flexibilidad de su cuerpo le permitía de este modo unirse a mí por el lugar que más placer le producía.

Entonces, sometiendo con su inmovilidad su goce al mío, me dijo triunfante:

—¡Por fin! ¡Has entendido que no soy tu puta!

—¡Pero eres peor!

—¡Peor! ¡Lo has dicho! ¡Soy peor! Pero soy otra cosa. Puta es la que se somete a los vicios de los hombres. Yo te doy los míos, te los enseño, despierto tu gusto por ellos.

—¡Jamás, jamás me despertarás el gusto por ese!

—¡Ja, ja! ¿Te das cuenta de lo que haces? Jamás has querido follarme, y ya van cuatro veces, ¡cuatro veces!, que me das por el culo porque yo quiero. ¡Anda, dime! ¿Soy tu puta? ¿Soy tu puta?

—Si dices una palabra más...

—¡Me oirás! —contestó ella enfurecida—. ¡Ríñeme! ¡Pégame! ¡Escúpeme en la boca, pero te apuesto a que no se te pone floja!

Me agarraba con todas sus fuerzas y amenazaba con los dientes todo aquello que no cogía con las manos. Yo seguía en ella, y ella me tenía cogido por allí como por dos puños.

Habría podido... ¡Pero qué difícil es contar a la mayoría de la gente la apasionada escena que no ha vivido! Algunos hombres lo saben todo, pero no conocen los elementos primeros de la ciencia amorosa. Divido mis lectores en dos grupos. Unos me reprochan haber dado una docena de golpes en el hombro de Teresa; he pegado a una mujer, sí, ¡bueno!... Estos no fueron jamás realmente amados, puesto que no saben cómo se hacen pegar las mujeres enamoradas por el hombre a quien aman y desconocen la voluptuosidad que desarrollan al sufrir por la misma mano que las acaricia, por el mismo cuerpo que las abraza. El otro grupo de lectores todavía no ha entendido por qué, si he pegado a esa mujer, vacilo en echarla esta vez de mi cama. Es que... eso la habría dolido.

No, ¿usted no ha comprendido aún que una docena de golpes asestados en el hombro de una mujer enamorada le causan más placer que sufrimiento? ¿Y que, si esa mujer lucha con usted en una

posición tal que no tiene más remedio que cogerla por la piel de los flancos, o por la carne de los pechos, el hombre que acaba de pegarla ya no la pega?

Sin embargo, sentía ganas de matar a esa mujer en cucullas encima de mi sexo. Y, por supuesto, eso no significaba que hubiese dejado de encontrarla hermosa.

Luego, agitando su cuerpo flexible con largos movimientos de grupa que aliviaban por fin mi deseo interminablemente defraudado, eligió ese instante, que con tanta paciencia y artificio ella había preparado, el momento en que ya no podía yo ni rechazarla ni interrumpirla, para, más ardiente aún que yo, aunque menos enajenada, articular sin levantar la voz:

—Mis tres hijas son mi casa de putas. Las pongo en pelotas en la sala de estar, sólo para mí, para su madre. Elijo, cojo a la que me tienta, y esta, delante de sus hermanas, me chupa los labios del culo, me lame la raya de las nalgas, me mete la lengua en el culo, luego vuelve a excitarme el pito y engulle todo lo que descargo. Las he educado tan bien que vierto en su boca la leche de los hombres que me enculan. Te he dicho, hace un rato, que había hecho un aparte con Charlotte. Pues no es cierto. He despertado a las chicas. ¡Lo han visto todo! ¡Y Lili se ha puesto celosa! Ha ido luego a lamerme el culo porque aún quedaba algo.

No oí más. Estaba moralmente exhausto. Mi cansancio físico superó incluso toda medida, sin duda debido a la larga espera a la que acababan de someterme, y, durante dos minutos, permanecí solo en mi cama, sin movimiento y sin pensamiento alguno.

10

Cuando abrí los ojos, Teresa volvía a entrar, siempre desnuda, en compañía de Lili; una nueva Lili para mí, una Lili en camisón, con una trencita en la espalda; una Lili que se caía de sueño.

Teresa la dobló en un sillón, como una muñeca, y vino a decirme al oído, pero enfatizando cada sílaba:

—Déjame a mí. Es mi hija. La educo como me da la gana. Si me insultas delante de esta niña de diez años, o si le impides obedecerme, no te lo perdonaré jamás.

Frases superfluas, ya que no pensaba en nada. Me sentía abotargado. No tenía proyecto alguno, ni benévolo, ni hostil.

Teresa obligó a la niña a levantarse del sillón, donde parecía haber vuelto a dormirse, y la despertó del todo con las siguientes palabras:

—Enséñanos cómo te despiertas cuando ves a un hombre. ¡Vamos! ¡Uno, dos, tres! ¿Ya te has despertado?

—Sí, mamá.

—Pues, ¿qué debe hacer una niña cuando se encuentra en camisón delante de un señor?

Como si le recordaran una honesta norma de urbanidad infantil, Lili, con una extraña sonrisa, se levantó el camisón hasta la cintura y abrió un poco las piernas. Luego, me saltó al cuello y, en tono amable aunque ligeramente reprochador, me dijo:

—¡Cuántos polvos te has tirado por mí con Charlotte! Ella me lo ha contado todo.

—¡No me extraña de Charlotte! —contesté, despertándome a mi vez—. También me lo dijo todo a mí.

—¿Todo qué?

—Sé cómo comes las galletas.

—¿Mis galletas? ¿Las que le meto en el coño después de que se ha corrido? ¿Y qué más?

Me volví hacia Teresa:

—¿Se le puede preguntar cómo nació?

—¡Claro! Dilo tú cómo, Lili.

No obstante, Lili vaciló. Luego, intuyendo que yo lo sabía, se puso a reír:

—Charlotte es mi papá. Me hizo en mamá por el culo.

Añadió incluso... (como había comprobado que Lili no metía jamás la pata, creo que fue una ironía de su parte) muy rápido algo que no se le había pedido:

—Así es cómo se hacen los niños en la familia. Mamá acaba de hacerle uno a Charlotte esta noche; pero no resultará: era en la boca.

Lili no reía nunca cuando bromeaba. Adivinando que yo tampoco reía, Teresa intervino enseguida:

—¿No te quitas el camisón para parecer un angelito, especie de renacuajo mal parido? ¿Quieres quitarte eso ahora mismo y enseñárnoslo todo? ¡Vaya manera de vestirse para mancharse de leche!

Sin alterarse por la bronca, el angelito se quitó el camisón y dijo a su madre:

—¿Tengo que deshacer también mi trenza?

—No. Ven sobre mí. Cuéntame que has hecho ayer con él.

—Tuve su polla por todas partes, mamá. Por delante, por detrás y en la boca.

—¿Nada más?

—No tengo más que tres agujeros. Es una lástima que no me hayas dado catorce.

—¡Vaya!... ¿Y qué más sabes hacer?

—Cualquier cosa.

—Dinos qué.

Lili vaciló, suspiró... luego, tras mirarme de reojo, contestó con el desaliento de una hija que renuncia a instruir a su madre:

—Muchas cosas que a él no le gustan, mamá. Me di cuenta enseguida.

—¡Ah! ¿Conque te has dado cuenta?

—Sí. No es un señor que se mea encima de las niñas, y no sabe hacer porquerías. No le gusta nada que sea sucio y le gusta todo lo que es bueno... Tampoco es malo. No es un hombre aficionado al látigo. Pero sé algo a lo que no dirá que no.

Y lo susurró al oído de su madre, presa de una gran animación.

—¡Repítelo en voz alta! —ordenó Teresa—. No tengas miedo. Dilo tal cómo acabas de decírmelo.

Lili bajó los ojos y, sintiéndose tan incómoda que suspiraba entre cada palabra, habló:

—Cuando él... te dé por el culo... mamá..., yo te meteré —te meteré la mano en el coño... y yo... yo...

—¡Oh, que tonta eres! —dijo Teresa—. Le cogerás la polla a través de la piel del coño y se la menearás en mi culo. ¡Cuántos cumplidos por tan poca cosa! ¿Y si se la chupo?

—Le lameré los huevos y los mamaré.

—¿Y si me lo follo?

—Me extrañaría —dijo muy seriamente Lili.

Hasta aquí, Lili se había mostrado temerosa. Libre con su madre, e incluso conmigo, se volvía tímida ante nosotros, porque nos veía juntos y, al ser dos, ya formábamos un público. La risa de su madre la transformó, al igual que un pequeño éxito imprevisto enardece a una joven actriz... A partir de entonces, cambió la expresión de su rostro. Teresa, siempre rápida en leer en las fisonomías de sus hijas, dijo en voz alta:

—¡Señorita, Lili, salga al escenario! ¿De qué va vestida así?

—Voy de niña desnuda. Es un disfraz que me hizo mi madre, como los gusanos de seda, trabajando con su...

—¿Y su *cache-sexe*, señorita?

—¡Oh, con el sexo que tengo, señora, no vale la pena esconderlo!

Lili era realmente divertida cuando adquiría aplomo. Le pregunté a mi vez:

—¿Quiere que la contrate, señorita? ¿Bailarina, cantante, acróbata? ¿Qué sabe usted hacer?

—Chupar la polla del director —contestó Lili sin vacilar.

¡Pisaba fuerte, la niña!... En el mismo tono tranquilo y de un tirón, continuó:

—Como acróbata, conozco un número de mi abuela, señor. ¿Quiere que le haga el número de la mujer-serpiente? Es el arte de encontrar a una tortillera en la propia cama cuando una se acuesta sola.

—Sí dijo Teresa. ¡Adelante!

—¡Si mi madre lo supiera!... —empezó Lili.

Y, a partir de entonces, creí que desempeñaba un papel aprendido de memoria. No conocía bastante a Lili para imaginar que lo había concebido ella sola, con fragmentos de frases oídos al azar y un don natural de niña actriz.

Se puso de cuclillas al pie de la cama, los codos sobre las rodillas, los pies debajo de las nalgas y dijo con melancolía:

—Tiene ante usted a la niña mártir de la que tanto han hablado los periódicos, la niña más desgraciada del mundo. No se atrevieron a publicar por qué es tan espantosa su historia. Tengo una madre desnaturalizada, señor. ¡Qué Dios la perdone!

—¿La oyes? —dijo Teresa.

—Hay niñas a las que se pega, se azota, se encadena, se martiriza, se las deja devorar por los chinches y se las priva de alimentación. Pero yo, ¿sabe usted lo que me prohíben hasta alcanzar mi mayoría de edad? ¡Ah, señor, nadie adivinaría cómo me atormenta mi madre! ¡Me prohibió hacerme pajas!

—¡Es como para creérselo! —interrumpió otra vez Teresa.

Pero Lili no cejó. Con la voz lenta y resignada de una niña que cuenta sus desgracias sin esperanza de consuelo, siguió, convirtiendo, casi con pudor, en actos lo que contaba:

—Señor, es usted testigo. Yo me hacía pajas con prudencia, así: un dedo en el culo, un dedo en la rendija y un dedo en el pito. No me hacía daño, le aseguro, pero por mucho que se lo dijera a mamá, ¡las personas mayores no entienden nada!

—¡Pobre niña! —suspiré a la vez que ella.

—¡Y te dicen cada cosa!... Mamá me hizo jurar que jamás volvería a adquirir la funesta costumbre de la «masturbación». ¡Una palabra así, arrojada a la cara de una niña, señor!

—¿Cómo se atreve?... ¿Y ya no volvió a adquirir esa funesta costumbre?

—No, porque di mi palabra de honor.

—¿Y no se ha suicidado?

—No, porque me importaba un comino, igual qué mis tres virginidades. Desde que no puedo hacerme pajas, me lo hacen las tortilleras.

Instintivamente, Lili dejó caer esa última réplica sin énfasis alguno. Conservó su voz sencilla y suave. Diez años de teatro para algunas actrices no valen diez años de existencia para Lili. No pude evitar murmurar al oído de Teresa:

—¡Hay que convertirla en actriz!

—Ya lo ves —contestó Teresa—, ofrece chupársela al director, antes mismo de explicarle qué puede hacer en el escenario. ¿Qué más quieres que aprenda?

Pero Lili terminaba de hablar y pronunciaba palabras mayores como si tocara una flauta angelical:

—Así pues, tiene la culpa mi madre de que ya no me haga pajas debajo del camisón como una niña modelo. En lugar de eso, me paso una hora desnuda frotándome el culo en mi morro, diciendo: «Lili, ¡no te andarás con chiquitas cuando puedas chupar leche!». Las personas mayores, señor, no pueden saber qué malos consejos llegan a dar. Por suerte, no les escuchamos nunca; simulamos hacerlo, pero, cuando, por casualidad, alguna vez somos lo suficientemente memos como para obedecer, ocurren cosas como esas.

11

¿Por qué renovada casualidad me habré encontrado con Mauricette por segunda vez en la escalera, a dos pasos de mi puerta? No lo sé, pero apenas me sorprendió. Ese tipo de casualidades se renuevan con mayor frecuencia que varían.

Muda y con cara de pocos amigos, desvió la cabeza cuando la besé; luego, me siguió por su propia voluntad a mi casa. ¡Y para hacerme una escena! Ya me lo esperaba. En efecto, yo no tenía excusa. La había abordado yo el primero; ella se había entregado; me había enviado ella misma a su madre y a sus hermanas, por espíritu de familia, pero, desde hace dos días, la olvidaba, a ella, Ricette, a quien lo debía todo. Los hombres son monstruos. ¿Qué iba a decirme?

Sentía remordimientos. Poco después los sentí aún más, porque Ricette me pareció más hermosa que hacía dos días, y nuestros remordimientos son siempre muy sensibles a las fluctuaciones de nuestras ternuras. ¿Qué iba a decirme? Yo preparaba a toda prisa algunas respuestas a los reproches que me esperaban, pero, si había previsto alguno, no era ciertamente el que Ricette tenía en los labios.

—Vas a desvirgarme —me dijo a media voz.

¡Lo que faltaba! Y, como, a pesar mío, mi expresión denotaba más estupefacción que solicitud, Ricette no esperó la respuesta:

—¡Vaya, qué amabilidad!... Te enseñé mi virginidad anteayer, ¿quieres tomarla hoy o no quieres?

La puse sobre mis rodillas, ella se dejó hacer y, antes de que yo pudiera decir nada, siguió:

—¡Eres muy raro! ¡Haces siempre todo lo contrario de lo que se te pide! Durante tres horas, Charlotte ha estado pidiéndote que la llamaras puta; eso la excita cuando va a correrse, y no has querido; ella nos ha dicho que jamás había visto a un hombre tan terco. Luego, al día siguiente, has llamado a mamá diez veces puta, porque a ella no le gusta eso. ¡Serás chinche!

—No, no soy chinche.

—¡Oh, no se acabó aquí!... Ya sabes que a mamá y a Charlotte les gusta hacerse dar por el culo. Y les has dicho que a ti, en cambio, solo te gusta una cosa: joder. Pero yo tengo una virginidad en venta, te la doy...

—¡Eres un encanto!

—¡Anda ya! ¡Cuándo Charlotte quiere por detrás, tú le das por delante, y yo, cuando me doy por delante, no quieres!

Suspiré muy hondo. Estar obligado a dar una larga explicación, sabiendo de antemano que no se será comprendido, es una situación realmente penosa. Renuncié, pues, a los mejores argumentos para no retener más que aquellos que pudieran llegar al entendimiento de Mauricette.

—Escúchame. Tienes catorce años y medio, ¿no?

—Sí, y ya puedo joder, puesto que ya me enculan.

—Bueno. Se te puede desvirgar; pero ya sabrás que a tu edad, eso te hará mucho más daño por delante que por detrás.

—Me da igual —dijo con ternura.

—¿Y sabes que a mí también me hará daño?

—¡Ah, eso me da aún más igual! —dijo ella alegremente.

—¿Y que pasará por la noche? Como sois todas tortilleras, tu madre y tus hermanas verán esta misma noche que has perdido tu virginidad. Tu madre se pondrá furiosa. Nos peharemos todos a muerte. ¿Y qué nos quedará de todo eso? El recuerdo de una media hora en que nos haremos tú y yo mucho más daño que placer. Y, mientras te añore, tú joderás con otros. Hagamos lo contrario. Déjate desvirgar por quien sea y, luego, joderemos todo lo que quieras.

Mauricette se puso a reflexionar. Supe más tarde que estuvo a punto de decirme: «¿Por qué vale eso dos mil francos cuando tú no lo quieres por nada?». Pero guardó silencio, y, mientras seguía pensando, se me ocurrió una idea que, por suerte, acabó por

seducirla.

—¿Por qué no me regalas tu otra virginidad?

—¿Cuál?

No entendía nada. Como seguía estando en mis rodillas, la apreté contra mí y le dije en voz baja:

—Veamos. No te reñiría delante de tus hermanas, pero nadie nos oye. ¿No te da vergüenza, a tu edad, todavía no saber chupar?

¡Oh, sí, le daba vergüenza! Se puso roja como una niña a quien su confesor le reprocha un pecado mortal.

—¿Cómo? ¿Vas a cumplir quince años y aún no sabes?

—¡Oh, si te contara!...

—Bueno, de todos modos, no es más que una chiquillada. Hay que curarte eso. ¿Quieres probar? ¿Quieres probarlo solita conmigo?

Me puso los brazos entorno al cuello y, escondiendo la cabeza, llena de confusión, entre mi mejilla y mi hombro, contestó:

—Sí, quiero probar contigo.

En cuanto hubo aceptado mi propuesta, lamenté habérsela hecho. «¿Cómo?», me decía, «he aquí a una niña a la que me niego desvirgar para no hacerla sangrar y le ofrezco, a cambio, algo que sé que la hace vomitar. Bueno, ¿y qué si vomita?... No quiero dejarle el recuerdo de un dolor, ¿y corro el riesgo de dejarle el recuerdo de una náusea? ¡Vaya experiencia si la cosa termina así!».

Esas tristes reflexiones fueron disipándose poco a poco. Me seducía la idea de dar una lección a una hija de Teresa. Además, la dificultad misma del intento me atraía. Deseaba un poco que, conmigo, no fuese igual que con los demás; nadie quiere confundirse con la multitud. Y, ya que algún día Mauricette tendría que aprender a chupar, ¿por qué no conmigo, que le haría tomar gusto? Sí, decía «tomar gusto». No sabía lo que me esperaba.

Mauricette volvió desnuda del lavabo y me dio valor con sus primeras palabras:

—Noto que todo irá bien.

Pero añadió, por desgracia:

—¿Dónde puedo escupir?

—¿Escupir? ¡Pero eso no se escupe! ¡Vaya principios! ¿Cómo? ¿Sales de un internado dónde te educaron con niñas de buena sociedad y ninguna te dijo que ellas lo tragan?

—¡Oh, sí, me lo dijeron! ¡Sólo Dios sabe lo que no tragan! ¡La de cosas que Lili habría podido aprender con algunas! Pero yo no soy de buena sociedad y haré como en las casas de putas: escupiré.

—Usted tragará, señorita, y ahora mismo, en lugar de conservar eso en la boca durante tres minutos hasta que haya terminado de mamar, ¿lo entiende? ¡Vaya educación le han dado en su familia!

Sin contestar, se abalanzó sobre mí y me dijo, juntando sus labios a los míos, con voz cálida:

—¿Es verdad que vas a correrte en mi boca?... Entonces, dame antes tu lengua... Y júrame que me darás otra vez tu lengua después... Yo también voy a jurarte algo: ¡jamás he bebido leche de hombre, jamás!... Así que, si fallo, no te enfadarás conmigo, ¿verdad? Y, si tengo éxito, ¡no creerás que te quiero! ¡No te quiero nada, nada, nada!

Y, con esas palabras, me dio el beso más amable que haya recibido de toda aquella familia, de tan distintas naturalezas y caracteres. Recordé un verso de Clément Marot... pero no tuve el tiempo de soñar. Mauricette había empezado su tarea:

—¡Oh, no lo compliques tanto! —le dije—. Lo haces como si lo hicieras a una tortillera. No hemos llegado aún al curso superior. No te preocupes, pues, por hacerme gozar. Se trata de ti ahora. Lo que tengo ante mí, no es a un joven sátiro que se abandona a la lubricidad... No, en absoluto. No veo más que a una deliciosa Ricette, guapa y tímida como una cierva en el bosque, que va a decirme: «¿No es más que eso?», cuando haya terminado.

—Pero me avisarás, ¿verdad?

—¡Sshht! Sigue. Te avisaré. ¿Quieres que me dé prisa? ¿Sí? Es fácil. Date prisa tú también. Y recuerda lo convenido: te lo tragas todo enseguida, dices que es bueno y vuelves a pedir... ¡Querida Ricette, qué bien me encuentro en tu boca!

Esta frase le causó un inmenso placer, que habría tenido que prever, y la incitó a esmerarse. Las felicitaciones que más nos halagan son aquellas que dirigimos a los talentos que menos poseemos. Además, las chicas que no están acostumbradas a chupar, lo hacen exactamente igual que si hicieran el amor; necesitan, por lo tanto, animarse hasta un cierto grado de pasión.

Seguí en el mismo tono. Con escasas palabras, Ricette se dejó «animar» hasta el punto de que ella tenía que... La avisé... Se

estremeció, cerró los ojos, palideció como si realizara una hazaña ante el peligro... y, cuando hubo terminado, se quedó atónita, sentada encima de sus talones, boquiabierta...

Me miraba como atontada. Le tendí los brazos. Se arrojó en ellos, orgullosa y sorprendida, avergonzada, tierna, y sobre todo tan emocionada que sentía latir su corazón a través de su pequeño pecho izquierdo.

—¡Lo he hecho! —exclamó—. ¡No es posible! ¡Yo que no había bebido jamás! ¡Y lo he tragado todo, todo! Tal como me habías dicho; no acabo de creérmelo.

—No es tan malo, ¿verdad? ¡A cuántas chicas les gusta eso!

—No sé si es bueno o es malo —contestó con un aire soñador—. Pero me siento satisfecha... porque tú gozabas.

Y, como la besé por decirme aquello, ella volvió a hablar, inclinándose hacia un lado:

—Y... y... ¿crees que tu leche es como la de los demás?

—¡Claro que sí!

—No es verdad.

—Sí.

—No.

Reflexionó una vez más y dijo, cruzando las manos:

—¡La sorpresa que se llevará mamá! No querrá creerlo.

—¿Qué podemos hacer?

—¡Volver a empezar! —exclamó Ricette—. Volveremos a empezar delante de ella.

¡Eso bien valía una recompensa! Tuvimos los dos la misma idea a la vez, pero Ricette se había adelantado al decirla, Yo estaba muy lejos de imaginar lo que iba a pedirme.

Siempre con los brazos en torno a mi cuello, me dijo suavemente:

—Tengo ganas de algo. Dime sí.

—Digo sí. ¿Qué es?

—¡Te he cogido! Ya sé que a ti no te gusta eso, pero has dicho sí, y yo tengo ganas de eso.

—¿Ganas de qué?

Tomó su tiempo como una joven actriz; luego, me dijo al oído, pero en voz alta a pesar suyo, con una risa que hacía temblar sus palabras:

—Tengo ganas de hacerme una paja.

—¡Pequeño diablo! ¿Y crees que voy a dejártela hacer? Pídeme cualquier cosa, pero...

—Nada. Más tarde. Me has contestado sí de antemano, y, además, ya sabes que estoy acostumbrada. Te lo he dicho anteayer.

—Entonces, ¿eres como Charlotte? Cuando tienes ganas de hacerte una paja, te la haces. ¿Incluso delante de un hombre?

—Sobre todo delante de un hombre.

—¿No puedo ofrecerte nada más a cambio?

—Después —suplicó ella—. Una cosa no quita la otra.

Realmente, se trataba del vicio de la familia. Pero no podía acostumbrarme y sentía algo así como celos al ver a aquella chica gozar por sí sola. Apenas se tocaba, lentamente y sin sacudir los dedos. Al principio, al ver que yo cedía, se puso a chincharme.

—¡Mira mi virginidad, mira! —dijo, separándose los muslos.

—¡Quieres acabar con eso!

—Bien tengo que darle gusto, ya que no la quieres.

Esa broma me dio rabia. Pero Mauricette seguía teniendo una expresión tan tierna que me esforcé por bromear también.

—Señorita, ¿también tiene usted la costumbre de la flagelación?

—Sí, señor, como mi hermana Charlotte.

—Entonces, ¡vaya a buscar el látigo! Lo que acaba de decir merece treinta azotes en las nalgas.

—¡Oh, sí! Y, cuando chorree la sangre, me darás por el culo, ¿verdad? —dijo ella riendo—. ¿Crees que te he tomado por un hombre que azota?

—Ya sabes que no puedo desvirgarte porque no volvería a verte, y vienes a hacerte una paja en mis narices como si yo no fuera capaz de romper tu virginidad... ¿No crees que eso merece el látigo?

Estaba escrito que, con las cuatro mujeres de aquella familia, tropezaría de sorpresa en sorpresa. Mauricette se puso muy seria y me dijo simplemente.

—Pégame.

Y tuvo un pequeño ataque que recordaba, con menor intensidad, los de Charlotte y Teresa. Temblando en mis brazos, siguió diciendo:

—Tengo ganas de que me hagas daño.

—¿A ti, niña querida? ¿A ti, que tienes catorce años y que vienes desnuda a mi casa? ¡Sería un monstruo!

—Ya me lo has hecho, sin darte cuenta. Anteayer, no me había mojado más que con mi saliva cuando me has dado por el culo. Era bueno. Era como si me despellejaras por detrás, y como más sufría, más gozaba.

—¿Cómo? ¿Tan viciosa eres?

—No, pero tengo ganas de que me hagas daño mientras me masturbo —repitió ella rasgando los ojos y mordiéndose el labio.

—¿Eso te hace gozar?

—¡Cógeme los pezones con los dientes y aprieta! Te daré mi virginidad por delante para que me hagas daño con tu polla, para que la revientes y que haya sangre. Ahora que ya he bebido tu leche, soy tuya. Abrázame fuerte, voy a correrme. Apriétame con todas tus fuerzas. ¡Rómpeme!

«Decididamente», pensaba para mí, «Lili es la única razonable. Las otras tres están locas de remate».

Sin embargo empezaba a entender por qué Charlotte me había dicho: «Esta chica nos desbancará a las tres». Charlotte, a los veinte años, era aún casi infantil. Mauricette, a los catorce, era una mujer. Tan lenta de espíritu que era su hermana mayor, como precoces eran todos los sentidos, el cuerpo vivaz y el instinto de vicio de la segunda.

Nadie podía saber aún qué ocurriría con Lili al llegar a la pubertad. Pero aquel año, aquel día, era Mauricette la que más me recordaba a su madre.

Quería hacerla hablar y le dije algo de lo que me avergüenzo como de un crimen. No hay versos más bellos que aquellos en los que Tibullo sonríe a las mentiras del amor. Pero no puedo sonreír a las que cometí. Esta es una confesión. Lo digo todo; pero me gustaría más inventar un cuento en el que no me diera (y con tanta facilidad) un papel siempre simpático. Piensen en la edad de Mauricette, su precocidad, su ardor... Imaginen ante todo el ilimitado sentimiento que debía experimentar debido a su sacrificio; y cuánto... Pero ¿por qué decirlo? Usted no ha hecho más que condenarme. Sentía afecto por Mauricette. No la amaba como se suele amar, pero, para hacerla hablar, sin más motivo que este, le dije con mis labios rozando los suyos:

—Te adoro.

—Yo también te adoro —murmuró ella, sin saber que casi repetía la respuesta de Melisenda.

Y, como era fácil preverlo, habló enseguida, sin transición. Mauricette tenía crescendos bruscos, similares a los de Teresa.

—¿No me has creído? ¡Pues bien, ya verás! ¡Me rasgarás las nalgas a garrotazos y me darás por el culo en mi sangre!

—¿Yo te haré eso?

—Sí, lo harás si me quieres. Acabo de hacer por ti lo que no hice por nadie. Me he tragado tu leche... ¿Jamás azotaste a una niña? ¡Tanto mejor! ¿Te horroriza? ¡Tanto mejor! ¡Yo también te enseñaré algo!

No se me cruzó un segundo por la cabeza el consentirlo; pero, en lugar de responder, pregunté:

—¿Cómo puede gustarte eso a tu edad?

—Porque soy la hija de mi madre.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué te parece a ella por la sangre? ¿O bien que ella te ha...?

—¿Qué ella me ha educado en eso? ¡Anda, dilo! Es la palabra. Sí, ella me ha educado como a un mono sabio. Y me gusta. Me gustaría hacer lo mismo que ella.

—¿Cómo se las arregló?

—¡Oh, no le tomó mucho tiempo! Como tiene la misma afición, no tardó en comprobar que yo también... Entonces, como suele hacerse en los circos, me entrenó todos los días antes de... En fin, conocerás la manera en que se educan a los monos sabios; hacen sus números antes de comer; yo, antes de gozar. Y, poco a poco, mamá fue comprobando hasta dónde... hasta dónde yo podía llegar.

Enarqué las cejas. Ella vaciló y, con esa voz voluptuosa que adquieren a veces las chicas muy jóvenes, me preguntó:

—¿Qué quieres que te diga? Me excita casi tanto pensarlo a tu lado que si me lo hicieras.

—Y a mí me gusta cien veces más oírte decir que pegarte.

—¿Pegarme? ¡Si sólo fuera eso! ¡No conoces a mamá!

Y, en pocas frases definitivas, hizo el retrato de su familia como sigue:

No puedo hacer entender a Lili que mamá no es una puta. Pero tú, sí, creo que lo has visto, ¿no? Charlotte es buena chica. Lili es

una puta. Es la única puta de nosotras cuatro. Y mamá es como un cliente putero. Cuando tiene una sesión con una de nosotras delante de un cliente, es mamá la que se excita, es mamá la que goza... ¡Y yo soy como mamá! —añadió Ricette—. Yo también soy como el que paga, y cuando recibí tu leche en la boca...

—¡Oh, entonces...! ¿Vas a regalarme por ello un anillo?

—¡Sí, un anillo muy nuevo: mi virginidad por delante!

Con la rapidez y la habilidad de su respuesta, había vuelto, de golpe, al punto en que mi estúpida broma estuvo a punto de desplazarla. Y, rápidamente, reemprendió su relato con el mismo alegre énfasis:

—Sabrás cómo se las arregló mamá cuando comprobó que... en fin, que me gustaba eso. Me dijo: es muy sencillo, veremos hasta dónde puedes tolerar el dolor sin que eso te impida gozar.

—¡Sí, muy sencillo! —repetí—. ¿Y era ella quien te hacía daño?

—¡Por supuesto! —contestó ella con toda su inocencia—. Y, también como puedes suponer, ella me hizo más daño que las demás.

—No lo entiendo.

—¡Vamos! ¿Acaso no te ha contado Charlotte que nadie en el mundo toca y hace pajas a una chica mejor que mamá? Así que, cuando era mamá, podía martirizarme y hacerme gozar a la vez.

—¿Martirizarte?

—¡Y como! Charlotte se ponía a llorar enseguida y se iba del cuarto. No podía mirar aquello. Pero yo no lloraba nunca, apretaba los dientes para no gritar... ¡Ah, no sabes aún qué vas a oír!... Mira mis tetas. ¿Notas algo?

—No.

—Porque las agujas habían sido quemadas.

—¿Las agujas?

—Al tocarme como me tocaba y al detenerse veinte veces en el momento en que estaba a punto de correrme, mamá me pinchó un día con agujas en los pechos hasta treinta y dos veces antes de que le dijera: «¡No puedo más!».

—¿Tu madre?

—Y eso no es nada. Mira mi sexo. Tampoco tiene marcas, ¿verdad? ¡Fíjate si sabe! Pues, ahí, en el lugar más sensible, ella me arrancaba los pelos de a cuatro, y eso me hacía aún más daño que

las agujas... Pero, sobre todo, lo que Charlotte no podía mirar era cuando mamá dejaba de tocarme para morderme.

—¿Morderte el sexo?

—Sí. Los labios. ¡No sabes el daño que hace! Las últimas veces, me los mordió hasta hacerme sangre y entonces...

Ricette se colgó de mi cuello como para excusarse ella misma, y, tras un silencio, dijo:

—¡Oh! ¿Y qué? ¡Ya conoces a mamá! Ya te lo he dicho, no es una puta, es como un cliente putero. Mientras me chupaba la sangre, se volvía como loca, habría necesitado a Charlotte que había huido... Entonces, mamá se tocaba apretando los dientes y yo sentía aún más miedo que daño. Me decía: «¡Cuándo se corra, me arrancará un trozo!...». ¡Oh y además, qué más da! Ya he hablado demasiado, puesto que no entiendes nada de esas cosas.

—No lo bastante, si quieres que entienda. Así pues, tu madre te enseñó el arte de gozar mientras sufres, y te lo enseñó tan bien que ahora necesitas sufrir mientras gozas, ¿no es así?

—Sí, es así. ¡Mira, voy a decirte una cosa más! ¿Sabes cómo me hago una paja en la mesa?

—¿Te haces pajas en la mesa?

—¡Cómo si no supieras que nos hacemos todas una paja después de almorzar! Pero yo... ¡Ya verás cómo me gusta sufrir mientras gozo!... Me embadurno el clítoris con mostaza y me froto encima. Y, si hay salsa picante, me pongo salsa picante.

¡Es una posesa! ¡Es la peor de las tres!

Hice una última pregunta:

—¿Y qué cosas te dejas hacer por los hombres?

—¡Oh, no lo que me hace mamá! Con los hombres, sólo varas y látigos.

Iba a sonreír, pero bajó los ojos y adquirió una expresión de lo más triste.

—¡Pobre Charlotte!... ¡Si nos vieras una al lado de la otra en esos momentos!... Yo me excito y ofrezco mis nalgas. Ella llora al primer latigazo; entonces, como la quiero bastante, ya no puedo más... Y ya no nos cogen a las dos juntas... Pero me cogen con mamá, porque, para eso, mamá y yo somos iguales, ya lo sabes.

—¿Ya lo sé?

—¡Oh!

Mauricette lanzó un grito de toda su sinceridad herida, como si hubiera mentido. Y, de pronto, con el busto erguido, sentada sobre los talones, y las rodillas en las manos, preguntó:

—¿Es que también tengo que decirte eso? Anteayer, mamá volvió a casa diciendo: «Me ha cogido por los pelos del coño y me ha hecho tanto daño que he estado a punto de correrme».

—¡Si crees que lo hice a propósito!

—Y me ha dicho esta mañana que había conseguido que la pegaras, pero que era más difícil que...

—¡Oh!, no tienen nada que ver unos puñetazos en el hombro con la flagelación.

—¡Para ti! ¡Para ti! Pero no para mamá. ¿Cómo? ¿Te has acostado tres veces con ella y no sabes aún lo que le gusta?

—Sus hijas.

—¡Vaya, has acertado! Cuando la azotan, necesita debajo a una de sus hijas. Pero, entonces, se le puede hacer de todo. Es espeluznante. Grita, goza, me llena de sangre el pelo y de leche la cara...

Mauricette, despeinada, se interrumpió, agitó la cabeza y se abalanzó sobre mí.

—Si es verdad que me quieres, si es realmente verdad, ocuparé su lugar, me pondré sobre ella y me encularás en mi sangre mientras mamá me hace una paja. Esta vez, le tocará a ella tener mi sangre en el pelo y mi leche en la cara, mientras tengo yo tu polla en el culo...

Jamás había visto a Ricette tan exaltada y creí que había llegado al paroxismo, cuando, en realidad, esa exaltación aumentó más aún ante un nuevo hallazgo.

—¡No! —exclamó—. ¡Me desvirgarás montándome encima del rostro de mamá!

¡Y dijo aquello en un tono! En un tono que me reveló en aquel momento qué significa recibir una orden.

Siguió con una voz tajante y cálida a la vez:

—Preferirías joder conmigo a encularme, ya lo sé. Yo tengo ganas de que me encules, de hacerme una paja y de que me hagas daño. Pero, como a ti te gusta joder joderás. He entendido mejor que tú por qué no has querido: es que tú no compras virgos y, como el mío está en venta, tampoco quieres robarlo. ¡Pues no, mi virgo no

está en venta! Esta noche le diré a mamá que lo regalo y que ya sabrá a quién, puesto que tendrá la boca debajo.

Sacudiendo la cabeza y el pelo, sonrió y tuvo en aquel momento una explosión de sinceridad que me reveló lo que no podía sospechar.

—¿Crees que dirá que no? ¡Ja! ¡Se pondrá muy contenta, la muy zorra! Cuando le diga que me desvirgarás encima de ella, cuando me vea sangrar, cuando no pierda ni una gota, cuando tenga la cara llena de leche y de sangre, se masturbará durante catorce horas seguidas... Ya te he dicho que la quiero bastante. Sí, me gusta su lengua, su dedo, su cuerpo; excita mi temperamento de cliente putero. También te dije que tampoco ella era una puta. Pues, no, no lo es; lo que sí es muy zorra.

El arrebató de Mauricette me sorprendió quizás menos que el de Charlotte. Era ante todo para mí una repetición, aunque bajo otro punto de vista, como lo es también para usted. Las memorias suelen ser más monótonas que las novelas: hay que perdonar los errores profesionales que comete la vida y que lamentamos, ¡porque sabríamos tan bien, de un plumazo, arreglarlo todo!, la mina iguala al lápiz, decía Ingres. Esta frase de dibujante debería ser dogma para los novelistas; pero no debemos atribuirla a los memorialistas.

Además... habría que haber conocido a las dos chicas... Ofrecían una serie de contrastes que usted no tendría la paciencia de escuchar si yo tuviera la de contarlos. A sus quince años, Ricette pifaba en las palabras, mientras que Charlotte, a los veinte, languidecía en ellas. La precocidad más joven dejaba menos lugar a sorpresas que el aspecto desvaído, pasivo, de la triste Charlotte.

De cualquier manera, no me creí autorizado para guardar un silencio distraído y dedicarme a un ejercicio de psicología comparada.

Tenía que contestar. Había esperado ya demasiado.

Una joven había venido a ofrecerme su virginidad, como si de oro, mirra e incienso se tratara —¡eterno malentendido!—; las chicas se engañan un poco acerca del placer que nos produce recibir semejante regalo; y los chicos pocas veces comprenden que, si las vírgenes, por un error que no es debido más que a la inocencia, sueñan que su regalo vale todo nuestro amor, es porque *ellas* nos ofrecen con él todo su amor que bien vale el nuestro, por no decir

más.

Así pues, había probado a aquella joven que una imprudencia nos separaría para siempre, y ella había descubierto la manera de arreglarlo todo. Manera extravagante, es cierto, como un teorema de geometría en el espacio, pero irrefutable a primera vista, a no ser para aquellos principios de castidad que ya no podía sin audacia, o más bien sin ponerme en ridículo, invocar en defensa mía. Contesté que sí, con todos los besos de ternura, de solicitud, de reconocimiento que suelen repartirse en tales casos.

La serenidad de los comentarios que acabo de expresar aquí, extendiéndome demasiado por distracción (porque esa historia no me excita nada, prefiero decírselo, y escribo esas páginas con la misma tranquilidad que si le contara cómo aprendí gramática griega)... Estoy incluso tan distraído que empiezo una frase sin poder terminarla, lo cual no me había pasado nunca. Debido a la belleza del hecho, no la tacharé.

En fin, probablemente habrá usted olvidado que dejamos a Mauricette en pleno delirio. Mauricette, convertida en bacante, despeinada, color púrpura, en convulsiones, escupiendo insultos atroces contra su madre y obscenidades que no hubiese dicho jamás una hora antes.

Mi «sí» cambió de polo su corriente nerviosa. Contrariamente al filósofo de la antigüedad del que habla Renán, cuyo esperma le había subido al cerebro, el deseo de Mauricette abandonó su imaginación y se apoderó de su carne.

—Tengo ganas de follar —murmuró ella—. Tengo ganas de joder porque tú jodes y porque tú me harás tomar gusto. ¿Es cierto que tragué tu leche? ¿Es cierto que he bebido leche de hombre por primera vez y que ha sido la tuya? ¿Qué es follar comparado con eso?... ¡Y no temas hacerme daño! Cuando mamá me toca, nada me hace sufrir, no siento más que su lengua, si quiero; pero tú, como más me desgarras, más gozaré.

De pronto, con la flexibilidad de la metamorfosis, levantó la cabeza y me recordó con dos palabras su verdadera edad.

—¿Quieres jugar?

—Sí, pero no a desvirgarte.

—Sí, ¡vamos a jugar a desvirgarme por dónde ya no soy virgen!
—propuso ella riendo.

—¡Qué niña eres! ¡Y qué risa tienes! ¿Cómo? ¿Será la misma Ricette que acaba de contarme historias de sangre, esperma, incesto, safismo, sadismo...?

—¿Y qué más? ¡Esas son palabras mayores!

—Tienes catorce años y medio, ¿no? No. A veces tienes treinta y nueve y, a veces, siete.

—Mamá también.

Esta respuesta me dejó mudo. Era una de las reflexiones más acertadas y más extraordinarias que había oído jamás. Me pareció que Ricette pensaba: «Eres aún más crío que yo, de lo contrario sabrías que esto ocurre con todas las mujeres, cualquiera que sea su edad». Lo pensó, pero no quiso creerlo, porque a las chicas jóvenes no les gusta mucho imaginarse más sensatas que sus amantes. Toda la excelencia que ellas les otorgan no es incluso más que una excusa para ellas para dejarse llevar por tanta perfección. Y, seguras de asumirla ante sí mismas, nos cubren de cualidades por el mero placer de mostrarse generosas...

Dicho esto, Mauricette volvió a su idea:

—Tú me habrás desvirgado de tres virgos, dos. Hubiera querido darte también el tercero... o el primero... el que ya no tengo... el que dejé que vendieran... en fin, el virgo de mi trasero... ¿entiendes lo que te digo?

—¿Y quieres recuperarlo? ¿Con qué? ¿Con alumbre?

—¡Oh, qué cabrón eres! —contestó ella riendo—. ¡No creas que mi virgo de delante está recompuesto! Los virgos zurcidos son muy caros; no se regalan.

Rio a carcajadas de lo que acababa de decir. Luego, frotándose contra mí con todo su joven cuerpo, volvió a ponerse, con pocas palabras, en un estado intermedio entre la grosería y la lascivia: dos palabras casi sinónimas.

—Vamos a jugar. Olvida que me has dado por el culo anteayer. Olvídalo.

—Ya no me acuerdo en absoluto.

—Soy una niña sola. Mamá no está. No sé nada, ni tan sólo lo que es una polla. Tú eres un sátiro y vas a violarme por el culo.

—¿Violarte?

—¿Quieres jugar sí o no a eso? ¿Por qué me mandas siempre a paseo cuando te propongo algo? Y digo «a paseo» porque soy una

puta. Si fuera toda una señorita, diría que me mandas a la mierda.

—Mi querida Ricette —contesté yo riendo—, no me vengas ahora con que eres una puta. Jamás he entendido mejor tu pequeño temperamento de putero: eres tan viciosa como un viejo juez. Pero yo soy incapaz de violar a una mujer. La resistencia me hiela en lugar de calentarme. ¿Jugar a violar? ¡Vaya juego!... Intentemos... ¿Y si fallo? Me sabría muy mal, te enfadarías y...

—¡Pero no se resisten las vírgenes a las que se viola! —contestó Mauricette que se impacientaba—. Haré como ellas, haré como si llorara sobre mi brazo y abriré las nalgas.

—¿Y en qué notarás que te violó?

—¿En qué lo notaré? —dijo apretando los dientes—. Jamás me hice dar por el culo en seco; tú me lo harás, ¿y me preguntas en qué notaré que me violas? ¿Cómo podría imaginar que me desvirgas?

—Entonces, repíteme que así lo quieres, que es tu voluntad. De lo contrario, te aseguro que no podré.

—¡Lo quiero! ¡Lo quiero! ¡Lo quiero! —dijo ella suavemente, los ojos muy abiertos—. ¡Viórame por el culo! ¡Y como más te diga que me hace daño, más querrá decir que te quiero!

¡Me resulta realmente muy penoso contar la escena que siguió con todos los detalles! No puedo. Me da vergüenza. No tenía el más mínimo asomo del vicio que Mauricette me pedía que satisficiera. Me había ocurrido pegar a mujeres que querían que lo hiciera, pero no es nada, nada, comparado con el recuerdo que cinco minutos de enajenación...

En fin, cuando hube «violado» a Mauricette, sentí por la carne más que por el pensamiento, cuán necesarios eran para su voluptuosidad el placer y el dolor. Recordé la última de sus confidencias, o de sus tentaciones, y, al igual que hubiera apenas rozado a una mujer sensible a las caricias, magullé los labios tan tiernos de aquella virginidad que ansiaba ser mordida. Los magullé entre mis dedos, lentamente, mucho tiempo y sin duda con mayor crueldad que Teresa los habría mordido, porque, tras unos minutos de un aguante y de una excitación sexual igualmente extraordinarios, Mauricette estalló en sollozos. No olvidaré jamás aquel instante de mi vida. No fue más que un instante. Inmediatamente después, sin dejar de sollozar, volviéndose para abrazarme, me dijo, me gritó, su boca en la mía, cubriéndome de

besos:

—¡Perdóname! ¡Perdóname por llorar! ¡Perdóname!... Pero ¿quieres callarte? ¡La que siente vergüenza soy yo!... ¡Ah, qué bien me torturabas! ¡Qué bueno era! ¡He gozado como si me muriera! Y luego... no sé por qué... me puse a llorar como un animal. Es que... Es que también...

La oía jadear como si se fuera a sofocar; luego volvió a sollozar, me apretó contra ella con todas sus fuerzas y, en un tono admirable, encontró este grito de amor:

—¡Nadie jamás me ha hecho tanto daño como tú!

12

Habían transcurrido treinta horas desde la escena anterior. Teresa y sus hijas habían pasado la noche en un barrio de las afueras, en casa de una parienta también un poco puta, y, por lo tanto, encantada de recibir las. Pero yo ya sabía que, tras una larga discusión en la que habían tomado parte las cuatro, Teresa se había rendido a las exigencias de Mauricette.

Tal como lo había previsto Mauricette, Teresa había exclamado:

—¡Hija mía, prefiero chuparte el virgo que venderlo! Prefiero abrir la boca debajo que pedir dinero a ese chico. De todos modos, no importa. Te lo recompondré. Regala el verdadero, y nosotras venderemos el falso. ¡Así todo el mundo quedará contento!

Este tipo de regalos suelen costar muy caro a los que lo reciben de esta manera. Los moralistas concuerdan en este punto: cuando un joven se deja regalar por una madre la virginidad de su hija que esperaba vender, se ve en la obligación de regalar a su vez un bonito anillo a la joven, algo de la misma importancia a la madre y a rendir una acción de gracias a Dios.

Si la joven tiene dos hermanas, es más divertido, pero todavía más caro. Tanta suerte así triplicada podría arruinar en seis semanas a un estudiante.

Pero así como los jóvenes que pagan conservan la amargura de haber sido engañados, los demás sienten un inmenso placer en gastar voluntaria y libremente con aquellas cortesanas no calculadoras que lo dan todo, lo arriesgan todo, parecen no prestar atención a nada y deber cada día una ternura más. ¡Ah!, cuánta delicadeza despliegan ellas cuando reciben lo que no habían

esperado, aumenta su reconocimiento como para borrar el nuestro y, con suprema sensibilidad de tacto, no moderan su sorpresa más que ante nuestros regalos.

Teresa me había citado esta vez en su casa cuya decoración acababan de terminar. Atravesé pues el rellano a las diez de la noche.

¿Conoce usted situación más digna de compasión que la de un joven mimado por cuatro mujeres, a las cuales dijo «te quiero» y a las que no puede saludar, como suele hacerse al llegar de visita, con respetuosa y lejana cortesía, porque las cuatro están desnudas y esa misma desnudez incita a mayores efusiones?

Cuando las hube besado a todas tocándolas de tal manera que la moral cristiana no aprobaría, pero que las mujeres desnudas suelen aceptar con satisfacción, Teresa cogió a Mauricette por los hombros y me preguntó sin más miramientos:

—¿Es cierto que has conseguido que esta niña te chupe la polla, que te has corrido en su boca y que ella se lo ha tragado todo? ¡No había bebido nunca! ¿Eres brujo, o qué?

—No, pero es más fácil con ella que con su alteza, señora.

Mauricette se quedó encantada con mi respuesta. Y Teresa, las manos en la cadera, siguió de buen humor:

—¡Lo que hay que oír! ¡Yo, que he chupado a tres mil hombres en toda mi vida!

—¡A este no! —intervino Lili—. Eres la única de la familia que no sabe a qué sabe su leche. ¡Incluso Ricette lo ha chupado antes que tú! ¡Es extraordinario!

—Y ahora quieres desvirgar a esa niña —siguió Teresa.

—¡Lámala una niña! —repitió Lili—. Si yo tuviera tantos pelos en el vientre como ella entre las nalgas...

—¡Cállate ya, pedazo de alcorcho! Es algo muy serio una virginidad. Mira a Charlotte a ver si tiene ganas de reírse.

Charlotte que retenía sus lágrimas se arrojó en llanto encima de un sofá. Aproveché la ocasión para sentarme a su lado y susurrarle unas palabras de afecto. Daba tanta pena... Pero Teresa me interrumpió:

—¡Déjala en paz! ¡No conoces a Charlotte! Cuando haya terminado de llorar se hará una paja y, cuando haya gozado, tendrá otra vez ganas de llorar. Es así de la mañana a la noche; creo que

goza lágrimas y llora leche. ¡Mira, mira! ¿Qué te decía?

—¡Oh, si os ponéis a mirarme todos...!

Lánguidamente, deslizó una mano en un cajón del que extrajo dos consoladores que se metió, uno tras otro, por delante y por detrás; luego, se tumbó otra vez en el sofá, con los muslos muy separados, volvió a mover el dedo y dijo con una sonrisa triste en los labios:

—¿Os divierte más así?

La dejamos en paz. Teresa volvió a coger a Mauricette por los hombros, le arregló un poco el pelo, le enderezó la espalda como si la preparara para ofrecerla a un rico armador y repitió:

—¡Conque quieres desvirgar a esta niña de catorce años!

—Sí, se lo he prometido. Tenemos una dispensa del arzobispo.

—¿Y qué me prometes tú a mí, si te la entrego?

—No tengo la menor idea. Dilo tú.

—¿No irás a hacerle un crío a esta niña? Se corre como una posesa. La engancharías a la primera, ¿me oyes? ¡Ojo con lo que haces! Yo tendré la cara debajo, y si le tiras una sola gota de tu leche, te castro.

—¡No digas eso! Seré bueno, lo juro.

—¿Y qué haremos para que te corras tú después?

—La elección no es fácil...

—¿Mi boca? ¡Sería la ocasión!

—¡Ah! —exclamó Mauricette—. ¡Estaba segura! ¿Y sabes por qué? ¡Porque tendrás la polla roja de sangre!, —y dirigiéndose a su madre—: Ya le había dicho yo que no perderías ni una gota, que me meterías la lengua por el coño y que acabarías con la boca llena de sangre y de leche.

—¿Qué? ¿Ya estás listo para desvirgarla? —me preguntó simplemente Teresa.

—¡Oh, sí! ¡Ahora! —exclamó la joven—. Mamá, déjame decirle algo a él solito.

Para estar más segura de hablarme en secreto, Mauricette me llevó a otra habitación y cerró la puerta. Dejo a su criterio el imaginar si nos besamos o no.

—¡Será mi noche de bodas! —dijo ella coqueta.

—La mía también.

—¿Me quieres un poquitín? ¡Yo te quiero tanto!

—Te quiero con todo mi corazón.

—¿Me harás daño?

—¡Mauricette!

—¡Dime que me harás más daño que ayer! ¡Mucho más que ayer! ¡Rómpelo todo! ¡Descuartízame! ¡Hazme sangrar como un cerdo!

Seguía hablando de este modo, cuando se abrió la puerta. Entró Teresa y, al oír la última frase de Mauricette, comentó:

—¡No os excitéis tanto, hijos míos! No os casaré hasta las doce.

—¡Oh! ¿Por qué? —contestó Ricette enfadada.

—¡Sois realmente muy críos los dos si no entendéis por qué!

Y, como mi educación le interesaba menos que la de su hija, Teresa se dirigió a Ricette:

—¿Cómo? ¿Una chica mayor como tu no sabe aún que los hombres se retienen la primera vez con menor facilidad que la segunda? ¿Crees que van a desvirgarte como se perfora un aro de papel? ¡Desde el tiempo que te meten el dedo en el coño deberías saber que, si eres todavía virgen, es porque te coloqué un virgo de cuero, como el del culo!

Ricette se puso roja, un poco picada por el hecho de que la regañaran delante de mí; pero Teresa no había terminado:

—¿Qué ocurriría si os dejara hacer tranquilamente? O bien, tras cinco minutos de esfuerzos, él se correría en los pelos y habría sido un fracaso, o bien se pondría tan nervioso por tener que retenerse que, en el momento en que penetrara... ¡Mira! ¡Ah! ¡Mira! Eso es lo que haría... le cortarían los huevos, aunque fuera demasiado tarde. ¿Lo has entendido?

Era la voz de la sabiduría con un vocabulario que, pese a no ser el propio de un sermón, denotaba fuerza e incluso cierta elocuencia. Al gritar «¡Mira! ¡Ah! ¡Mira!», Teresa ignoraba sin duda que introducía en su discurso una prosopopeya, pero no es preciso conocer los nombres de las figuras de la retórica para ponerlas, al igual que Bourdalou, al servicio de la persuasión.

¿La apostrofe, la hipótesis, la exhortación o la prosopopeya? ¿Qué elemento de su discurso habrá sido más Convincente? No lo sé. Ricette bajó la cabeza y se limitó a preguntar:

—Entonces, ¿quién tendrá el primer polvo, si yo sólo tendré el segundo?

—Volvamos. Echaremos suertes.

¡Oh!, esta vez la respuesta carecía de toda retórica.

Mauricette se puso furiosa y pasó enseguida a los peores excesos lingüísticos.

—¡Ah! ¿Por quién me habéis tomado las tres? ¡Es mi amante! ¡Yo lo he encontrado! ¡Yo he sido quien le ha hecho correrse primero! He sido leal y cometí la estupidez de decíroslo. Y, desde hace tres días, no hacéis más que encharcaros de leche encima de él. Y, esta noche, cuando va a desvirgarme, ¡aún tendré que recibir los restos!

Como Teresa sonreía sin emoción ni sorpresa, Mauricette, loca de ira, montó una escena terrible. Las palabras superan los actos. Jamás imaginé que una chica, por muy formada en el vicio que fuera, pudiese decir semejantes palabras a su propia madre. Pronunciaba de una forma inconexa, en voz baja y temblorosa, todos los posibles ultrajes, sin pensar en lo que decía, descabelladamente, por el puro placer de insultar, con el mismo desorden y la misma incoherencia con que los insultos acudían a su cabeza.

—¡No me toques! ¡Vete a la mierda! A la mierda, ¿entiendes? Y me iré esta misma noche. ¡Vete al carajo, zorra, cerda, pajera, marrana, rufiana! ¡Putas más que putas! ¡Ah! ¿Conque no te gusta que te llamen así? ¡Putas! ¡Putas! ¡Putas! ¡Putas! ¡Putas! ¡Putas! ¡Putas! ¡Putas! ¡Putas! ¡Putas! ¡Putas! ¡Putas! ¡Putas! ¡Hija de puta! ¡Madre de putas! ¡Putas de tortilleras! ¡Pajera de putas! ¡Yo no soy una puta! ¿Me oyes? ¡Soy virgen, yo! Has dejado que tu puta madre vendiera el virgo, pero yo no soy tan imbécil como tú. ¡No te dejo que me vendas el virgo, lo regalo, yo! ¡Mira, míralo bien, cochina rufiana! ¡Míralo, desgraciada! Querías dos mil francos por eso, ¡pues no tendrás ni un duro! ¡No tendrás más que leche y sangre en la cara!

De pie, los muslos separados, la cabeza hacia delante, abría con las dos manos los labios de su sexo. Luego, volvió a cerrarlos y habló rápido, con la misma voz sorda y llena de odio:

—¡Si, ya estoy harta de enseñar mis tetas en tu burdel de enculadas! ¡En tu burdel de chupadoras y de putas-vale-todo! ¡Estoy hasta el gorro de ver cómo en la mesa te mondas los dientes para quitarte un hilo de leche con la punta del palillo y te ríes porque ya

no sabes ni de quién la has mamado! ¡Estoy harta de dormir en sábanas en las que no queda un solo lugar seco porque toda tu casa de putas, puteros, chulos, tortilleras y putas se ha corrido en ellas! ¡Estoy harta de encontrar encima de mi tocador toallas llenas de mierda en las que se limpian tus queridos! ¡Cerde! ¡Basura! ¡Pedazo de mierda! ¡Camello! ¡Hija de puta! ¡

Lame-culo

! ¡Cara de meadero! ¡Lame-picha! ¡Come-mierda! ¡Come-viruela! ¡Cuenta conmigo ahora, marrana! ¡Cuenta conmigo para rizar los pelos de tu coñazo, o para pasarte el pinta-labios por el agujero del culo! ¡Ya no quiero tu lengua, ni tus sucias tetas para sonarme! ¡Y me cago en ti! ¡Me cago en ti, mamá!

Esta última palabra, «mamá», hizo estremecerme.

Mauricette estuvo a punto de correr hacia mí, pero, al ver el estupor con el que la escuchaba, dio media vuelta y fue a arrojarle en la cama, la cabeza en la almohada.

A lo largo de esta escena espeluznante, no había mirado más que a Mauricette. Cuando levanté las manos para impedir a Teresa que matara a su hija, como creía que iba a hacer, la vi tan tranquila como si hubiera dirigido una obra de teatro. Aplaudía con la punta de los dedos para simular sin ruido una ovación y me dijo en voz baja con una ancha sonrisa, sorprendida de mi palidez:

—¿Es que no entiendes lo que quiere?

En efecto, ¿en qué había estado pensando? La verdad es que no pensaba. Pero la frase era muy clara, y contesté precipitadamente:

—¡No! ¡Oh, no! ¡No delante de mí!

—Bueno, vete, déjame sola con ella.

—¡No, esta noche no! ¡Esta noche no!

Teresa lanzó un suspiro, y con una paciencia poco usual en ella, me dijo entre dientes:

—¡Ah, los enamorados!... ¡Bueno, pues quédate tú! Pero sé bueno, ¿lo prometes?

Y me quedé sólo con Mauricette.

Hubo veinte minutos de entreacto. Luego, volvimos al cuarto de al lado y, sin entusiasmo, pero tampoco sin enfado alguno, madre e hija se besaron como si no hubiese ocurrido nada.

Y, al igual que una alumna aventajada de Conservatorio pasa de la tragedia a la comedia, Mauricette, tan alegre ahora como furiosa

lo había estado hacía un rato, improvisó un pequeña representación de feria con extraordinaria facilidad de palabra:

—Señora, señoritas, he aquí la joven salvaje que habéis visto anunciada afuera. Se presenta ante ustedes desnuda, según la moda de su país de origen. Nada es falso ni trucado; cojan el objeto en sus manos, verán que los muslos no han sido rellenados y el vientre, señoras, es de auténtica piel de virgen; hay un poco de crin en las nalgas, pero es para lograr un mayor efecto. ¿Quiere usted palpar las tetas, señorita? Toque, *no* cuesta nada. Estire de los pelos, no están pegados, tampoco los del coño, ni los del brazo. Es la auténtica, la inimitable, la célebre Mauricette, cuyo nombre figura en todos los carteles.

Esta joven salvaje, señoras y señor, tiene extraordinarias peculiaridades. Hace el amor con el culo... ¿No lo ha entendido aún, señorita?... Cuando un hombre se empina a su lado, ella no jode como usted, no; se vuelve de espaldas, coge delicadamente la polla del hombre y se la mete entre las nalgas, como todas las mujeres de su familia, ¡lo cual no le impide correrse mejor que usted, señorita, con su coñito sin pelos! ¿Por qué os troncháis de risa? Cuando alguien se ríe delante de la salvaje, ella se vuelve rabiosa y come a las niñas debajo del vientre.

Lili estaba enferma de risa. Charlotte también reía, pero la más feliz de las tres era Teresa. Era evidente que la escena anterior no había tenido para ella la menor importancia. Mauricette, animada por el éxito, reemprendió su monólogo:

—La salvaje que tienen ante ustedes, señoritas, lleva su virgo entre las patas. No puede verse, porque la cintura de esta mujer está demasiado arqueada debido a la costumbre que ha adquirido de enseñar el trasero. Pero, por un modesto suplemento de cincuenta céntimos por persona, les enseñará el fenómeno de cerca... ¿Todo el mundo ha pagado?... Tenemos el honor de presentarles el virgo de la salvaje. Acérquense. No tengan miedo. Es muy rojo, pero no es malo. La joven indígena se entrega a la masturbación con los feroces refinamientos de las jóvenes caníbales; se unta la punta del dedo con mostaza para tocarse y entonces... ¡Oh, señora! ¿Acaso creía usted que su virgo se ponía rojo por pudor? No, es el

onanismo lo que lo vuelve rojo. ¡No toquen! Y ahora, señoras y señor, escuchen el programa de la sesión.

Al final del espectáculo, solemne desvirgue de Mauricette ante el amable público. La joven salvaje se presentará ante ustedes encorvada hacia el suelo... ¿Eso la indispone, señorita? Las jóvenes a las que se encula suelen ser muy aficionadas a esta posición. Se presentará, pues, encorvada hacia el suelo encima de la cara de su madre, rodeada de sus dos hermanas emocionadas, que sollozarán, se harán pajas, se besarán, gritarán...

Pero eso no es nada, señoritas. Empezamos la representación con un número inédito, un ejercicio nuevo que la célebre Mauricette estrenó ayer y que hoy presentará por primera vez en público.

—¿Chupar? —gritó Lili aplaudiendo—. ¡Oh, eso, para Ricette, es aún más extraño que perder el virgo!

—Sí, señoras, el cartel de la puerta no las engaña. Por primera vez, la joven salvaje va a chupar en público a un hombre. En lugar de hacerle correrse por los aires, ella lo dejará gozar en su boca; y, en lugar de escupir como lo hacéis vosotras (¡eso está muy mal, señoritas!), la célebre Mauricette tragará la leche relamiéndose con una graciosa sonrisa para tener el honor de agradecerles.

—¿No crees que nació para el circo? —me dijo Teresa muy orgullosa.

Sin duda alguna, pero también era la única de las tres en haber aprendido el idioma en un internado y la única, por lo tanto, con suficientes conocimientos como para otorgar a su número un aire de escandalosa bufonada.

Muy alborotada, Mauricette se acercó a mí y me susurró al oído unas palabras. Le contesté: «Si quieres».

Entonces, en voz alta, delante de mí y de sus hermanas, le brindó a su madre algo así como una honrosa gratificación:

—Hace un rato me porté como una cerda contigo, mamá. Si te parece, haremos las paces así: él te follará antes a ti.

—¿A mí? —exclamó Teresa.

—Sí, encima de mí; como, después, yo encima de ti. Y haré que te corras en mi boca, mamá; así, recibiré tu leche junto con la suya.

—¿No ves? ¡Qué monada de hija tengo! —me dijo Teresa abrazándola—. ¿No ves cómo la conozco mejor que tú?

La obscenidad con la que Teresa abría su grupa, encorvada como una perra, no me era ya desconocida. En realidad, como una perra es decir muy poco. Como una osa sería más apropiado. Por detrás, era toda pelos. Como tenía nalgas muy hermosas y muslos muy bien formados, nadie se atrevía a reprocharle mentalmente que fuera más peluda que las demás mujeres, y, de no ser por la impúdica posición en que se encontraba, habría sido más acertado creer que más bien quería imponer una estética.

Pese a la reserva y a la modestia de mis ejercicios amorosos —y de mi lenguaje—, mis escrúpulos de moralista no van hasta impedirme follar a una madre encima de su hija y desvirgar a la hija encima de la madre. No lo hice más que una vez, pero volvería con gusto a hacerlo si la ocasión se presentara. Me dirigiré ahora unos minutos a la joven que lee este libro y le diré lo que le habría dicho Mauricette: «¿Eso la indispone, señorita? Mire, si su madre tuviera treinta y seis años, si fuera hermosa, si la quisiera lo suficiente como para hacerle lo que les hace a sus amiguitas, usted comprendería la escena que sigue... Y si usted es una ingrata, si usted no ha concedido jamás con la punta de la lengua un estremecimiento de placer a las carnes que tanto sufrieron para traerla al mundo, avergüéncese de eso y no de lo que está leyendo». Acepté, pues, a Teresa encima de Mauricette e incluso debajo de ella. Su papel no me parecía en absoluto superfluo ni desagradable. Pero habría eliminado a gusto los papeles de Lili y Charlotte. No servían, en aquella representación, para nada. Charlotte me molestaba con su emoción, Lili con su risita y las dos con su

incesante parloteo, su curiosidad, sus consejos, o simplemente con su presencia. Las habría mandado al diablo durante un cuarto de hora.

Describamos primero el grupo que formábamos.

Ricette se tumbó de espaldas, Teresa se colocó encorvada en sentido inverso a la cara de su hija y se ofreció a mí en la posición que he descrito un poco más arriba.

El safismo doble y simultáneo no es siempre apreciado por las lesbianas. Sólo el hombre que jode puede, sin perder la cabeza, dar voluptuosidad gozando de la suya a la vez. Cuando se acerca al placer, la mujer es incapaz de controlar el espasmo que quisiera dar a cambio. Así pues, de dos amigas que se satisfacen en sentido inverso, sólo una de ellas goza; pero, como el corazón de las mujeres condenadas se parece al de las santas, la lesbiana que hace gozar y que no recibe nada a cambio es la más feliz de las dos.

Otra noche, y en la misma posición, la lengua de Teresa habría puesto en un minuto a Mauricette fuera de combate. Pero, aquella noche, en cambio, nadie tenía prisa. Teresa no repartió más que vagos besos y dejó a Ricette en plena posición de sus facultades activas.

Esperé...

La pequeña separaba con las dos manos los pelos y los labios; incorporaba la cabeza con evidente esfuerzo, precipitaba y apoyaba su lengua todo lo posible para adelantar el momento en que me diría... (pues fue ella quien me lo dijo):

—Córrete ahora.

Las largas gotas de lluvia que anuncian la tormenta empezaron a correr por las mejillas de Mauricette. Cuando estuve preparado, Lili no pudo evitar exclamar en voz baja:

—¡Oh, mira a mamá, está jodiendo!

Me introduje fácilmente, no temiendo más que una cosa: que la fogosidad de Teresa me impidiera controlarme. Pero Teresa no olvidó ni un instante que ella no estaba allí para divertirse y que no era más que una maestra de posiciones y movimientos. Por lo tanto, dio preferencia a la pedagogía sobre la diversión. Todo ello, por supuesto, en su consabido estilo ordinario:

—¡Mira, hija, mira cómo te lo doy! ¿Has encontrado mi pito? Ya ves cómo los cojones no te molestan y que tu lengua me toca...

Luego, harás como yo, irás al encuentro de mi lengua sin moverte demasiado, ¿me entiendes? Si, en este momento, no me controlara, te golpearía con el culo por todas partes y perdería tu lengua. Tengo unas ganas de correrme que me parte el trasero en cuatro; tengo también una polla muy zorra que se equivoca de agujero... y me da por delante. ¡Mira! Verás cómo puedo gozar sin moverme...

En efecto, permaneció quieta, estremeciéndose, y, poco a poco, se quedó inmóvil. Mauricette quedó inundada. Yo también; pero no pude retirarme sin haber perdido lo necesario para la segunda parte del programa.

Es curioso: la segunda parte le interesó a todo el mundo mucho más que a mí y puso a las cuatro mujeres en un estado de excitación que no pude alcanzar, yo quien, no obstante, estaba en situación privilegiada.

Charlotte y Lili se empujaban para mirar, hablaban sin parar y se ponían siempre más pesadas.

Mauricette, roja y agitada, se limpiaba la cara que su madre acababa de regar, pero no podía controlar su llanto. Estaba doblemente emocionada, se sentía doblemente debutante tanto por el acto que iba a intentar realizar como por el espectáculo que ofrecía:

—Tengo miedo y tengo ganas de gozar —dijo—. Me da miedo fracasar.

—Al contrario —la tranquilizó Teresa—, como más ganas tengas de tener éxito, mejor lo lograrás. Para mirarte no puedo chuparte, pero ¿quieres que te toque con el dedo?

—Sí, mamá.

—Y, si quieres otro consejo de tu madre, déjame ponerte, pequeña salvaje, un poco de mostaza en el culo.

—¡Oh! —exclamó Ricette entornando los ojos—. Me volveré loca... No me hagas la paja hasta el final... Tócame despacio, ¡no me hagas correr antes que él!... Ya te haré una señal.

Giró sobre sí misma y, mientras su madre salía de la habitación, se arrojó tiernamente a los brazos de su hermana mayor con un «¡Oh, Charlotte! ¡Charlotte!», como para pedirle toda su indulgencia y su aliento. Charlotte, en realidad, le habría dado eso y mucho más por nada; pero Ricette quiso merecerlo. Tras intercambiarse un beso lengua con lengua, Ricette le propuso:

—¡Charlotte querida, dame también un poco de tu leche! Empujando a su hermana en el sofá, le deslizó los labios entre los muslos:

—¡Vaya! —dijo Lili—. ¡Cuándo tengas todas esas leches en la boca, acabarás teniendo un niño!

Pero aquella vez sólo me reí yo. Teresa que volvía y sus otras dos hijas estaban demasiado excitadas como para cambiar de expresión.

Ricette se sometió al consejo de su madre. Sin ayuda de nadie, se inclinó hacia adelante, ahuecó la grupa, abrió las nalgas y se dejó untar de mostaza por su madre, como lo hacen los ganaderos a los toros antes de la corrida. No sé qué tipo de mostaza con pimienta le puso Teresa en el ano, pero la verdad es que Ricette tuvo violentas sacudidas y, tocándose con el dedo el lugar que la abrasaba, pasándose la otra mano por la frente, gimió:

—¿Por qué me has hecho eso? ¡Ahora tengo ganas de que me dé por el culo!

—¡No con la mostaza! —exclamó Teresa.

—¡Entonces tú, o Charlotte! ¡Un consolador al menos! ¡Oh, que me voy a correr!

—¡Pues chúpalo enseguida! ¿A qué esperas?

Mauricette se precipitó hacia mí y, en el momento de empezar, me dijo con su voz la más ardiente:

—De todos modos me darás por el culo esta noche, ¿verdad? Antes de desvirgarme, ¿quieres?... Me quitaré la mostaza, no notarás nada... ¡Ah, pero si me ha metido fuego en el culo! ¡Oh, qué ganas tengo de una polla ahí!... ¿Qué es eso?... ¡Ah! ¿Eres tú?

Su madre le había introducido un consolador que seguía sujetando con la mano. Ricette se levantó. No pude ver si se sentía aliviada o aún más irritada, pero gritó: ¡No necesitaba eso para querer tu leche! ¡Ayer, no tenía nada en el culo cuando te has corrido en mi boca! ¡Díselo a mamá!... ¡Déjame beber tu leche otra vez! ¡Rápido, tengo sed! ¡Dámela!

Me cogió con tanta voracidad que sentí más sus dientes que sus labios. No quise decírselo delante de la joven Lili, porque esta se habría burlado de su inexperiencia, pero apresuré mi goce y no olvidé avisarla a tiempo.

Mauricette, color púrpura, terminó brillantemente aquel

trabajito que realizaba por primera vez en presencia de su familia y que, para ella, según Lili, era «más extraño que perder el virgo». Por desgracia, dio por segunda vez prueba de su inexperiencia al querer, por exceso de celo, prolongar aquel servicio más allá de lo que mis nervios podían soportar. Pero, ya por entonces, la pobre pequeña no sabía lo que hacía. Teresa, no había dejado un segundo de tocarla con su dedo, había dirigido, retenido y luego provocado el espasmo de Ricette tan pronto como hube tenido el mío, de tal forma que la joven debutante, enajenada, casi desmayada, apenas tuvo conciencia del éxito de la labor de su madre y sus hermanas.

Con una sonrisa débil, abrió la boca para que viéramos que lo había tragado todo; luego, cayó exhausta en mis brazos.

Vi primero a Mauricette. Llevaba un traje muy ceñido de arlequín, el mismo sin duda que Charlotte había llevado a su edad y del que tanto me había hablado a propósito de su famosa apuesta.

Charlotte, que la seguía, me llamó la atención por su rostro. Parecía encantada de «desempeñar su papel» en el doble sentido de la expresión, tras haber notado, aún más que yo quizás, cuán inútil e incluso, a veces, cuán molesta había sido su presencia. Siempre llevada por la locura de envilecerse, se había disfrazado con un traje negro, un delantal con bolsillo, una cinta roja entorno al cuello y se había peinado de tal manera que cualquiera le habría dado veinte duros por su virtud debajo de un puente. Y, por fin, Lili iba de colegiala: delantal negro y trenza en la espalda. Yo mismo parecía demasiado joven para pasar por sátiro ante ella.

Se me ocurrió enseguida pensar que jamás se podría tramar una intriga entre aquellos tres personajes y un joven protagonista, porque lo contrario me parecía descabellado, absurdo... ¡Cuánto quisiera que todo aquello no hubiese sido cierto! ¡Con cuánta satisfacción habría aceptado el papel de simple comparsa! Pues bien, ¿adivinan que sucedió? Tengan en cuenta que ni las jóvenes putas, ni las jóvenes que son menos abiertamente putas, retroceden ante lo absurdo y lo descabellado de las comedias que improvisan. Como más extravagantes son, más se divierten, y su juventud lo hace todo perfectamente aceptable.

Ricette me cogió aparte una vez más y me dijo riendo:

—¡Juguemos aprisa! ¡Tengo prisa! ¡Tengo fuego en el culo!...

Se puso a reír tan fuerte que ya no pudo seguir. No obstante,

tras un instante de alivio, siguió:

—¡No tengo suerte porque intervengo en último lugar! Después de mí, por supuesto, habrá un entreacto.

Charlotte nos interrumpió con una expresión de felicidad que no le había visto desde el principio de la noche:

—¿Sabes qué vamos a hacer?

—¡Oh, no, en absoluto! Me siento incluso curioso por saber cómo puede concebirse un drama o una comedia entre una puta callejera, un arlequín y una colegiala. ¡Qué imaginación tenéis las tres!

—No se necesita ser un genio, créeme. Compondremos cuadros, como en las revistas. Pasaremos una después de la otra.

Prefería aquello. Ustedes no. Pero, cuando te preparas para desvirgar a una jovencita de catorce años, vale más no cansar la mente. Así que dejé que las tres hermanas se repartieran los papeles e incluso otorgaran uno a la madre, aunque no estuviera disfrazada. Pero Ricette, que ya no aguantaba más y que saltaba de un pie al otro como una niña que tiene ganas de hacer pipí, consiguió que su número tuviera lugar al levantarse el telón, lo cual tambaleó todos los planes sin que por ello nadie se extrañara. ¡Qué fácil es hacer teatro así!

—Señor —me dijo—, he venido a cenar a solas con usted, pero a condición de que se porte bien.

—¿Por qué quiere que me porte bien?

—Porque estoy borracha.

—No lo está suficiente.

—Y también porque soy virgen.

—Lo es demasiado. Enséñeme eso. ¡Qué desgraciada enfermedad! ¿Hace mucho que está usted así?

—¡Ay!, señor, ya lo estaba al nacer.

—¿Sufre mucho?

—Me abrasa. Es horrible.

—¿Sigue usted algún tratamiento?

—Sí, señor. Masajes. Con la punta del dedo.

A pesar de las risas de sus hermanas, Ricette seguía muy seria. Añadió bajando la voz:

—Cuatro veces al día.

—¿Nada más?

—¡Sí, pero no se lo diré! Es un secreto de mujer.

—No lo diré a nadie.

—¿Seguro?

—Se lo juro sobre las virtudes de su santa Mauricette.

—Eso no le compromete a nada porque no figura en el calendario; fui educada cristianamente, señor, conozco las tres virtudes teologales y la historia hasta Moisés; pero, como la tal santa Mauricette no existe, no importa que diga que me cago en ella. Y no será ella quien me castigue por contarle mi secreto de mujer... ¡Uff! ¡Qué burradas digo!

¡He bebido como un cosaco! ¿No se nota, señor, que estoy trompa?

—No, en absoluto... Entonces, ¿ese secreto?

—Mamá me dijo... que, para calmar sus virgos sin perderlos, las jovencitas honradas... ¡Uff, qué calor hace aquí!... Se hacían a la vez dar masajes por detrás y por delante.

—¿Por detrás? ¿Por dónde?

Me enseñó los dientes con un aire feroz, pero lleno de alegría, que parecía decirme: «¡Ah! ¿Conque no entiendes?». Luego, readquiriendo, para desempeñar su papel, cara de inocente con la facilidad de improvisación que la caracterizaba, recitó:

—Mamá me ha hecho un traje de arlequín con una abertura de un centímetro en el lugar adecuado, entre los muslos, con el fin de que tenga el suficiente espacio para pasar mi dedo. Y, detrás, uno de los rombos se levanta. ¿Comprende, señor?

—¿Para qué puede servir?

—Me dijo mientras me vestía: «Te portarás bien, demostrarás que eres una jovencita bien educada, no dirás palabrotas, pero, cuando veas que al señor se le pone tiesa, le coges la polla, te untas el agujero del culo con mantequilla y abres las nalgas diciéndole que es la primera vez, que es vergonzoso hacer semejantes cosas, que no te atreverás a confesarlo y que te tirarás al río si tu madre llega a enterarse...». ¿Me entiende usted?

—¿No le dijo nada más?

—Sí. Al besarme cuando se despedía, me dijo: «Hazte una paja mientras te enculan, no le preguntes al tío ese donde se mea la leche en esa casa de putas; pero haz que te la chorree, hija mía, desde el trasero hasta los morros, córrete en tus bragas, vomita en

el piano, mea en la botella, gánate cincuenta francos con el culo y sobre todo no digas palabrotas...». ¿Todavía no lo entiende?

—Siempre menos. Su pudor, señorita... Esa turbación que vuelve sus palabras confusas...

Me ponía juguetón y dos veces más odioso, porque Mauricette desempeñaba su papel de maravilla. Por más alegre que estuviera de cuerpo y de espíritu, la noté a punto de tener un ataque de ira instantánea. Tuve apenas el tiempo de decirle golpeándome la frente:

—¡Ah, lo entiendo!

—¡Milagro de Santa Mauricette! —suspiró ella con paciencia.

—¿Se puede levantar ese rombo?

—¡Tú dirás!

—¿Y también mirar qué hay debajo como lo hacen las niñas de La Rochelle?

No, no había terminado. Le impedí contestarme apoyando mis labios sobre su boca. Mi juego era mucho menos divertido que el suyo y no lo había prolongado más que para seguir más tiempo escuchándola. Temía que, al primer contacto, ella abandonara la comedia, pero el amor al teatro en las jovencitas es casi tan fuerte como el placer de los sentidos, y, durante unos minutos, Ricette pudo seguir con su papel de ingenua cenando a solas con un señor en un privado.

—Le explicaré la diferencia que hay entre el vicio y la virtud. Las mujeres desvergonzadas que bailan desnudas en un escenario llevan un *cache-sexe* por delante; en cambio, las vírgenes completamente vestidas tienen un rombito que se levanta por detrás.

Y se rio de todo corazón de su hallazgo.

—Conozco mal los secretos de mujer y temo no...

—Entonces, señor, déjemelo a mí. Mamá me lo repitió varias veces: «Si tu cliente es un gilipollas, ya sabes qué hacer: jencúlate!».

Se moría de risa, pero esta vez había ido demasiado lejos. No me gustan este tipo de bromas y me objetarían ustedes en vano que una virgen de catorce años tiene derecho a un poco de indulgencia mientras se la está sodomizando. Ricette, de entrada, recibió los dos o tres cachetes que merecía. Y entonces... (olvidé dar cuenta de este detalle: la habitación era grande. Teresa, Charlotte y Lili se

agrupaban al fondo, en un sofá. Nosotros gozábamos alejados de ellas, como en el teatro, y Mauricette podía hablarme sin ser oída por las demás)... dejó de reír, giró la cabeza y me dijo en voz baja pero con ardor:

—¿A eso le llamas cachetes? Tu polla me hace más daño que tu mano. Vuelve a empezar.

—¡No!

—Sí. Escucha eso, bajito. ¿Recuerdas qué le has hecho a mamá sin querer? Cógeme los pelos, nadie se dará cuenta, creerán que me haces una paja... ¡No, esos pelos no!... Más abajo... Los de los labios... ¡Si... estira, estíralos!... ¿A qué esperas? ¡Más!... ¡Voy a correrme!...

Y me cogió ella la mano para obligarme a estirarlos como si arrancara hierba.

El entreacto no duró más que un minuto. Para concedernos un ligero descanso, Lili, vestida de colegiala, se acercó a Charlotte, vestida de puta callejera, y le dijo con un aire sospechoso:

—¿Sigues enferma? La picha de tu hermano tenía un gusto algo raro esta mañana.

Cuando Charlotte estaba nerviosa, no podía retener ni sus explosiones de alegría, ni las de llanto. Sorprendida por esta frase, rio ocultándose con la mano antes de responder. El nuevo número dio comienzo, pero en otro tono que el de Mauricette. Entre esta y las dos hermanas se notaba toda la distancia que media entre un internado y la escuela primaria. Lili lograba a veces salvarla de un salto. Su fantasía y su instinto bastaban para guiarla. Charlotte no hablaba más que el lenguaje del realismo obsceno y sentimental. El papel que aceptaba, que incluso había solicitado, no se parecía en absoluto a los personajes de Bruand. Era el de una chica cansada y cobarde, que tiene todas las servidumbres, que recibe todos los insultos y, casi santa sin saberlo, se acusa la primera de su ignominia.

Asumió, pues, un aire doloroso, mientras Lili repetía:

—Sí, un gusto algo raro.

—¡No basta con que él se haga pajas con una niña de diez años!

—dijo tristemente Charlotte—. ¡También tiene que ser ella misma la que venga a quejarse! ¡Eso no me ocurre más que a mí!

—¿Una niña de diez años? ¡Pues es mucho menos torpe que tú,

la niña! Le hizo pajas al secretario del jefe de policía y, cuando quiera, podrá pedirle que te mande al calabozo a cambio de una mamada.

—¡Ah, sólo me faltaba eso en mi perra vida! ¿Pero qué te habré hecho yo, mi niña?

—Me has hecho vaciar los cojones de tu hermano y luego te has mojado el coño con la punta de su picha.

Este nuevo hallazgo de Lili animó a Mauricette, quien se incorporó apoyándose en una mano para mejor seguir el espectáculo.

—¡Al calabozo! —gimió Charlotte—. ¡No, mi niña hermosa, ten piedad! ¡Haré todo lo que quieras sin cobrar un duro!

—¡Demasiado caro! —contestó Lili, impertérrita.

—¿Quieres ver mis pelos, mis tetas? ¿Quieres que te chupe?

El tono distanciado que asumió aquí la colegiala era tan desdeñoso y cómico a la vez que nos pusimos todos a reír, incluso Charlotte... Lili siguió sin inmutarse tras sacar de su cestito un trozo de pan:

—Úntamelo de leche. Ve al pastelero y házselo chupar. Tráemelo y dame cada día una igual para merendar en el colegio. ¡Pero no hagas tonterías! ¡No me contagies la viruela, de lo contrario esta vez sí te hago encerrar!... Di que tendré cada día mi rebanada de pan.

—¡Oh, te haré incluso dos con toda la leche que me quite para ganar cuatro duros!... Allí, debajo del puente, dejo cada noche un charco... Siempre que lo piso me caigo... ¿Es lo que quieres, mi niña?

—¡Además, quiero mirar! Mira, ahí viene un tío para ti. ¡Anda, yo me escondo!

Aquel «yo me escondo» traicionaba sus diez años. Pero apenas pude escucharlo, pues el tío en cuestión... era yo. Charlotte me dijo rápido, en voz baja: «¿Entiendes cuál es tu papel? Me metes una bronca, te dejas hacer, no se te empina, y ya está».

Repetí para mí dócilmente «¡Y ya está!». Aquel concepto del arte dramático era tan simple que me recordó más a Esquilo que al teatro contemporáneo. El número tendría, pues, tres partes... y la tercera resultaba tan fácil de representar en el estado en que me había dejado Mauricette que me resigné incluso a interpretar la

primera con la suficiente naturalidad como para satisfacer la manía de aquella pobre y hermosa Charlotte. La segunda parte me resultaba igualmente desagradable y no me veía capacitado para seguir, como el sueño de una noche de verano, a la persona que se acercaba. Así que no desempeñé mi papel airoosamente. No me avergonzaba de no tener el talento de Mauricette, pero estuve a punto de sentirme algo despechado al reconocer que incluso la simple Charlotte sabía mejor que yo interpretar su texto y emplazar su personaje. Vino hacia mí, la cabeza levantada, moviendo las caderas y me cogió por la manga.

—¿Vienes a pasar el rato, chaval?

—No.

—Ven, estoy aún por estrenar esta noche. Me he lavado el coño hace un cuarto de hora. Ven debajo del puente, levantaré mi falda, me meterás mano y follaremos. Ven.

—¿Yo follar?

—No tengo ninguna enfermedad, lo verás. Pasé la visita hoy. Pero, si no hacemos eso, haremos otra cosa. Sé ser muy juguetona, oye.

—¡Déjame en paz!

—Pues escúchame, no sabes qué voy a decirte. Tengo ganas de mear hace dos horas. ¿Quieres que te mee en la mano? Podrás limpiártela luego en mi camisa.

—Me das asco. No me toques la manga con esos dedos.

—Déjame decirte al menos... ¡Soy tan cochina! No tienes más que pedir. Haré lo que quieras. Ven que te chupo el rabo. Gozarás en mi boca. Lo gozarás todo.

—¡No necesito a una puta para eso! Las chicas lo hacen igual de bien.

—¿Crees que harán como yo el sifón? ¿Sabes cómo es? ¡Ahora te lo digo!

—¡No, vete! De todos modos, no tengo más que cuatro duros y necesito dos para el tranvía —añadí algo avergonzado de esas tonterías.

—Pues, dame dos duros y te haré el sifón. Cuando te haya chupado la polla, devolveré la leche por la nariz.

Charlotte me daba náuseas. Esboqué una vaga sonrisa y, para adelantar el final de aquella escena provocando una réplica

demasiado fácil de adivinar, le dije violentamente:

—¡Vete a tomar por el culo!

Esta fórmula de exorcismo es a veces eficaz para sacarse de encima a las pesadas; pero, por lo menos, de tres veces una queda sin efecto, y las retiene en lugar de ahuyentarlas.

Charlotte, quien había interpretado muy bien esta parte de su papel, me contestó con voz suave y en un tono totalmente distinto, como si le pidiera que hiciera el sifón por la narina derecha o la narina izquierda:

—Ven tú a darme por el culo, me da igual. ¿Crees que no lo hago por dos duros? ¡Hay que vivir! Y además hoy me estrenas tú. Ven a encularme debajo del puente. Pierde cuidado y mete bien la polla, no ensuciarás tu ropa, te limpiaré con el reverso de mi falda.

—¡Charlotte, eres inmunda! —le dije al oído.

—¡Si crees que no siento este papel! —contestó ella con tristeza.

Pese a los sentimientos apagados que me inspiraba semejante escena y que apenas necesito referir aquí, el juego quedó interrumpido por un incidente singular que mis jóvenes lectoras no entenderán, pero que sorprenderá menos a los jóvenes varones.

Habría que enseñar a las jovencitas, antes de su primer *flirt*, que el amor y la erección son fenómenos muy distintos. Fracasas con una mujer significa a veces que se la quiere tanto como para aplacar los sentidos. Por el contrario, entrar de improviso en erección delante de una mujer a la que no se ama, es tratarla de puta de una manera galante, aunque categórica.

Eso fue lo que me ocurrió en la boca de Charlotte. «¿En su boca?», me preguntarán ustedes. «¡Vaya milagro! Un octogenario lo habría hecho mejor». Pero, la verdad es que no me lo esperaba, ni nadie. Ante todo, mi papel consistía en permanecer frío; nada me parecía más fácil de interpretar. Además, la comedia de Charlotte no me había excitado en absoluto. Y, por último, había abandonado los brazos de Mauricette hacía... ¡Claro, esta es la explicación! Había transcurrido media hora. La boca fue una imprudencia.

Este incidente agitó a todo el mundo. Si, por un lado, halagó a Charlotte, como era de suponer, por otro, Teresa lloraba de tanto reír, lo cual hizo que me pusiera rojo como un tomate, ya que no tenía ningunas ganas de reír, ni tampoco Mauricette, por mucho que le hiciera señales de no preocuparse.

Por suerte, la pequeña funda en la que Charlotte se brindaba como víctima era tan flexible que el cambio de situación no modificó la intriga, ni los personajes. Hasta otorgó más vigor a la escena principal.

Charlotte, reincorporándose a su papel de puta, salmodió con voz lánguida:

—Ya te había dicho que era cochina, que te correrías bien en mi boca. ¡Qué bonita es tu picha, jovencito! Óyeme, tengo un hermano que me pone los cuernos con una chavalita. Óyeme bien mientras la tienes dura. ¡Tengo ganas! No quiero tu dinero. Encúlame hondo, déjame tocarme, y, si me haces gozar, no te cobro nada. ¡Mira, aquí tienes mi culo! ¡Métela, métela rápido!

Estaba de pie, inclinada hacia adelante, la falda negra doblada encima de los riñones, las nalgas al aire, en una actitud que representaba con toda naturalidad, con talento, la extrema servidumbre de la prostitución. Y volvió a hablar con su voz triste:

—¿Dónde tienes la polla?

—No sé —dije distraídamente—. Puedes buscarte otra.

—¿Cómo? La tienes tiesa por mí, te la chupo como Dios manda, te digo que me des por el culo, que es gratis, sigues teniéndola tiesa, ¿y te vas? ¿Es que te doy asco? ¿No te gusta darle por el culo a una puta? ¡Vaya! ¿Qué tengo que hacer para ganar tus dos duros? ¿Quieres mearme en la cara, que cierre los ojos y abra bien la boca?

—Escucha, Charlotte, ¡exageras! —dije para detenerla. Entonces, olvidando su papel, hablando sólo para mí con una expresión que jamás olvidaré, me murmuró:

—No.

Mauricette saltó hacia mí, encantada de que cortara la escena en detrimento del arte dramático. No quería ni que Charlotte fuera siempre la causa del estado en que me había puesto, ni que volviera a caer en la indiferencia por distracción o falta de cuidados.

Inmediatamente se le ocurrió una idea para un nuevo número; pero, antes, lanzó una de aquellas frases que solían decir con tanta naturalidad las hijas de Teresa y que cada vez me dejaban absolutamente atónito.

—¡Lili! —gritó ella—. Méteme la lengua en el culo para ver si aún tengo mostaza.

Y, mientras Lili levantaba el rombo del disfraz de arlequín, Mauricette, repitió:

—¡Es impresionante lo que me quema el culo! ¡Mamá ha hecho adrede en ponerme el culo en calor! ¡Oh, te pegarás doce polvos por detrás antes de desvirgarme esta noche!... Bueno, Lili, ¿qué?

—Pues —dijo Lili—, sabe a leche, a tortillera, a caca, a puta, a mostaza, a malva, a polla, a jugo de coño, a piel de España, a goma de consolador, a supositorios, a fondo de bidé, a pinta-labios, a toalla del culo, a vaselina, a almidón, a almizcle, a meadero de prostíbulo y una cantidad de otras marranadas que no me atrevo a decir.

—¿Qué no te atreves a decir? —repitió Mauricette—. ¡Gracias! ¡Muchas gracias! Ven que te pego un par de hostias.

—Devuélveme más bien lo que acabo de hacerte —dijo Lili con desparpajo y acercándose sin la más mínima desconfianza.

—¡Mira! —me dijo Ricette—. ¡Mira cómo sabe que no la

hostiaré! ¡A su edad, y tan lista ya! ¡Acaba de hacerme uno de esos lavados a fondo!... Todavía lo siento.

—¡Tu no lo harías igual! —dijo Lili muy tranquila—. Pero, si yo soy puta, bien me merezco dos duros, como dice Charlotte.

—¡Uno, dos, tres, cuatro, cinco y seis! ¡Ya está, te he pagado! —contestó Ricette besándola seis veces—. ¡Además...!

Y añadió alegremente aquel «además» haciendo silbar la «s», según la tradición de la Comédie Française cuando se anuncia la entrada al escenario del voraz usurero molieresco.

—¡Además, en honor a las circunstancias, te daré una prima excepcional y gratuita! Se trata de lo que ahora tengo entre las manos; es mío para toda la noche, pero sólo una vez que mamá lo haya tenido en el coño y Charlotte en la boca, mientras Lili suspira y nos dice que se cepilla la raja a ver si le crecen los pelos.

—¡No crecen! —insistió Lili gravemente.

—Así pues, como premio y con el permiso del señor, escenificaremos los tres una escena en la que la colegiala aquí presente se llevará a mi novio durante un minuto a condición de que me lo devuelva.

—Cuidado —dijo Lili muy seria—, delante de Charlotte se empinó sin querer. Con una mujer tan bella como yo, es capaz de correrse.

Aquel juego despertaba en mí una curiosidad francamente negativa y, por lo tanto, bastante extraña e interesante, como todo lo que es contrario a un ideal conocido. Para decirlo con otras palabras, aquellas pequeñas escenas eróticas tenían tan poca relación con la dramaturgia como con el amor.

Lo repito sin temor a las objeciones. Tengan la bondad de no creer que yo invento este teatro infantil. Si considera que mi estilo no es el de una colegiala, háganme el favor de suponer que estos diálogos de cortesanas no son producto de mis insomnios. Los anoté porque me parecieron más bien propios de «jovencitas» que de «putas», pese a la puesta en escena y al vocabulario. Este contraste me divertía. Y, retocados, perderían todo su carácter, como los dibujos de niños.

Antes de reemprender el juego, avisé a Ricette de que mi estado físico no me permitiría representar mi papel con ostentación y que no me gustaba mostrarme bajo un aspecto ridículo. Me concedieron,

pues, un corto descanso en este sentido.

La escena empezó con un *fortissimo*, como una sinfonía clásica.

Sin haber preparado nada, dijo Ricette:

—¿Sales del colegio, niña? No es cierto. Son las siete. Tu mamá te habrá reñido.

—Sí, me ha largado dos hostias porque volví a casa con un consolador en el culo, que no sabía siquiera que llevaba puesto.

Los comienzos de Lili eran siempre imprevistos, pero deliberados. Lili dirigía las escenas; sin embargo, de todas las cosas singulares que presencié en aquella familia, este hecho es el que hoy menos me sorprende. Pero a Ricette, sí, todavía la sorprendía y rio ocultándose con la mano antes de contestar:

—¿Aún lo llevas? ¿De quién es?

—¡Y yo que sé! Son tantas las marranas que me dan por el culo... Y, como les doy la espalda, no puedo reconocerlas. Mi madre me pegó una bronca diciéndome: «¡Otra tortillera hija de puta que ha olvidado su picha en tu culo!». ¿No será suyo, señorita?

—¿Yo? —exclamó Ricette—. ¿Yo la marrana que te da por el culo? ¿Yo la hija de puta tortillera que...?

—¡Oh, no hay para tanto! Le contesté a mamá: «Ha sido en la escalera, mamá». «Pues», contestó «vé a ver a la cerda de en frente, a lo mejor es suyo». Desobedezco una orden contándoselo, señorita.

—¡Y yo se lo hundo aún más en el culo! ¡Habrase visto semejante niña que llega de visita con un consolador por detrás y te pasa la lengua por delante!

—No sabré jamás cuántos tipos de tortilleras hay en el mundo: las hay que te dan por el culo, las hay que se lavan la cara con su propia leche... Se jode más con ellas que con todos los tíos juntos.

—¿Cómo? ¿Ya no eres virgen a tu edad?

—¡Misericordia! ¡Vaya suerte tengo yo hoy! ¿Conque tendría que ser virgen para pasearle la lengua por el culo? ¡Eso sí que es vicio! A ver, ¿por qué me habrá dado Dios dos agujeros si no es para utilizarlos?

—Yo no utilizo más que uno.

—No es ningún motivo de orgullo.

Lili jamás buscaba una réplica, le salían espontáneamente. Y Mauricette, cuyas gracias nos habían divertido una hora antes, sintió que más le valía abandonar el diálogo por el monólogo en el

que destacaba más:

—¿Y si en lugar de un consolador te diera una polla vivita y coleante?

—Mejor eso que la polla de un muerto —dijo Lili con toda la calma—. No chupo más que las pollas vivas.

—¡Ojo! Si quieres una, tendrás que darme las gracias antes y hacerme un trabajito de tortillera bien hecho mientras mi amigo duerme en la habitación de al lado. Besos en la cara, la lengua alrededor de la oreja y los dientes detrás del cuello; así empezarás. Después, me harás una paja con el pezón derecho, luego con el izquierdo hasta que te diga: «Basta». Pasearás tu lengua por mi vientre, suavemente y sin mojarme; me mordisquearás los labios del coño, deslizarás tu lengua debajo, me lamerás como si no te atrevieras demasiado, luego la meterás dentro y la retirarás, acariciando con ella mi virgo por todas partes... Por fin, te dedicarás al pito. Y, cuando haya terminado de gozar, te daré una bonita polla calentita para jugar.

—¡Oh, señorita! —dijo Lili sin ningún entusiasmo—. Ese trabajito vale más que una polla. ¡Cómo mínimo cincuenta francos!

La respuesta, que causó una gran alegría a Teresa, era la prueba de que Ricette había acertado al decir que Lili tenía el instinto de su profesión. Pero ahora me tocaba a mí intervenir: estuve a punto de fallar mi entrada.

Inmediatamente Lili animó el juego y volvió a destacar.

—Buenos días, señor. La señorita acaba de decirme que es realmente demasiado fea para usted y que usted la hubiera dejado hace tiempo si ella no le brindara ciertas distracciones. Por eso se viste de arlequín y le presenta colegialas. Usted está un poco sonado, ¿verdad? ¡Oh, no se preocupe, estoy acostumbrada!

—¡Qué cara! —dijo Mauricette entre dientes, mientras Lili seguía.

—Esas chicas mayores no saben hacer nada. Tienen, sabe usted, virgos por todas partes; ya puede usted darles vueltas y más vueltas, no hay manera de encontrarles la entrada. Y, por una vez que chupan una polla, lo encuentran tan inaudito que invitan a toda la familia para que la aplaudan como si tragara sables.

—Pero ¿quieres callarte, víbora? —dijo Ricette indignada por la risa de su madre.

—¡Oh, señorita! —contestó Lili con toda serenidad—, no se tome la molestia de azotarme. No me hace ninguna falta para ponérsela tiesa a su amiguito, y no me hacen ninguna gracia las escenas de tortura. Vaya usted a hacer pipí, vuelva dentro de cinco minutos y le devolveré al señor en buen estado, se lo aseguro.

La autoridad de Lili iba afirmándose a cada réplica.

Mauricette, tras echarnos una mirada a su madre y a mí, optó también por reírse, por retirarse, por no contestar y, en fin, por «ir a hacer pipí» como acababan de proponérselo.

La continuación de la escena me incomodaba de antemano y, al no saber cómo desempeñar el papel del señor que se hace traer a niñas por su amante vestida de arlequín, me alegré de ver a Lili darle otra vuelta de tuerca a la situación mediante un tuteo inesperado.

—¡Ah, qué viciosa es tu fulana! Ella sabe que te has acostado conmigo. Me dio una lección de tortillerismo durante media hora y luego fue a hacerse una paja al lavabo. Además, quiere que me folles cuando vuelva. Un presidente de tribunal no pediría tanto para ponerse en pelotas.

Estaría contando muy mal esta historia si no comprendieran ustedes el ataque de risa que me impidió contestar la última frase. Lili era la única en conservar la más absoluta seriedad. Tenía incluso prisa y levantó su vestido de colegiala hasta la cintura.

—¡Rápido! ¡Va en serio! Si te ríes, me fallarás.

Ya lo sabía, pero Lili me incitaba mucha más alegría que concupiscencia, y la ruidosa jovialidad de Teresa entorpecía continuamente los esfuerzos que yo hacía para permanecer serio. Por poco no fracaso en la escena del flagrante delito. Por casualidad, Mauricette prolongó su ausencia unos minutos, permitiendo a Lili seguir la escena según su criterio y le brindó la oportunidad que le era indispensable.

En cuanto entró su hermana, Lili volvió a su papel.

—¿Es cierto, señorita, que usted ha estado trabajando al señor desde anteayer sin conseguir nada?

—¿Qué dices, renacuajo? Lo he chupado a las diez y media, me dio por el culo a las once...

—¡Si usted lo dice! Pero el señor estaba hecho un trapo delante de usted, ¡y mire cómo tengo el placer de devolvérselo! Son veinte

francos. ¿Quiere la factura?

Mauricette hizo un gesto con la mano como si amenazara a Lili, pero siguió de buen humor y, sin hacer muchos esfuerzos de imaginación, se mantuvo en su papel para cumplir con su promesa.

—No tengo dinero —dijo—, pero lo que tienes entre las manos vale más. Tíratelo tú antes, no me lo estropees, devuélvemelo y estaremos en paz.

Lili tuvo entonces la expresión más cómica de toda la noche: una mezcla de decepción, cortesía e indiferencia; y, dejando de tocarle, se dirigió a su hermana:

—Serán veinte francos más.

Saltaba a la vista que Mauricette no esperaba más que un pretexto para mostrarse buena jugadora, cualidad que le atribuyo sin intención alguna de ironizar. Besó a Lili riendo; luego, cogiéndola por la cintura, le levantó la falda y me dijo:

—¡Toma! ¡Tíratela por dónde quieras!

Otra niña habría considerado divertido gritar: «¡Mamá, me violan!», pero Lili no metía jamás la pata y, además, tenía algo más urgente que decirnos, o más bien, que recordarnos.

—¡Señorita, señorita! Lo siento, pero vengo del colegio; tengo mi pote de vaselina en el cesto.

—¡Ah! ¿Conque te haces la estrecha? —dijo Mauricette—. ¿Es que necesitas la vaselina? Pues te escupiré encima.

¡Colócate bien!

Lili se colocó como para jugar a salta-cabrillas; Ricette se puso a caballo encima de ella, pero en sentido inverso y a la altura de la nuca para poder meterle la lengua por dondequiera que yo pudiera introducirme. Luego, apresándole la cintura con los muslos, me dijo animosa:

—Mamá tiene dos coños, porque tiene tantos pelos detrás como delante. Pero, cuando Lili abre las nalgas, ¿no parece como si tuviera dos ojetes?

—¡Mucho mejor! —exclamó Lili contestando, la cabeza abajo.

El que yo elegí era, sin embargo, un sexo diminuto, y ¿acaso debo decir con cuántas precauciones? Sí, es incluso útil que insista con el fin de recalcar el carácter moralizador de mi relato. Sepa pues, lector ingenuo, que el día en que monte a una niña, si no va con cuidado, la reventará y, probablemente, no sobrevivirá ni a sus

torpezas, ni a sus excusas. Nada es más peligroso que joder con una niña en esta posición. No lo digo para los chicos que enculan a sus hermanitas; lo digo para aquellos que joden con ellas y que corren el riesgo de hacerlas pedazos mientras no hayan leído esta página.

Uno de los errores populares más difundidos es el de que se refiere a los desfloramientos precoces. Muchos hombres se han dejado convencer de que para bien desvirgar a una niña es preciso que el pene la horade por la vulva y vuelva a salir por la boca, o bien, a la inversa, que penetre por la faringe y reaparezca entre las piernas. Jamás he intentado tal hazaña. Los buenos anatomistas, con los cuales lo he comentado, me han desaconsejado la experiencia. Y yo se lo desaconsejo a ustedes a mi vez. Ya no podrán decirme que mi libro no puede caer en todas las manos.

Como la virtud no siempre es recompensada, mi prudencia y mis escrúpulos recibieron a cambio muy poco placer.

Bromas aparte, gozar con una mujer mientras se tiene cogida a otra... ¡es contrario por completo a mi temperamento! Disfruto tan poco del engaño en el amor que rechazo incluso el adulterio y prefiero contarles esta historia de putas que escribir aquí mediante qué estratagemas engatusé a un hombre cien veces para escamotearle a su mujer.

Debajo de Mauricette y de mí, la pequeña Lili me pareció desempeñar un papel absolutamente ridículo, porque la más cornuda de las dos no era para mí precisamente la que me abrazaba. Y esta complicación más sentimental que carnal, esta inversión de la realidad por debajo de las quimeras, me trastornó de tal manera que le hice a Mauricette una señal para que se diera prisa.

Nadie podía oírnos. Me dijo en voz baja:

—¿Me toca a mí ahora?

—¡Ya es hora! No me vuelvas con ese cuento de la mostaza. Se acabó, te desvirgo.

Su mirada se inflamaba. Irguió los pechos, abrió los labios para gritar: «¡Sí!», pero se calló y, gracias a un cambio brusco en su lunática voluntad, murmuró:

—¡Ven! ¡Te lo diré detrás de la puerta!

Amable, besó a Lili, le hizo cosquillas en las costillas, la hizo reír, la arrojó a las piernas de su madre para que esta se ocupara de

la niña y salió rápidamente tras de mí.

—¿Cuál de los dos tiene más ganas? —preguntó ella estrechándose.

—Yo.

—¡Cómo engañas! ¡En fin...! Gracias de todos modos por decirlo y mejor si así lo crees... Espera una hora más, ¿quieres?

Mi rostro palideció, cambió, y ella intuyó mi descontento antes mismo de que yo abriera la boca.

—¡Voy a decírtelo todo! —dijo ella estrechándose más aún—. ¿No has oído lo que ha dicho mamá? Tengo un virgo de cuero, como el de Charlotte... Será una carnicería...

¡Había encontrado la palabra acertada para dejar de tentarme del todo!

—Me alegro —siguió ella—, porque como más daño me hagas, mejor me lo pasará. Pero, cuando terminemos, estaré medio muerta... Antes, quería que fuera enseguida. Pero ahora... estamos jugando... nos divertimos... No me divierto así todos los días.

Pronunció estas últimas palabras ladeando la cabeza y casi con la voz de Charlotte. Me sentí tan confundido por haberla entristecido que le prometí todo lo que quisiera y decidí incluso divertirme tanto como ella. Como pocas veces tomo decisiones, me gusta que esta haya sido concebida con temeridad.

Charlotte sonrió cuando entramos. Le había bastado arreglarse el pelo, quitarse el rojo de los labios y el delantal, y ponerse un cuello en lugar del lazo rojo entorno al cuello para convertirse, con su traje negro y con su aire dulce y triste, en una institutriz huérfana colocada en una familia por caridad.

Se sentó delante de un velador junto a su pequeña alumna y dijo sin esperanzas de obtener de esta una buena respuesta:

—¿Cuáles son los departamentos de la Alta-Loira?

—¡Si supiera lo poco que me importa! —contestó Lili.

—¿No ha aprendido sus lecciones?

—Sí. Aprendí una. Si me enseña los pelos del coño, se la diré después.

—¡Qué niña! ¡Dios mío! ¡Qué niña! ¿Es que seguirá pidiéndomelo cada día porque una vez cometí la debilidad de complacerla?

—¡No me extrañaría nada de mí!

—Soy su institutriz, no hace nada de lo que le ordeno; pero no le basta con desobedecerme, ¿tengo acaso ahora que someterme a sus caprichos?

—Me lo ha sacado usted de la boca.

—¿Pero después me dirá la lección que ha estudiado?

—Sí.

—¿Y entiende que soy demasiado buena, demasiado indulgente para una niña tan desequilibrada, tan intratable como usted?

—¡Oh, váyase al carajo, señorita! —contestó la pequeña en un tono inaudito—. ¡Ya está bien! ¡No me de la lata! Cierre el pico,

abra las patas, enséñeme sus curiosidades y tráguese sus comentarios. Cuando le pido que me enseñe el coño, no me refiero a que me lo enseñe todo.

Charlotte, en efecto, se calló. Tenía la risa tan fácil como el llanto. Con la mano ocultando la boca, levantó su falda y dejó que Lili se entregara a todas sus fantasiosas improvisaciones:

—¡Ahora sí lo he visto bien! Ya sé como es, y si no hace lo que yo le diga, contaré a todo el mundo que usted me lo ha enseñado para pervertirme.

—¿Qué quiere usted de mí, niña mala?, —recobrando su voz triste.

—Yo he sido quien le ha robado el montón de cartas de su amiguita en la que no hay más que cochinas. Lo sé todo. ¡Vaya números de putas montáis las dos!

—Estoy perdida...

—¡Oh, acabada, sí, ya puede decirlo! No le ensuciará tanto la lengua lamerme el trasero como va hacerlo ahora.

—¿Yo?

—¡Sí, usted! Y, si no lo hace, correré a decirle a mamá que usted quiso hacérmelo.

De todo lo dicho por Lili, aquello fue lo que más me sorprendió. Había creído siempre que la esposa de Putifar tenía unos doce años y no cuarenta como algunos pintores la imaginan. Me remito primero a los que han vivido en Oriente y después a ustedes, los que me leéis, para reflexionar juntos acerca de cuán desconocida sigue siendo para todos la psicología de las niñas.

La colegiala obtuvo de su institutriz el capricho que exigía y que no tenía nada de inverosímil: las maestras de internados lo hacen a sus alumnas con mayor frecuencia de lo que suponen los padres.

Lili permaneció en silencio mientras Charlotte, de rodillas, siempre dispuesta a humillarse, prolongaba un poco el juego que le imponía su papel.

Pero Lili no abandonaba su protagonismo y, si descansó un instante, no fue más que para mejor destacar con su voccita indiferente:

—Me gusta más eso, señorita, que recitarle los departamentos de la Alta-Loira.

Ya añadió amablemente:

—¿Querrá luego mi lengua usted también?

—Por delante —contestó Charlotte, quien se levantó y se dejó caer hacia atrás, levantando la falda con las dos manos.

Lili se arrodilló, pero la hizo esperar y jugueteó al ver el estado en que estaba su hermana.

—¡Oh, no se moje tanto, señorita! Me da usted demasiado para mi edad. No es la dosis prescrita para niños; debe ser la dosis para adultos... ¿Pero qué le ha cogido? ¡Ahora va, y se toca ella misma! ¡Basta, basta! ¡No quiero inundaciones!

Apartó el dedo de Charlotte, pegó su boca en el mismo lugar... y la escena que acababa de empezar quedó en suspenso debido a un imprevisto.

Teresa, en bata, atravesó la habitación con pasos agigantados, asumió el papel de la madre e interpelló a Charlotte:

—¡Ah, estas son las clases que le da usted a mi hija, señorita!

—¡Oh, señora!

—Le confío a una niña de diez años para que le enseñe el idioma, historia, geografía, lenguas vivas, ¡y estas son las lenguas que le enseña! ¡Ve a tu cuarto, Lili! Y usted, señorita, venga al mío.

Teresa, hablando de lado, se volvió hacia Mauricette, sentada en mis rodillas, y dijo:

—No tengo ganas de jugar, tengo ganas de gozar. Por lo tanto, seré breve.

Luego, cogiendo del brazo a Charlotte, siguió en un tono más suave:

—Señorita, esta noche he encontrado en el cajón de mi hija el montón de cartas que le ha robado. ¡Qué horror! Aquella mujer habla sin parar de su lengua... ¿Cuántas veces le pide que se haga pajas pensando en ella?

—¡Oh, señora! ¿Quiere que me mate?

—No intente apiadarme.

—No soy más que una miserable criatura.

—Confíese y le perdonaré.

—¡Es que tengo todos los vicios!

—Yo también.

Y Teresa nos lanzó una mirada con el fin de acusar su habilidad para animar las escenas dramáticas. Fácil es adivinar cuál fue la conclusión. Pero, lo más curioso para mí fue la actitud de Lili, quien

tuvo suficiente tacto como para no molestar a su madre, en espera de tomar su revancha por haber sido sorprendida en flagrante delito.

Esperaba pacientemente que todo terminara; luego, sin dejar de imaginar cosas y tomar iniciativas, fue a hablar en voz baja con su madre y su hermana; las orientó, al parecer, acerca del desarrollo de sus respectivos papeles y gritó hacia nosotros:

—¡Segundo acto! Ocho días después.

Como al inicio del primer acto, la institutriz y la alumna estaban sentadas ante el velador.

—Sabe usted sus lecciones mucho mejor desde hace ocho días —dijo Charlotte—. ¿Pero qué le da tanta risa? ¡Sea usted más respetuosa!

—Es que uno de los pelos de su culo, señorita, se me ha quedado enganchado entre los dientes y me hace cosquillas en la punta de la lengua... No, creo que más bien es un pelo de mamá... Me río por eso, se lo aseguro. No me río porque pone usted cara de besugo.

—¡Lili!... ¡Vamos! Recite las dos páginas que aprendió ayer. ¿Qué es una niña?

Mauricette, al oír aquello, se estremeció sobre mis rodillas y me dijo en voz alta:

—¡Escucha eso! Es el catecismo que habían escrito para Charlotte cuando era pequeña y que ahora Lili sabe de memoria.

Charlotte repitió... y Lili contestó titubeando adrede como si no entendiera nada de lo que decía, lo cual divirtió mucho a sus mayores.

—¿Qué es una niña?

—Es una pequeña cochina que no piensa más que en palpar coños y pichas, se toca de la mañana a la noche, mea en todas partes, se levanta la falda y enseña el culo para ver los de los demás.

—¿Para qué puede servir una niña?

—Me lo pregunto.

—¿Qué milagro hizo la bondad de Dios en favor de las niñas?

—El don que ha concedido a casi todas las niñas de hacer que los señores se empinen como si ellas fueran mujeres.

—Explíquese.

—Es un misterio.

—¿Y qué más les ha dado la bondad del Creador?

—El Creador les ha horadado de antemano dos agujeros y una boca con el fin de que las niñas no pasen por la humillación de haber hecho que los señores se empujen en vano y que puedan milagrosamente servir para algo.

—En reconocimiento de esas bondadosas concesiones divinas, ¿cuál es el deber de las niñas?

—Toda niña que hace que un señor se empuje tiene el deber de hacer que se corra.

—¿Debe ella misma elegir el agujero que prefiere?

—Eso no la concierne. No tiene más que dar el que le piden.

—¿Debe esperar a que se lo pidan?

—No. La niña que se queda a solas con un señor, se levanta la falda lo más arriba posible, pide perdón por no tener pelos y dice cortésmente: «¿Quiere usted follarme, encularme, o prefiere que se la chupe?».

—Y si el señor contesta: «¡Vé a hacerte pajas a otra parte! ¡Yo sólo follo con mujeres!», ¿cómo debe comportarse la niña?

—En tal caso, la niña se aleja, y puede abstenerse de toda masturbación sin faltar a sus deberes religiosos.

En este punto, Lili se interrumpió en medio de su interpretación, lo cual no era frecuente en ella; insistía en decirme algo:

—¡Ya ves qué tonterías tiene que aprender una de memoria!

Y enseguida añadió Charlotte:

—Para ella no es nada. ¡Pero yo! ¡Imagínate aprendí todo eso a la vez que el otro catecismo! ¡Me armaba un lío en la capilla y estuve veinte veces a punto de recitar frases del mío al cura!

Con una señal Lili le indicó a su hermana que volviera a su papel:

—Muy bien. ¿Ya no sabe nada más para hoy?

—Sí, señorita, sé algo más, y es que lo más cochino del mundo no son las niñas, sino las institutrices.

—¡Ah, tenía que suceder! No tengo más que lo que merezco. Ya decía yo: ¿qué estará pensando de mí esta cría?

—¿Quiere que se lo diga?

Ricette, que se agitaba mucho sobre mi pierna, me susurró al oído: «Si se lo dice, se correrá». Pero, como Lili también lo sabía, al igual que el célebre capitán que seguía a sus soldados porque era el

jefe, ordenó lo que no podía impedir:

—¡No perdamos tiempo! Deme la clase de masturbación y le contestaré antes de que termine.

—¡Habré caído muy bajo! —dijo Charlotte levantándose la falda—. ¿Acaso para dar clases de masturbación a una niña he hecho yo mis estudios?

—¿Sus estudios de puta? ¡Claro que sí! ¡Se merece un diploma!

—¿Así es cómo se atreve a hablarme? ¿Trata de puta a su institutriz?

—¡Uff, que lata! ¡La escucho, señorita!... ¿Para cuándo la clase? Córrase antes, hablará después.

El tono que asumía Lili para lanzar una réplica era tan suelto como sus expresiones, pero estos son detalles indescriptibles.

—Me siento dos veces avergonzada —empezó Charlotte—. Le enseño cosas horribles y no soy tan sólo capaz de hacerlo debidamente.

—¡Vamos, no se ponga así! ¡No se nota mucho, señorita, que es usted gilipollas! Lo entiendo todo, no se preocupe.

—Empecemos por la clase elemental. Es la que conozco mejor —dijo Charlotte riendo—. No es muy difícil. Se moja el tercer dedo ahí dentro, lo mueve aquí... ¡Ya está!

—¿Y lo sirve caliente? —preguntó Lili—. ¡Ey! ¡Vaya! ¡Y ahora se hace una paja sin enseñarme nada! ¡Qué tortillera tengo por institutriz! Es tan tonta como puta. Oiga, ¿cuándo va a seguir la clase? —dijo Lili deteniendo la mano de su hermana.

—Repito —dijo pacientemente Charlotte buscando las palabras sabias que todas sus semejantes conocen más o menos—. Lo que ve usted ahí es mi vulva.

—Parece un coño —observó Lili.

—Moja usted el dedo aquí, en la vagina, y lo moja con... con... ¡Vaya!, ¿cómo se llama la leche de mujer?

—Me lo dirá mañana. Siga.

—Si puede esperar, se acaricia por dentro con dos dedos, o por fuera estirando ligeramente esos pequeños labios, aquí. Si tiene prisa, tóquese enseguida el... el clítoris que es este; apoye, mueva de derecha a izquierda y gire alrededor...

—¡Vuelva a empezar! ¡Y a toda prisa!

—¡No puedo más! —murmuró Charlotte.

—¡Cómo está la enseñanza! —dijo Lili volviéndose hacia los espectadores—. Créanme, es un asco tener una maestra así. ¡En lugar de enseñarme a escribir, me enseña cómo se hace una paja! ¡Ya una niña inocente que no sabe siquiera recitar los departamentos de la Alta-Loira!

—Yo tampoco...

—Se hace mojar en todos los sillones, chupa el coño de mamá que es una santa mujer, huele a leche como yo a flor de naranjo, y, cuando se busca algo en su cesto de costura, ¡miren lo que se encuentra! —dijo Lili sacando de su bolsillo un consolador.

—¡Oh, eso entre las manos de una niña!

—Me da usted mucho asco, señorita.

—Yo me doy aún más asco.

—¡Y ya verá usted cómo la respeto! Primero, ¡deje de tocarse de una vez! ¡Basta! —dijo la pequeña estirando el brazo de Charlotte.

—¡Oh, Lili, Lili!... Estaba a punto de gozar... Voy a tener un ataque.

Sin embargo, Lili obtuvo un minuto de descanso. Se colgó el consolador de las caderas mediante un lazo que ató con un alfiler y, cogiéndose con la mano el vestido de colegiala que el instrumento levantaba como el enorme falo de un pequeño dios grotesco, declaró:

—Una puta institutriz puede ser tan educada como una niña cochina, ¿verdad? Recuerde lo que acaba de hacerme recitar.

—¿Qué? —dijo Charlotte alterada.

—¡Aún más imbécil que puta! —exclamó Lili con compasión—. Vamos, no se ponga nerviosa, hija mía, ¡ya vendrá! Míreme: soy un señor y usted me pone cachondo, me parece que se nota, ¿no? Pues, ¿qué debe usted enseñarme?

¡Vamos! ¡Pero levante sus trapos, bodoque! ¡Ufff! ¡Qué tía!

—No sé ni lo que dice —murmuró Charlotte levantándose la falda como en sueños.

—Y, cuando una cochina como usted enseña sus dos agujeros a un señor que la tiene empinada, ¿qué se le dice?

—¿Quiere usted... follarme... encularme... que le chupe...?

—¡Póngase de rodillas! ¡Deme sus nalgas! ¡Vaya! ¡Miren cómo las abre!... ¡Y cómo se penetra en ellas!... ¡Qué desgracia para una niña tener una institutriz que le enseña el culo durante toda la clase

y que, al final, se deja meter un consolador en el trasero!... Lo que más asco me da, señorita, no es que sea usted puta, sino que sea tan mema como para que le dé por el culo.

Y entonces...

¿Qué ocurrió? El más triste incidente de esta aventura.

¿Había Charlotte presumido demasiado de su inclinación enfermiza por la humillación? Lili, como todos los niños, no sabía medir sus bromas; ¿había ella abusado del papel que acababa de improvisar?

No, la explicación que se me ocurre es la más difícil de exponer porque escribo este libro en primera persona. Pero, ante el amor de Charlotte... «no hay de qué sentirse orgulloso», como decía Lili. No es sin duda esta la historia que elegiría entre mis recuerdos si quisiera deslumbraros con mis seducciones, y no la emocionará en absoluto, señorita, si le dijera que aquella noche, en la que no había abandonado a Mauricette, Charlotte, siempre más nerviosa a medida que pasaban las horas, me pareció también más desgraciada.

Porque fue Mauricette la que desencadenó la crisis. Se rio. No sé por qué. La última frase de Lili era lo que de menos divertido había dicho desde hacía una hora, y, además, era muy ofensiva. Sin embargo, Mauricette se puso a reír a carcajadas.

Inmediatamente Charlotte estalló en sollozos.

¡Y qué sollozos!

¡Creía conocer los sollozos de Charlotte! Estoy aún horrorizado de lo que oí.

Se tumbó en el suelo, como un pobre animal agonizante, estiró su falda con una mano errante y torpe mientras Lili, desconcertada, la liberaba por detrás.

A partir de entonces, sólo llanto y gritos, muchos gritos, gritos y más gritos...

Teresa me dijo rápidamente al pasar por mi lado:

—Le han impedido gozar. Es culpa de la niña. No hay que detener jamás a Charlotte cuando se hace una paja, de lo contrario ocurren estas cosas.

La crisis era, no obstante, esta vez, lo suficientemente fuerte como para inquietar a sus hermanas casi tanto como a mí.

Ayudaron a Teresa a levantar a Charlotte, la tumbaron en el

sofá, la cogieron en sus brazos. Pero las grandes tormentas no pasan con la misma brusquedad con que estallan.

Cuando Charlotte pudo por fin aullar algo entre sollozos, no escupió más que frases desesperadas:

—Tienes razón, Lili querida... soy tan mema como puta... No soy más que una imbécil y una cochina... Y todo el mundo me toma el pelo... Nadie me querrá nunca.

Epílogo

Por suerte para mi salud, sin por ello dejar de asestar un golpe fatal a mis placeres, aquella existencia quedó truncada pocos días después.

Una noche, la portera me entregó la siguiente nota enigmática, si bien descifrable:

«Hay problemas desde allá debido al número tres. Me las llevo muy lejos esta vez; pero volveremos dentro de quince días de aquellos países y volveremos a vernos. Ellas te envían muchos besos. Fuimos realmente muy amables contigo, pero tú también. Te beso la última».

¿Puedo decir que hasta aquel instante no había considerado con suficiente detención todo lo que aquella aventura singular, compleja y agradable me ofrecía? La desesperación que sentí al leer aquellas líneas fue cien veces más violenta que lo que habría sido mi placer si me hubieran dicho: «Ven esta noche».

Recordé el proverbio español: «Ayer putas, hoy comadres»^[2]. Este proverbio, más bien pensado para mujeres, se adaptaba más a mi situación que a la de cualquier comadre de Gerona o Zaragoza. Pero con la torpeza de los veinte años, no sentí amor por aquellas cuatro putas más que una hora después de su partida.

Es absurdo y, sin embargo, me diría un cura, aquel mismo absurdo era una gracia de la Providencia: ¿qué habría ocurrido si se hubieran quedado catorce años a dos pasos de mi puerta?

En cuanto pude volver a leer entre lágrimas la nota de Teresa, adiviné que quería decir: «Tengo problemas en Marsella por culpa de Lili que es un poco demasiado joven; el caso no ha quedado

archivado; hasta aquí me persiguen. Me voy a... (¿Chile? ¿La Plata?)... Volveremos a vernos».

Y más tarde, cuando mi dolor me permitió meditar, me planteé como una obsesión el siguiente problema que, desde el primer día, había quedado sin solución:

—¿Por qué, enseguida después de mi aventura con Ricette, vi caer en mis brazos a su madre, a su hermana menor y a su hermana mayor?

Pensándolo bien, el problema me pareció más fácil de lo que había creído: Ricette... sí, está muy claro. Teresa... no lo entiendo. Charlotte... languidez y docilidad. Lili... aún muy niña, deseaba al amante de sus hermanas. Y, de hecho, nada es más corriente que tres hermanas se alternen en la misma cama y tomen una tras otra al mismo hombre como amante. Esto está formalmente condenado por los viejos maestros de la teología moral, pero las madres no suelen poner en manos de sus hijas esos buenos libros en los que puede leerse: «No se acueste con el amante de su hermana, cometería un incesto». Por lo tanto, las niñas son perfectamente excusables.



PIERRE LOUÿS. (Gante, 1870 - París, 1925). Poeta y narrador de lengua francesa, integrante del movimiento simbolista. De ascendencia aristocrática, cursó estudios de filosofía y trabó amistad con A. Gide y más tarde con P. Valéry. En 1890 fue presentado a S. Mallarmé y luego a J. M. de Heredia. Al año siguiente publicó en la revista *Le Conque* su primer poemario, *Astarté*. Se relacionó con el medio simbolista, tanto belga como francés, colaborando en publicaciones como *La Revue Blanche*, *Mercure de France* y *Centaure*. Esta última dio a conocer los sonetos de Hamadryades. A partir de 1892 comenzó a escribir en prosa. Merecen destacarse los relatos líricos *Leda*, *Ariadna* y, sobre todo, las *Canciones de Bilitis*, reconstrucción minuciosa de la lírica lésbica, que fue presentada como la traducción de un original en realidad inexistente. Durante una estancia en Londres, en compañía de O. Wilde, bosquejó en verso *Afrodita*, la novela que lo consagraría y que describe los tormentos de una adolescente en busca del verdadero amor. El relato *La mujer y el pelele*, de ambiente español, apareció en 1898. De 1899 a 1906 se sucedieron *Aventures du roi Pausole*, *Byblis*, *de Pourpre*, *Sanguines*, *Archipel* *L'Homme*

. Vivió luego diez años de meditación durante un retiro en la

campiña, y en 1916 reencontró un esbozo olvidado de su gran poema *Pervigilium Mortis*, que terminó de escribir.

Notas

[1] Se supone que el autor hace aquí un juego de palabras con «Mau» de «Mauricette» (que se pronuncia «mo» en francés) y «*le mot*» (que se pronuncia igual): «la palabra», en castellano. (N. del T.). < <

[2] En castellano en el original. (*N. del T.*). < <